

CULTURA POLITICA DE LAS CLASES DIRIGENTES EN COLOMBIA: PERMANENCIAS Y RUPTURAS

Por:

FABIO LOPEZ DE LA ROCHE
Historiador
Investigador CINEP

“No hay mayor virtud que la sinceridad, ni tampoco una más rara en Colombia”.

Rafael Uribe Uribe

“El olvido es un elemento clave del sistema, como de la historia colombiana, donde es factor de poder”.

Jacques Gilard

INTRODUCCION

El presente trabajo plantea algunos problemas centrales de la cultura política de las clases dirigentes liberales y conservadoras. Es un intento de generalización basado en una indagación sobre la historia política colombiana en el siglo XX.

Los sectores dominantes en la vida política de Colombia comparten necesariamente la escena con otros actores como la Iglesia, los gremios económicos, el movimiento obrero organizado o desorganizado, la izquierda, el movimiento armado, las fuerzas militares del Estado, la prensa o la opinión pública.

Las opiniones y valores de la clase política liberal-conservadora no se gestan de forma unilateral, sino como resultado de un intercambio de imágenes y de influencias recíprocas entre los sectores nombrados. Es por ello que, hablando de la cultura política de las clases dirigentes, mencionaremos el papel de otros agentes sociales incidentes en la configuración de sus actitudes y valores políticos.

Nos referimos en ocasiones al régimen político colombiano en su conjunto para visualizar cómo ha sido signado en la conformación de sus rasgos característicos por las acciones y concepciones de las clases dirigentes, sin perder de vista la incidencia de las acciones u omisiones de otros actores en ese proceso.

En un trabajo anterior¹ proponíamos una metodología de abordaje del estudio de la cultura política que intentaremos aplicar al tratamiento del tema que aquí nos ocupa.

Veremos entonces la relación entre Iglesia, religiosidad y política a propósito de lo que denominamos "rasgos de intolerancia en la cultura colombiana".

Abordaremos algunos aspectos del desarrollo de la simbología nacional en su relación con la política, así como el fenómeno del nacionalismo y del populismo en nuestro caso. Prestaremos especial atención a las implicaciones político-culturales² del tipo histórico de relaciones étnico-culturales que se configura en nuestro medio como resultado de una historia particular.

1. LOPEZ, Fabio. "El análisis cultural aplicado a la Ciencia Política" en *Controversia* Nos. 153-154. Estado, Instituciones y Cultura Política, CINEP, Bogotá, 1989.

2. Utilizamos el adjetivo político-cultural para referirnos a lo relativo a la cultura política.

En algunos apartes del presente trabajo haremos alusión a problemas o a rasgos relacionados con lo que podríamos denominar genéricamente la "cultura política colombiana". Suggerimos que hay ciertos códigos culturales que comparten los distintos actores participantes del juego político, aun siendo ellos antagonistas irreconciliables.

En este sentido el presente trabajo intentará formular algunas hipótesis sobre la identidad política colombiana. Pensamos que la reflexión sobre ella es fundamental a la hora de pensar cualquier modelo alternativo y a la hora de formular recomendaciones hacia una solución negociada del conflicto colombiano.

La construcción de una cultura política nueva debe, de un lado, afirmar los valores y las actitudes positivas presentes en la tradición nacional. Pero debe también encarar críticamente los rasgos negativos del comportamiento colectivo, los aspectos problemáticos de la psicología nacional, sin idealizaciones ingenuas de lo popular o de lo nacional, pero también sin pesimismo extremos que vendrían a reforzar estados de ánimo y opiniones negativistas sobre la no viabilidad del país, bastante comprensibles a la luz de la crisis actual de la sociedad colombiana.

Consideramos necesario plantear algunos de estos aspectos problemáticos, lo cual tiene un indudable sentido práctico: la consolidación de una cultura política pluralista, participativa, tolerante, competitiva y con espacios para la disensión requerirá, a nuestro parecer, de desarrollos culturales e institucionales que le impriman una cierta direccionalidad (democrática y producto de un consenso) a la sociedad colombiana.

Una de las más apremiantes necesidades de la vida colombiana, la creación de una auténtica cultura urbana, con claros elementos de identidad ciudadana que genere valores colectivos y que le reste espacio a la delincuencia juvenil y al sicariato, requiere de directrices en términos de políticas educativas (identidad, participación) y sociales (acción comunal, salud pública, desarrollo familiar, etc.).

Subrayando la pertinencia de elaborar políticas culturales y sociales que respondan a las necesidades de superación de los aspectos negativos de la cultura política, no es nuestra intención elaborar aquí un diagnóstico acabado de los aspectos problemáticos de nuestra tradición político-cultural, y un recetario de iniciativas tendientes a su solución.

Nos limitaremos, por lo tanto, al planteamiento de los problemas.

Los estudiosos de la cultura, de las mentalidades y de las ideas, han mostrado cómo la evolución de las estructuras culturales es un proceso lento, observable y precisable en la larga duración.

El presente trabajo esboza algunas ideas sobre el tiempo en la historia colombiana y sobre nuestros ritmos de cambio. Prestando atención a las permanencias, no descuidamos los momentos de ruptura presentes en nuestra cultura política, afectada en las tres últimas décadas por profundas transformaciones socioculturales.

1. LOS RASGOS DE INTOLERANCIA EN LA CULTURA COLOMBIANA

La sociología de la cultura y en particular Max Weber y Durkheim, han profundizado en el estudio de las relaciones entre cultura y religiosidad. Bertrand Badie, retomando a Durkheim, nos muestra cómo "el análisis sociológico debe (...) investigar, en cada cultura religiosa, las fuentes de la obligación y las de la moral moderna"³.

Colombia es un país donde la Iglesia y la religión católicas han constituido hasta fecha muy reciente la piedra angular del comportamiento normativo de su población.

3. BADIE, Bertrand. *Culture et Politique, Economique*, Paris, 1986, p. 30.

Sin embargo, es notable la ausencia de trabajos de investigación que aborden problemas tales como religiosidad y configuración de la noción de autoridad, religiosidad y cotidianidad, religiosidad y modernidad en Colombia, etc.⁴.

Creemos que, dadas las características confesionales de Colombia y la íntima relación de lo religioso con lo político a lo largo de nuestra historia, aunque atenuada sustancialmente a partir del Frente Nacional, los estudios histórico-politológicos deben abordar esta dimensión fundamental de la cultura cual es la religiosidad.

1.1 "Regeneración" y antimodernidad en la cultura

La intolerancia parece ser una constante a través de nuestra historia. El hecho de haberse constituido ya desde mediados del siglo pasado la posición frente a la Iglesia católica como frontera divisoria entre los partidos, y el tradicional alindamiento de la Iglesia con el conservatismo, llevaron a que los conflictos políticos se asociaran frecuentemente con los religiosos, lo que le confirió un carácter sectario a la vida del país a lo largo de nuestra historia.

Veamos cómo se expresaba ese sectarismo en la lectura de la realidad de su tiempo que hacía monseñor Rafael María Carrasquilla, rector del Colegio del Rosario y uno de los mentores intelectuales del proyecto "regenerador" de Rafael Nuñez. En su oración en el aniversario de la fundación de Bogotá, predicada en la Catedral el 6 de agosto de 1885, haciendo alusión a la influencia del racionalismo y el liberalismo franceses, decía:

"A poco de nación independiente, principiaron en nuestra tierra a aparecer los primeros brotes de la incredulidad. ¿Tuvo la Independencia la culpa? Así parecieron creerlo en un tiempo algu-

4. Reconocemos los aportes para nuestra perspectiva que desde la historia-política y social y desde la historia de la Iglesia han hecho Fernán E. González, Fernando Díaz Díaz, Carlos Horacio Urán y Ana María Bidegain.

nos compatriotas nuestros. Se olvidaron al formar tan erróneo juicio que en España, mucho antes que en América, primaron las doctrinas impías, que jansenistas y volterianos venían de medio siglo entonces minando el catolicismo en la península, cuando se dio aquí la voz de independencia; y que la Iglesia española ha sufrido tanto como la nuestra de parte de la impiedad triunfante. No nos hubiéramos apartado de España y tendríamos la misma incredulidad que hoy lamentamos, aunque venida de ultramar⁵.

¿Qué concepción del mundo se encerraba en esas palabras “incredulidad”, “impiedad”, pronunciadas con profunda convicción por monseñor Carrasquilla? Era la manifestación colombiana de la reacción general de la Iglesia católica en el siglo XIX contra el desarrollo del espíritu moderno y de la conciencia laica, estimulados por los avances de la reflexión científica y su aplicación práctica al servicio de la burguesía. La ciencia, el racionalismo y el espíritu burgués moderno minaban la incidencia de la Iglesia en la orientación de la vida espiritual de las naciones. El Estado liberal se consolidaba afectando las posiciones de la Iglesia en la vida económica y se fortalecía estableciendo la supremacía del poder civil sobre el eclesiástico y configurando una serie de nuevos valores laicos llamados a desplazar a los tradicionales. La Iglesia católica asumirá una actitud de abierta confrontación y de contención de la modernidad en un intento por evitar la erosión de su dominación.

El 8 de diciembre de 1864 el Papa Pío IX publica la célebre encíclica *Quanta Cura* acompañada del *Syllabus*, una serie de instrucciones a los obispos del mundo en las que se sintetizaban los principales errores esparcidos en la sociedad y condenados por la Iglesia: el liberalismo doctrinal, la separación de la Iglesia y el Estado, la libertad de cultos y la indiferencia en materia de religión, la libertad de conciencia, la independencia de la razón humana de toda autoridad divina, y, por supuesto, el socialismo y el comunismo.

5. CARRASQUILLA, Rafael María. “Sermones y Discursos”. Ediciones de la *Revista Bolívar*, Bogotá, 1955. p. 181.

El *Syllabus* en manos de los obispos colombianos condujo al desarrollo de auténticas cruzadas antimodernistas como la iniciada por Ezequiel Moreno, obispo de Pasto, quien incitaba a luchar a sangre y fuego contra la herejía. De acuerdo con las instrucciones del *Syllabus* fueron implementadas refinadas técnicas de “descubrimiento” y “detección” de liberales. En 1909, en el periódico *La Unidad*, Laureano Gómez tratará de demostrar cómo ser liberal contradice las doctrinas católicas, ante lo cual Rafael Uribe Uribe responderá con su célebre escrito “De cómo ser liberal en Colombia no es pecado”.

No es difícil imaginarse cómo tal percepción del desarrollo mundial, llevada a la categoría de política estatal y de fundamento del sistema educativo por Rafael Nuñez, Miguel Antonio Caro y sus colaboradores, habría de dificultar la aclimatación en la conciencia nacional del espíritu de tolerancia y de convivencia civilizada, ingrediente insustituible de cualquier proyecto democrático. No podemos dejar de ver ciertos nexos evidentes entre esta política de institucionalización de la intolerancia y el fanatismo, y la violencia en Colombia.

Es necesario precisar que no todos los países católicos o latinoamericanos adoptaron las directrices de Pío IX. No todos optaron por la vía de la institucionalización del espíritu ultramontano. ¿Qué sucesos incidieron entonces en el triunfo y la adopción de la variante tradicionalista decimonónica en Colombia?

El liberalismo radical había orientado el desarrollo del país desde mediados del siglo pasado haciendo un aporte fundamental al progreso nacional, modificando el régimen fiscal heredado de la Colonia, aboliendo la esclavitud, estableciendo el sufragio universal, la libertad de industria y de comercio, la libertad de prensa y de opinión, la libertad de culto, el divorcio, y estimulando el desarrollo científico y la formación de una conciencia laica. Había logrado sembrar el ideal liberal y reducir el área de dominación de la Iglesia por la confiscación de las propiedades eclesiásticas y el desarrollo de instituciones educativas laicas. Sin embargo, el liberalismo radical no había

estado exento de ilusiones doctrinarias, de traslaciones acriticas, verdaderos calcos de modelos constitucionales e ideológicos franceses⁶.

Sus altas dosis de romanticismo político le dificultaban la aprehensión y el manejo en la práctica de los elementos reales de poder en la sociedad colombiana de su tiempo. No había estado exento, además, de manifestaciones de intolerancia y de irrespeto a los sentimientos de los creyentes. Estas actitudes de muchos de los partidarios liberales eran en parte entendibles, y fueron quizás inevitables, en virtud de la complejidad del proceso de formación de la conciencia laica en una sociedad fundamentalmente rural y analfabeta, signada además por un fuerte peso de la institución eclesiástica y de la religión en su vida social y espiritual. La principal carencia histórica del liberalismo radical consistía en que, al no contemplar ni en sus elaboraciones constitucionales ni en el desarrollo práctico de su política los factores reales de poder, había sido incapaz de elaborar una propuesta conducente a la estabilidad, la paz y la unidad nacional. Décadas de guerras civiles, de caudillismo y despotismo militar, de inseguridad, habían desolado al país y ponían a la orden del día la búsqueda de una alternativa capaz de brindar un relativo orden, una cierta seguridad y estabilidad. Esa preocupación de entonces, esa atmósfera cargada de incertidumbre, la expresa muy bien Rafael María Carrasquilla en 1885:

“Veinte mil hombres, veinte mil hermanos, arrancados al trabajo de sus brazos y al amor de sus familias se están matando como leones por defender principios que ellos no comprenden ni conocen siquiera. De una y otra parte se llevan a cabo prodigios de valor y de constancia, y mientras tanto el país se empobrece, y se desmoraliza y se arruina. Cada bando celebra como

6. Sobre la recepción del ideal liberal tanto a nivel de la cultura de élite como a nivel de los sectores populares se pueden consultar los artículos de Fabio Zambrano “Contradicciones del Sistema Político Colombiano” y “El Miedo al Pueblo” en las revistas *Análisis 1* y *Análisis 2* del CINEP, de septiembre de 1988 y mayo del 89 respectivamente. Zambrano aborda de manera sugestiva problemas centrales de la cultura política colombiana en el S. XIX.

triumfo la muerte de sus contrarios, sin recordar que son centenares de viudas y huérfanos que quedan en el desamparo y la miseria; y que a veces un jefe menos en las filas enemigas es también un servidor menos de esta patria, tan desprovista, ¡ah!, de buenos hijos que de veras la amen. ¡Ah! no tienen perdón de Dios los que promueven en un país guerras civiles!”⁷.

Rafael Núñez va a ser el artífice de la paz oligárquica y del inicio del proceso de centralización política. A él le debemos la creación de un sistema bancario y financiero nacional, el establecimiento de la protección aduanera, la introducción del papel-moneda, el fortalecimiento del Ejército como uno de los pilares fundamentales de la construcción estatal, y otra serie de medidas tendientes a posibilitar nuestra conformación nacional. Pero a Núñez le debemos también la entrega del sistema educativo al ultramontanismo, con todas las implicaciones nocivas que esta entrega ha generado para la formación del hombre colombiano como hombre moderno.

El artículo 41 de la Constitución de 1886 establecía que “La educación pública será organizada y dirigida en concordancia con la Religión Católica” y el artículo 12 del Concordato de 1887 rezaba que “En las universidades y colegios, y en los demás centros de enseñanza, la educación e instrucción pública se organizará y dirigirá en conformidad con los dogmas y la moral de la Religión Católica. La enseñanza religiosa será obligatoria en tales centros, y se observarán en ellos las prácticas piadosas de la Religión Católica”.

El artículo 13 agregaba que:

“Por consiguiente, en dichos centros de enseñanza los respectivos ordinarios diocesanos, ya por sí, ya por medio de delegados especiales, ejercerán el derecho, en lo que se refiere a la religión y la moral, de inspección y revisión de textos. El arzobispo de Bogotá designará los libros que han de servir de textos para la religión y la moral en las universidades; y con el fin de asegurar la uniformidad de la enseñanza en las materias indicadas, este

7. CARRASQUILLA, R.M. *Op. cit.*, p. 183.

prelado, de acuerdo con los otros ordinarios diocesanos, elegirá los textos para los demás planteles de enseñanza oficial. El gobierno impedirá que en el desempeño de asignaturas literarias, científicas y, en general, en todos los ramos de instrucción se propaguen ideas contrarias al dogma católico y al respeto y veneración debidos a la Iglesia⁸.

No sería exagerado afirmar que estas disposiciones le confirieron al Estado colombiano un marcado aspecto teocrático por lo menos hasta la llegada de la República Liberal.

Evaluando este período de nuestra historia, cabe preguntarnos: ¿Era indispensable para la conquista del orden social y conveniente para el progreso nacional la subordinación de la educación y la cultura a las directrices de la Iglesia católica? ¿Era necesario reemplazar el romanticismo radical liberal y racionalista, con todos sus excesos doctrinarios, por el otro extremo, el fundamentalismo conservador y clerical?

Tratemos de ver las premisas ideológicas que determinaron la política educativa y religiosa de la Regeneración. Escuchemos de nuevo a monseñor Carrasquilla:

“Nuestro país es territorio inmenso con escasisima comunicación entre los habitantes. La cordillera andina al entrar a nuestra tierra se parte en tres ramales de montañas que levantan sus cumbres al cielo, como para imposibilitar las relaciones entre una y otra provincia. Tres razas distintas y de encontrados caracteres forman la población de la República. Cada estado tiene climas, costumbres, trabajos diversos. No hay sino dos vínculos que unan: la lengua y la religión. No han podido quitarnos el idioma y se esfuerzan en arrancarnos las creencias. ¡Bárbaros los que tal hacen! Quisieran reducirnos a la condición de las hordas beduinas, siempre en guerra las unas con las otras. Echaron a Dios del gobierno y de las leyes, lo expulsaron de la educación superior, y ahora os diré el resultado: si aún no estamos arruinados sin remedio es porque Cristo todavía reina en los hogares y en las conciencias. Deteneos, señores; no deis el último paso para arrojarlo de allí, porque eso sería catástrofe,

8. Ver JARAMILLO URIBE, Jaime. “El proceso de la educación en la República (1830-1886)” en *Nueva Historia de Colombia (NHC)*. Planeta, Bogotá, 1989, T. 2, p. 234.

sin nombre y sin ejemplo, y vosotros pereceríais junto con nosotros en las ondas de ese diluvio. ¿Qué nos trajo la irreligión, qué frutos ha producido en nuestro suelo? Miro en derredor mío, y todo lo bueno que alcanzo a ver es obra de la Iglesia. ¿Qué reclamará como suyo la incredulidad? Las divisiones entre los colombianos... la depravación de las costumbres..., el envilecimiento de los caracteres... y la jerga de que se sirven en sus escritos en lugar de lengua castellana⁹.

De lo anterior deducimos que para monseñor Carrasquilla la causa fundamental de la anarquía y las guerras civiles ha sido la laicización creciente de la vida social. Más adelante afirmará que “en los países de Europa donde hay hábitos de orden y respeto, cuando disminuye el temor de Dios aumentan los huéspedes de las cárceles y presidios y se redobra la faena del verdugo. Aquí donde nada se respeta, donde no hay sino flojísimas leyes penales, el día que se arranque del corazón del pueblo el sentimiento religioso, la sociedad sudará sangre por todos sus poros¹⁰”.

En esta cita vemos expresada de manera mucho más clara la hipervaloración del papel de la religión y del temor a Dios¹¹

9. CARRASQUILLA, R.M. *Op. cit.*, pp. 181-182.

10. *Ibidem*, p. 182.

11. Esta idea del temor a Dios y a su poder de castigo como fundamento del orden moral y de las buenas costumbres en la cultura colombiana, entraña una marcada actitud paternalista y una acentuada desconfianza en las posibilidades de autorregulación del hombre colombiano. Sugerimos a título de hipótesis que la cultura eclesiástica oficial estimuló dicha concepción del orden y una visión pesimista del hombre colombiano. Matizando esta idea anotaríamos que el proceso de construcción de *su* Dios (el Dios comprensivo y tolerante o el Dios implacable y castigador) es un proceso complejo a nivel de cada individuo, que depende de muy diversos factores: familiares, de trayectoria personal de vida, del sacerdote que se tuvo como paradigma, etc. Pensar la relación entre autoridad y temor de Dios es pertinente, además, porque una de las más difundidas interpretaciones de la crisis actual de la sociedad colombiana, que se escucha con mucha frecuencia en boca de las gentes sencillas, es la de que “se perdió el temor de Dios”. En este sentido llama la atención el hecho de que el día de la velación en el Capitolio del cuerpo del asesinado líder liberal Luis Carlos Galán, cuando los bogotanos hacían fila para expresarle su último adiós bajo estricta requisita por parte de las autoridades, la única pancarta permitida fuese una pequeña, colocada a mano derecha en el corredor de acceso a la cámara ardiente, que rezaba: “Estamos así porque se perdió el temor de Dios”.

en el mantenimiento del orden. Sin pretender negar la función de la religión como factor de cohesión y de orden social, creemos que la idea de Carrasquilla sobre la supuesta dependencia del orden de estos factores, constituía una visión doctrinaria y unilateral que dejaba de lado el problema de la racionalidad jurídica y de los mecanismos civiles de legitimación del poder público en las sociedades europeas de fin de siglo y la posibilidad de configurar unos valores laicos como sustento de la convivencia social.

De estas convicciones de Carrasquilla se derivarán conclusiones lógicas sobre la necesidad de regenerar la sociedad colombiana a través de la orientación del sistema educativo por la Iglesia católica.

En este ideal coincidirán plenamente Núñez, Caro y Carrasquilla, como se desprende de las palabras de este último, en la oración fúnebre con motivo del fallecimiento de Núñez, pronunciada en la Catedral de Bogotá el 3 de octubre de 1894:

“Reconocer la soberanía de Dios y los derechos de la Iglesia desde la cúspide del poder supremo y hacer de ellos el alma de la Constitución y leyes de un país, es la obra más grande que un hombre puede realizar; es el timbre de la gloria de Constantino, cuyos errores y faltas no han impedido que la Iglesia tenga su estatua colosal en el vestibulo de la basílica de San Pedro; y esa es, por lo que mira a Colombia, la meritoria obra de Núñez”¹².

Las bases filosóficas de la “Regeneración” estaban en el positivismo spenceriano o evolucionismo social. Este le permite perfectamente a Núñez conciliar la política con la religión. El otro sustento filosófico lo constituyó el neotomismo, cultivado por monseñor Carrasquilla en el Colegio del Rosario. A estos dos elementos hay que agregar el tradicionalismo europeo que en las obras de Louis Veillot, Menéndez y Pelayo, Juan Donoso Cortés y Pío IX, proveyó de argumentos y de ideas a los conser-

12. CARRASQUILLA, R.M. *Op. cit.*, p. 52.

vadores nativos, muchos de los cuales se vincularon gustosos al proyecto regenerador.

La política de la Iglesia colombiana durante la "Regeneración" estuvo influenciada además por las ideas de León XIII, sucesor de Pío IX desde 1878 hasta 1903, quien era de la opinión de que el progreso científico no necesariamente reñía con el tradicionalismo político e ideológico.

Este intento de integrar interpretación científica con neotomismo cobra a veces matices curiosos como cuando en el libro *Nuevo Lector Colombiano*, de 1915, Rafael María Carrasquilla en un artículo llamado "El Olfato", luego de esbozar las bases fisiológicas del sentido del olfato, concluye mostrando cómo "el olor del incienso o del laurel silvestre de los nacimientos o pesebres de Navidad, puede volver la fe o la piedad al hombre incrédulo o indiferente, al recordar el día de la primera comunión o las dulces enseñanzas maternas"¹³.

En este punto vale la pena detenernos en la especificidad de la modernidad colombiana, en la forma singular que la modernidad occidental adoptó al ser trasplantada y recreada en suelo colombiano¹⁴. La idea que aquí nos proponemos fundamentar es que el modelo ideológico-cultural de la "Regeneración" de Rafael Núñez, implementado a partir de los años 80 del siglo pasado, fue fundamental en la determinación del perfil cultural de los colombianos durante la primera mitad del siglo xx y no sólo durante los años de la hegemonía conservadora¹⁵.

13. CORTÁZAR, Roberto y otros. *Nuevo Lector Colombiano*. Para el uso de las escuelas de la República, Casa Editorial de Arboleda y Valencia, Bogotá, 1915, p. 145.

14. Retomamos aquí las sugerencias de la concepción semiótica de la cultura de Clifford Geertz acerca de cómo cada categoría de la acción social se ubica de manera particular en cada cultura y la idea de Bertrand Badie sobre el hecho de que cada pueblo construye su propia versión de la modernidad. Ver LÓPEZ, FABIO. *Op. cit.*, pp. 201-203.

15. Daniel Pecaute, en la Introducción a su libro *Crónica de Dos Décadas de Política Colombiana 1968-1988*, S. XXI, Bogotá, 1988, supremamente sugestiva para

No obstante las reformas modernizantes introducidas por los gobiernos liberales de Alfonso López Pumarejo (1934-1938 y 1942-1945) y Eduardo Santos (1938-1942), la impronta del ideario regenerador siguió signando fuertemente la formación de los valores y las actitudes de los colombianos en un espíritu antimodernista y retardatario. Este espíritu sirvió de filtro y obstáculo para la penetración de nuevas ideas en boga en el resto del mundo, como el marxismo, el psicoanálisis o las modernas corrientes de la sociología y economía que representaban una influencia modernizante. Igualmente, el contexto antimoderno tamizó los efectos de los cambios sociales producidos por la irrupción del proletariado y las capas medias en ascenso en la vida nacional.

La permanencia del espíritu antimoderno hasta la segunda mitad del siglo XX fue posible gracias al influjo que conservaba en el sistema educativo la Iglesia católica, que estaba lejos de la de hoy en su relación con el mundo moderno y lejos aún de concebirse —en el espíritu del Concilio Vaticano II— como pueblo en marcha entre los pueblos de la Tierra, y de establecer un diálogo fecundo con el mundo de la modernidad.

En la práctica, la “Regeneración” implementó una política de abierta contención de la modernidad a través del sistema educativo, lo que generó enormes obstáculos para la formación del hombre colombiano como hombre moderno¹⁶ y para la afirmación en nuestro país de una cultura democrática y libertaria.

los estudiosos de la cultura política colombiana, ha anotado refiriéndose a nuestro país de fines de los 50 que “lo que distingue a Colombia de la mayoría de países latinoamericanos es probablemente no haber conocido una revolución secularizadora —fuera del episodio Mosquera—, y no haber roto nunca verdaderamente con la Regeneración” (p. 25).

16. Sobre la República Conservadora, el espíritu “regenerador” y la educación, ver los interesantes artículos (aunque bastante apologéticos de las reformas lopistas) de José Francisco Socarrás, “La República Liberal y la Educación” y “La República Liberal y las Ciencias” del 17 y 24 de abril de 1985, en *El Tiempo* de Bogotá.

Jorge Orlando Melo, comentando la relación establecida por Núñez con el poder eclesiástico, ha anotado que “el arreglo logrado con la Iglesia, y que encontró expresión concreta en el Concordato de 1887, era bien realista al reconocer el inmenso poder político de ella y su capacidad de oponerse a las metas del Estado”, y que aunque la solución adoptada no generaba inmediatamente problemas serios, a largo plazo “condujo a una tutela ideológica del Estado colombiano por parte de la Iglesia, que contribuyó a mantener la religión como uno de los temas centrales de la vida política y tuvo efectos negativos en el terreno educativo y científico”¹⁷.

Una ojeada a los manuales de lectura y de enseñanza de la historia y de las humanidades que se usaron en la educación hasta la década de los años 60, evidencia un falseamiento o deformación de los valores propios de la modernidad.

En el *Manual de Historia Universal* de Manuel Antonio Botero, editado en 1931, estando ya el liberal Olaya Herrera en el poder, y adoptado en más de 70 instituciones educativas de la nación (colegios, escuelas normales, seminarios conciliares, liceos y universidades), vemos cómo el Tribunal del Santo Oficio, es decir la Inquisición, es presentado como una institución “calumniada por todos los partidarios del error y por todos los enemigos de la Iglesia católica, vituperada por los papas mal informados, aprobada y alabada por esos mismos papas, mejor informados” (...) y que “tuvo por resultado en España y en los otros países donde ella funcionó, oponer un dique infranqueable a las olas crecientes de la herejía, y prevenir las guerras civiles, que habían sido su secuela inevitable”¹⁸ En el mismo texto, el pensamiento ilustrador del siglo XVIII es presentado como “la expresión de una filosofía falsa, escéptica,

17. MELO, Jorge Orlando. “La Constitución de 1886”, en *NHC*, Planeta, Tomo I, Bogotá, 1989, p. 52.

18. BOTERO, Manuel Antonio. *Historia Universal*, Tomo II, *Historia Moderna*, Sexta Edición, Bogotá, 1931, p. 143.

antirreligiosa, destructora de las instituciones religiosas, sociales y políticas”, a la cual se dio con más justicia el nombre de filosofismo o abuso de la filosofía, cuyos jefes principales fueron Montesquieu, Voltaire y Rousseau. De éste se afirma que “fue el promotor del socialismo y del comunismo moderno, como Voltaire lo fue de los librepensadores”. Se dice que “para él, la desigualdad, que es necesaria a la armonía del mundo moral, como del mundo físico, no es más que un desorden accidental, obra del hombre depravado por la sociedad y la civilización. En materia de propiedad, él sostiene que los frutos son de todos, y que la tierra no pertenece a nadie”²⁰.

Sabemos que tales afirmaciones carecen de cualquier fundamento, puesto que una de las condiciones para la existencia de la democracia en el proyecto rousseauiano era, precisamente, que todos los miembros de la sociedad fueran propietarios de una parcela que debían hacer suya sólo a través de su labranza.

De Voltaire se afirma que había sido “discípulo de los jesuitas, escritor claro, elegante, muy inteligente, pero de mala fe”, [quien] lleno de satánico orgullo, fue enemigo personal de Jesucristo, cuya obra inmortal, el cristianismo, pretendió destruir por medio de la risa sardónica, el sarcasmo y la mentira”²¹.

Sobre uno de los fenómenos centrales del desarrollo espiritual europeo, *La Enciclopedia*, leemos allí: “Voltaire y sus secuaces, D’Alembert, Diderot, Helvecio y Holbach, unieron sus esfuerzos para fundar *La Enciclopedia*, vasto repertorio donde se trataba de ciencias, bellas artes, literatura, política, religión, moral, en una palabra, de todos los conocimientos humanos, y donde se destinaba una gran parte a combatir a Dios, a la Iglesia y la inmortalidad del alma. *La Enciclopedia* fue la más

19. *Ibidem*, p. 255.

20. *Ibidem*, p. 258.

21. *Ibidem*, p. 256.

terrible máquina de guerra del filosofismo; y sin embargo, esta obra inspirada por el espíritu de partido se encontró, aparte algunos artículos de notable originalidad tan miserable, que ha caído en completo olvido”²².

Observemos cómo presentaba Manuel Antonio Botero, en el manual citado, el socialismo: “A las tres ideas principales de la sociedad: Dios, autoridad, propiedad, el socialismo opone tres negaciones, ateísmo o negación de toda religión, anarquismo o negación de toda autoridad; y comunismo, o negación de toda propiedad”²³. Para los años 30, la época de publicación de aquel manual, el socialismo sí representaba la negación de la religión, pero de ninguna manera la negación de la autoridad y menos de toda propiedad. Este simplismo, esta intención deformadora de las realidades de la modernidad la vemos cuando Botero, refiriéndose a Charles Fourier, uno de los socialistas utópicos franceses, nos representa como una de sus ideas centrales la que dice que “cuando haya satisfecho el hombre todas sus pasiones será completamente feliz”²⁴. Botero afirma, además, que “Lecountrier, ‘otro de los mismos’ (sic) escribe: El cristianismo ha sido la reacción del espíritu contra la carne; el socialismo es la reacción de la carne contra el espíritu”²⁵.

Este falseamiento a través de una de las instancias centrales en la formación de la opinión, la educación, de la esencia del liberalismo y del socialismo como filosofías portadoras de ideales de libertad, justicia e igualdad social, dificultó la configuración a nivel de nuestra conciencia colectiva de un auténtico ideal democrático. No está de más precisar que uno de los factores de democratización de las sociedades europeas lo constituyó el movimiento socialdemócrata y el propio ideal socialista que generó una buena dosis de sensibilidad social en la conducción de la política.

22. *Ibidem*, p. 257.

23. *Ibidem*, p. 307.

24. *Ibidem*, p. 307.

25. *Ibidem*, p. 307.

En América Latina el desarrollo chileno a lo largo del siglo XX es una muestra de cómo el ideal socialista, sumado a las acciones reivindicativas de una clase obrera organizada, fue uno de los elementos contribuyentes a la creación de un clima propicio para el desarrollo de una cultura democrática.

La visión parcializada del mundo se hizo extensiva en nuestra educación a la modernidad latinoamericana, recibida también en nuestro medio a través del filtro regenerador. La apología de los líderes conservadores latinoamericanos como el chileno Diego Portales, de la dictadura teocrática del ecuatoriano García Moreno, y la mirada ambigua o condenatoria de los reformistas liberales anticlericales son una constante en los manuales de historia y de enseñanza de las humanidades²⁶.

Refiriéndose al peso de la Iglesia en la vida colombiana y a su incidencia en la relación del país con el mundo, Daniel Pecaú ha anotado cómo “desde 1920, algunos miembros de la *intelligentsia* liberal contemplan con impaciencia el dominio de una institución que encierra a Colombia en una argolla arcaica y la aísla de todas las corrientes que inundan el resto de la América Latina”²⁷.

Acerca del tipo de cultura estimulado por manuales al estilo del de don Manuel Antonio Botero es indispensable reflexionar.

De los textos comentados podemos ver cómo los términos utilizados en el proceso de enseñanza (“herejía”, “impiedad”, “satánico orgullo”, “secuaces”) distaban mucho de propiciar la ecuanimidad en la valoración de los fenómenos del mundo moderno. Por el contrario, nos parece que sembraban un cierto

26. Ver por ejemplo el manual antes citado de Manuel Antonio Botero, pp. 334-341.

27. PECAÚ, Daniel. *Orden y Violencia: Colombia 1930-1954*, Vol. I, CEREC - Siglo XXI, Bogotá, 1987, p. 86.

espíritu de cruzada contra algunos valores centrales de la modernidad occidental, espíritu además impregnado de una animadversión casi personal hacia tales fenómenos. (Personajes, autores, doctrinas políticas):

El sistema educativo significó en muchos aspectos la institucionalización de la intolerancia y del fanatismo, estimulantes de fundamentalismos beligerantes de todo tipo.

El pueblo colombiano fue educado, por lo menos durante medio siglo XX, en una percepción antinómica de la realidad, en las dicotomías “píos-impíos”, “filosofías verdaderas-filosofías falsas”, “buenos-malos”, “verdades-errores”, que implican pasar por alto la posibilidad de matizar y de mirar la diversidad de gamas y de situaciones entre los extremos. Esto ha propiciado el simplismo y el facilismo en la mirada sobre la realidad, y la falta de asimilación crítica de los hechos: carecemos de una tradición de sano escepticismo. No se nos educó para la duda, sino más bien para la definición apriorística y emotiva, para la ubicación cómoda en uno de los dos extremos. Este tipo de educación ha dificultado poderosamente la aclimatación de un espíritu de tolerancia y de convivencia civilizada en la diferencia, de una actitud de respeto a la disensión y de reconocimiento del espacio del otro.

Otra de las características de la visión del mundo impartida a la población colombiana a través de los manuales de lectura y de enseñanza de las humanidades, es la concepción providencialista de la historia.

En el manual de Henao y Arrubla, que sirvió por más de 60 años como texto de enseñanza de la historia de Colombia en las escuelas primarias, y con el cual estudiaron nuestros padres y probablemente nuestros hermanos mayores, podemos leer en el aparte “Orígenes de los americanos”, lo siguiente: “la Sagrada Biblia, en su primer libro el Génesis, nos enseña que Dios creó a Adán y Eva, y que de ellos proceden todos los hombres que pueblan el mundo. Esta es la verdad que se llama

unidad de la especie humana, confirmada por los estudios de los más eminentes sabios²⁸.

En otro manual de historia de Colombia, publicado por los hermanos maristas en 1928, haciendo referencia al descubrimiento de América, su autor pregunta en los ejercicios orales que acompañan al texto: "¿Permitió Dios que América quedase siempre en la barbarie?"²⁹.

En el mismo libro podemos ver una bella ilustración de Nuestra Señora de Chiquinquirá y leer el texto que nos explica cómo "en 1586 la Virgen Santísima se dignaba dar a sus amados pueblos de Nueva Granada una prueba de su cariño y misericordia renovando milagrosamente su imagen de Chiquinquirá".

Más adelante, en los consabidos ejercicios orales para los educandos, a título de repaso se pregunta: ¿"Qué beneficio del Cielo recibió Colombia en 1586?"³⁰.

Hasta aquí hemos mostrado el funcionamiento de la educación en cuanto a la aproximación a los valores de la modernidad, específicamente en la enseñanza de la historia.

Es importante ver cómo signó este tipo de educación la cotidianidad, la vida familiar, cómo prescribió determinados roles sociales y ciertos modelos ideales de comportamiento.

Monseñor Carrasquilla, en uno de sus sermones, subraya cómo la influencia de Jesucristo y de su Iglesia "ennobleció a la mujer elevándola a señora del hogar"³¹. En el *Nuevo Lector*

28. HENAO, Jesús María y ARRUBLA, Gerardo. *Compendio de Historia de Colombia*, Edit. Voluntad, Bogotá, 1961, p. 21.

29. F.T.D. *Historia de Colombia*, Procuraduría de los Hermanos Maristas, Cuarta Edición, Cali, 1928, p. 18.

30. *Ibidem*, p. 57.

31. CARRASQUILLA, Rafael María. *Op. cit.*, pp. 51-52.

Colombiano para el uso de las escuelas de la República, de 1915, doña Silveria Espinosa de Rendón esboza en su artículo “Modestia y decoro”, las cualidades que deben adornar a una joven de la época:

“¡Angélica mía, niña carísima, aprende a vivir con la modestia, el decoro y la dignidad que corresponden a una virgen cristiana, a una niña bien nacida! Guarda tus oídos de conversaciones ajenas de tu edad y de tu estado; guarda tu alma de lecturas frívolas, de versos apasionados. Esa alma tuya necesita de alimentos sanos en lecturas útiles y juiciosas, que te den luz y fortaleza. Tu alma necesita vivir en una atmósfera fresca, libre de emanaciones dañinas, de impresiones y de ejemplos indelicados que llevan consigo un contagio pestilencial”.

En otro aparte, “Obedecer a los padres”, leemos que “los niños no deben salir nunca de la casa sin el permiso de sus padres. Cuando les nieguen el permiso deben resignarse a su negativa sin murmurar”.

En el artículo “El sacerdote”, éste nos es presentado como “un hombre a quien los niños desde pequeños se acostumbran a venerar, a temer y a amar”. En el mismo *Nuevo Lector Colombiano*, premiado en un concurso en 1911 y que se mantuvo con algunas modificaciones como texto de lectura hasta los 60, encontramos ejemplos muy reveladores de los modelos de obediencia y de autoridad en que crecimos los colombianos. El artículo “Consejos a una niña” nos decía: “Querida Elvira: Para que las grabes en tu memoria, te acompaño unas máximas, pequeño código de filosofía práctica que me ha enseñado el trato con mujeres virtuosas, que fueron fieles y murieron en paz. Léelas a menudo, si tus padres te lo permiten, pues sin licencia de ellos no debes ni aspirar a la felicidad”³².

32. CORTÁZAR, Roberto y otros. *Op. cit.*, pp. 113, 164, 243, 232 respectivamente. Alvaro Tirado Mejía ha mostrado la permanencia en la vida colombiana contemporánea de muchas de aquellas pautas de autoridad y de obediencia que signaron nuestras relaciones intrafamiliares e interpersonales en la primera mitad de este siglo. La cultura de la violencia —nos dice el historiador—

La socialización de la población en el espíritu regenerador a través de la enseñanza y del púlpito condujo a imponer ciertos modelos únicos de conducta, de vida y de creencias, configurando una especie de totalitarismo cultural. Los protestantes y las personas pertenecientes a otras religiones eran percibidos como anormales o "raros". Hace unos meses (noviembre 1989) el pintor Fernando Botero, comentando la subasta de su cuadro "La Familia Protestante", ha anotado que en dicha obra trató de plasmar la imagen que de niño siempre tuvo de los protestantes como de unas personas de vida disoluta y que vivían desnudos³³. Estos fenómenos de intolerancia hacia el diferente se hacían extensivos naturalmente al izquierdista, y más aún al comunista que en la cultura política colombiana ha sido percibido históricamente como "el raro"³⁴.

hunde sus raíces en una formación autoritaria, en la familia y en la escuela, ya que el autoritarismo caracteriza, en una gran parte de nuestra población, la actitud de los adultos hacia los niños, de los hombres hacia las mujeres, y en general de los poderosos hacia los débiles. Nuestros niños ingresan a la vida y al lenguaje, por decirlo así, en modo imperativo. Un modo verbal al que, como es sabido, no se le plantea la cuestión de si el mensaje es verdadero o falso, sino tan sólo la de si se obedece o se desobedece. Ordenes, reproches, intimidaciones y casi nunca el procedimiento de la persuasión razonable o de la crítica comprensiva. Tal es el elemento en el que se produce corrientemente la socialización inicial del hombre colombiano con sus inevitables secuelas de resentimiento y desconfianza en la razón y en la justicia. (Tirado M., Alvaro. "Los Derechos Humanos: alternativa contra la cultura de la violencia", Intervención en el acto por los Derechos Humanos convocado por la Gobernación del Valle en la Cámara de Comercio de Cali, el 19 de diciembre de 1987, en *Por la vigencia de los Derechos Humanos, Políticos, Económicos, Sociales y Culturales*. Tomo IV, Presidencia de la República, enero de 1988.

33. Numerosos entrevistados, testigos de la Colombia de los 30, 40 y 50, relatan diversos casos de intolerancia hacia los protestantes.
34. Gerardo Molina ha llamado la atención acerca de la invención del término "criptocomunista" para designar a los sospechosos de simpatizar con las ideas de inspiración marxista. Ver Molina, Gerardo. *Las ideas liberales en Colombia. De 1935 a la iniciación del Frente Nacional*. T. 3, Bogotá, 1987, p. 238. De la percepción del izquierdista y del comunista como el "raro" no ha estado exenta de culpa la propia izquierda colombiana con sus adhesiones acrílicas a modelos y símbolos foráneos y con sus enormes dificultades para entender la idiosincrasia nacional y configurar una propuesta política y simbólica acorde con nuestra experiencia cultural.

En los años 50, y al calor de la recristianización impulsada por Laureano Gómez y el sector fundamentalista del conservatismo, e inspirada en ciertas formas culturales del franquismo, la tamización de la modernidad tiene lugar también en aquellos planos directamente relacionados con la cotidianidad.

Los nombres de los capítulos de libros como *La joya más preciosa* arrojan luz sobre el modelo normativo de la cotidianidad en que se pretendía educar a la sociedad: "El gran peligro: el mundo", "La perversidad del cine", "Otro gran peligro: los bailes", "Las malas lecturas", "La gran estatua de oro: el teatro, el cine"³⁵.

El estudio de la cotidianidad y de las implicaciones políticas de los procesos de modificación de las costumbres³⁶ en los años 30 y 40 es fundamental para observar las tensiones político-cul-

35. CAMARASA, Romualdo, R.P. *La Joya Más Preciosa*. Editorial Bedout, Medellín, 1952, pp. 72, 86, 97, 107, 82, respectivamente. La visión pesimista del ser humano, la visión del hombre como potencial pecador, a quien hay que mantenerle templadas las riendas para evitar que se descarríe, el moralismo formal, el ideal de la beatitud y de la castidad en abierto desfase con las realidades de la vida social y económica colombiana, han sido en nuestra opinión causas importantes de la pérdida de autoridad de la institución eclesiástica en la vida de los colombianos.

36. Carlos Rama ha llamado la atención sobre dos tipos de actitud ante la evolución de las costumbres. En Colombia esas dos actitudes van a estar también en el centro de la polémica ideológica de los años 30 y 40. Escribe Rama: "La idea de que el cambio de costumbres, tanto a niveles populares como elitistas, tiene una significación no sólo cultural, sino también política, la habían desarrollado los teóricos del pensamiento ultrarreaccionario español de principios del siglo XIX, como el famoso Antonio Capmany. Este destacaba la corrupción universal de las clases cultas, frente a la pureza popular: "Dichosos vosotros, españoles del campo y de la aldeas, en donde no había entrado semejante corrupción, ni por los ojos ni por los oídos, pues no habéis degenerado del carácter, traje y lenguaje de nuestros abuelos y del amor heredado a la tierra que os vio nacer y os verá morir". En cambio, Sarmiento, en 1842, sostenía en América que las tradiciones en España eran más despóticas que los gobiernos, pues "las costumbres indolentes, las viejas preocupaciones y los arraigados abusos, que más que las mismas instituciones bárbaras y arbitrarias prestan poderoso y permanente auxilio a los déspotas, sin la mejora de las costumbres, las instituciones democráticas son una burla". Ver Rama, Carlos M. *Historia de las Relaciones Culturales entre España y la América latina*, Siglo XIX, F.C.E., México, 1982, pp. 144-145.

turales producidas por los fenómenos de la urbanización, la masificación del espacio urbano, la industrialización con sus demandas migratorias a las zonas rurales, la aparición del proletariado y de la burguesía como nuevos protagonistas cuyas relaciones hay que regular jurídicamente, etc.

La modernización, en virtud de todos los traumatismos que ella necesariamente entraña, requiere de una atmósfera cultural más o menos favorable para poder afirmarse como tendencia del desarrollo. La adecuación del sistema educativo es un factor determinante hacia el éxito de un proyecto de modernización.

La reforma constitucional de 1936 y los intentos de afianzar la injerencia del Estado en la orientación de la educación le granjearán a López Pumarejo la animadversión del sector intransigente de la jerarquía eclesiástica y del partido conservador, del cual era la Iglesia en esos años no sólo su aliado ideológico sino su agente electoral. La "Revolución en Marcha" reaviva el maniqueísmo con su fórmula de "estás conmigo o estás contra mí". Aquello que hemos denominado "la ausencia de matiz" se reedita en las pastorales de Miguel Angel Builes, obispo de Santa Rosa de Osos. En una de ellas, fechada el 22 de febrero de 1937 y titulada "El Evangelio y la masonería", "asimilaba a comunistas con masones, revolucionarios mexicanos y republicanos españoles, con judíos, con la Revolución Francesa y con liberales colombianos"³⁷.

En 1947 Builes describía así "el desgreño moral en la educación" que había dejado el régimen liberal: enseñanza sexual, educación mixta, maestros y maestras de pésimas costumbres, escuelas protestantes, bailes entre profesores y alumnos, deportes femeninos con vestidos vergonzantes, en obediencia a los planes masónicos, y baños mixtos públicos, excursiones

37. Ver TIRADO MEJIA, Alvaro. "López Pumarejo: La Revolución en Marcha" en *NHC*, Planeta, T. I, Bogotá, 1989, p. 314.

mixtas, ferias del libro con obras heréticas, plagadas de errores y soviéticos³⁸.

Si bien Builes era uno de los antiliberales más radicales, no constituía su actitud un caso único y aislado. Describiendo la atmósfera de oposición a las reformas lopistas en los años 30, señala Jaime Jaramillo Uribe que “hasta instituciones y reformas que hoy nos parecen inocentes como fue el ingreso de la mujer a la universidad y los colegios mixtos, fueron consideradas como revolución y como una subversión de la estructura social del país y del régimen de la familia³⁹”.

Es importante en esta reflexión histórica sobre nuestra cultura política ver la lectura hecha por Builes del fenómeno de la asociación sindical. Ella expresaba, a nuestro modo de ver, la resistencia no sólo del sector ortodoxo de la Iglesia, sino además de grupos de la oligarquía y de la propia burguesía al espíritu de la época encarnado en las transformaciones de López Pumarejo.

Para Builes, el sindicalismo era “una aberración del partido liberal que quiere disfrazarse de socialista”; sólo se sindicalizan los obreros radicales, “los enemigos de Cristo, los soldados del marxismo”. Las leyes sobre sindicatos son de “tendencia soviético”, que provocan huelgas para “corromper a las masas, arrebatárles su espíritu cristiano y abrir al dominio comunista⁴⁰”.

38. Citado por Fernán González en “La Iglesia Católica y el Estado Colombiano (1930-1985)” en *NHC Planeta*, T. II, Bogotá, 1989, p. 381.

39. JARAMILLO URIBE, Jaime. “Las Ideas Políticas en los Años Treintas. Corrientes, Matices, Influencias Externas”, en *Ensayos de Historia Social*, Tomo II, Tercer Mundo - Uniandes, 1989, p. 99.

40. Citado por Fernán González en “La Iglesia Católica y el Estado Colombiano (1930-1985)” en *NHC*, Planeta, T. II, Bogotá, 1989, p. 374. Este tipo de macartismo antisindical agenciado por sectores antimodernos del conservatismo y de la Iglesia resultaba funcional para los intereses del empresariado liberal-conservador. Sugerimos que la difusión de tal versión del sindicalismo —entre

Fernán González, aludiendo a las reformas radicales del siglo XIX y aun a las reformas de López Pumarejo en lo concerniente a las relaciones con la Iglesia, ha hablado de "secularización prematura". El concepto obliga a pensar en un momento determinado en que la sociedad estaría preparada para un proceso secularizador.

La idea es importante, pues evaluando las posibilidades de realización práctica de las reformas lopistas nos lleva a considerar dos factores: a) la religiosidad del pueblo colombiano como eventual obstáculo a la secularización y a la modernización, y b) la capacidad de la Iglesia, como institución, de oponerse al proceso de afirmación del poder civil. Pero estos aspectos constituyen sólo una cara de la moneda. Tendríamos que mirar además los niveles de realidad de la vocación reformista de López Pumarejo, su capacidad de crear un consenso alrededor de la modernización, la verdadera voluntad política del Partido Liberal para transformar la sociedad colombiana.

En los años 30 y 40 están en juego no sólo la secularización sino también aspectos centrales relacionados con la opción por un tipo histórico de desarrollo tales como el intervencionismo estatal, la conformación de unas pautas democráticas o autoritarias en el tratamiento de la nueva "cuestión social", etc. Las actitudes ante estos tópicos por parte del Partido Liberal jamás constituyeron el resultado de un consenso entre sus múltiples fracciones regionales, y las reformas modernizantes lopistas —con toda su trascendencia— operaron principal-

otros factores— obstaculizó la participación activa y la organización de la población laboral en instancias asociativas para la defensa de sus derechos fundamentales, dificultó la aceptación del conflicto como parte del juego social y propició el fortalecimiento de una opinión conformista y patronalista en las relaciones laborales. Otros factores influyen, además del anotado; para que la defensa de elementales derechos ciudadanos —como el de asociación sindical— hayan sido mirados por el establecimiento y por numerosos sectores de la población colombiana como una conducta subversiva o bien como algo que es mejor no asumir: la quiebra del modelo lopista de colaboración con la CTC en 1945, la consolidación de la UTC, la desarticulación del movimiento social producido por la Violencia, la debilidad organizativa de los sectores medios, etc.

mente en el plano de la retórica y parcialmente en el terreno de lo simbólico, desembocando finalmente en una transacción con los sectores tradicionales que signa toda la historia colombiana posterior.

Jorge Orlando Melo ha subrayado cómo “la flexibilidad legalista de los partidos tradicionales les sirvió de protección contra el surgimiento de nuevas alternativas políticas, y esto hizo que la expresión de los intereses de los grupos sociales surgidos durante este siglo se hiciera a través de ellos”. Agrega luego que “de este modo no aparecieron nuevos partidos capaces de impulsar una modernización más rápida del país y de sus instituciones políticas, y pudo sobrevivir un sistema que, al dejar coexistir dentro de cada partido grupos muy tradicionales con sectores modernos, fue incapaz de enfrentar con decisión los problemas que la industrialización planteaba al orden rural. Y así lo que garantizó algo de paz entre 1910 y 1948, tuvo mucho que ver con la profunda crisis de la mitad de nuestro siglo⁴¹. Hasta aquí hemos hecho una serie de reflexiones sobre religiosidad y autoridad (concepción del orden y del conflicto), así como sobre la relación entre religión, educación y conservadurismo social en la cultura colombiana.

Pensamos que la socialización religiosa de la población ha sido determinante en la configuración de un perfil cultural tradicionalista, característico de nuestro pueblo. Podemos afirmar que los colombianos, para bien o para mal, somos hijos de la “Regeneración” y ésta es una de las tantas ambigüedades propias de cada cultura que en nuestro caso tenemos que asumir.

Al hacer estas reflexiones históricas sobre la conflictiva relación de la Iglesia católica colombiana con la modernidad no nos mueve ninguna intención antirreligiosa ni ningún pro-

41. MELO, Jorge Orlando. “De Carlos E. Restrepo a Marco Fidel Suárez. Republica-
nismo y Gobiernos Conservadores”, en *NHC*, Planeta, T. I., Bogotá, 1989.
p. 232.

pósito ateizante. Partimos de la convicción de que la fe religiosa es una dimensión fundamental de la vida espiritual del individuo, profundamente respetable y susceptible de enriquecer y dar sentido a la vida personal y comunitaria. Estamos lejos, además, de ver a la Iglesia católica colombiana anterior al Concilio Vaticano II como un ente monolítico y enteramente refractario al progreso social. Reconocemos con Fernán González que “no todos los jerarcas y clérigos compartían los conceptos de Builes en torno al sindicalismo y la cuestión social, y que el influjo de las encíclicas papales sobre la llamada doctrina social de la Iglesia fue creando cierta conciencia de los problemas del mundo obrero y campesino, [si bien] se expresaba generalmente en obras de carácter paternalista haciendo abstracción de los condicionamientos estructurales de la sociedad y de la política”⁴². González ha mostrado también el papel de asociaciones como la Orden Tercera, la Sociedad de San Vicente o el círculo de obreros de San Francisco Javier con su Caja Social de Ahorros y su plan de vivienda obrera en Villa Javier, en el mejoramiento espiritual y económico de la naciente clase obrera⁴³.

Varios miembros de la jerarquía tomaban distancia de las posiciones “duras” de Builes o de las conservatizantes de monseñor Juan Manuel González Arbeláez, adoptando actitudes flexibles y transaccionales. “Con la actitud partidista de los obispos González y Builes —nos dice González—, que llegaron a prohibir en 1942 la lectura del diario liberal *El Tiempo*, contrasta la actitud moderada y conciliatoria de obispos como Luis Concha Córdoba, arzobispo de Manizales [quien] no sólo rehusó sumarse a la condena del diario liberal sino que alabó ‘el tono respetuoso’ con que el periódico en cuestión se refería siempre a la Iglesia”⁴⁴.

42. GONZÁLEZ, Fernán, *Op. cit.* p. 374.

43. *Ibidem*, pp. 374-375.

44. *Ibidem*, p. 377.

Al plantear estas ideas sobre la incidencia de la "Regeneración" y del espíritu ultramontano en el perfil de los colombianos creemos al mismo tiempo que es necesario, para tener un cuadro más fiel y más pormenorizado de nuestra evolución cultural en el siglo XX, ver concretamente cómo interactuó ese modelo hegemónico cultural de la "Regeneración" con otros modelos de vida, de sociedad, de educación, con los movimientos literarios y círculos de pensamiento crítico. Nos referimos por ejemplo a la "Escuela Activa" en pedagogía, al Gimnasio Moderno, al socialismo de los años 20, al movimiento de "Los Nuevos", a la labor del Externado de Derecho, de la Universidad Libre y de aquellas instituciones que recogieron el espíritu del radicalismo liberal del siglo XIX, a la Escuela Normal Superior, al Instituto Etnológico Nacional, al Movimiento Bachué y al Instituto Indigenista Colombiano.

Es importante precisar el radio de acción y los canales de influencia sobre la sociedad colombiana que lograron crear estos movimientos. Al mismo tiempo habría que mirar de manera más diferenciada los distintos tipos de educación impartidos por distintas órdenes religiosas, las diferencias o coincidencias en sus presupuestos pedagógicos y filosóficos. En síntesis, creemos necesario subrayar la necesidad de investigaciones específicas sobre estos fenómenos que ayuden a construir, junto con los trabajos de intención totalizante, un cuadro más fidedigno y acabado de nuestro desarrollo cultural contemporáneo.

1.2 La violencia y la exacerbación del principio de "con los míos, con razón o sin ella".⁴⁵

En este trabajo intentamos precisar los momentos de ruptura, así como las permanencias en nuestra cultura política. Para ver las permanencias de la matriz político-cultural mani-

45. Alberto Lleras Camargo dedicó buena parte de su producción político-literaria a la reflexión sobre el "insensato consejo que ha presidido nuestras luchas": "con los míos, con razón o sin ella". Ver Lleras Camargo, Alberto. Sus mejores páginas. Segundo Festival del Libro Colombiano, Compañía Gran colombiana

quea heredada del siglo XIX, en la Colombia de mediados de los cuarenta, es necesario escuchar a Alberto Lleras, a quien citamos *in extenso* dadas la importancia teórica y práctica para aquellos días, de su observación. "La influencia de las grandes pasiones y de los sangrientos sucesos del siglo pasado fue de tal manera determinante y violenta, que todo el país, sin una sola excepción, no solamente los ciudadanos aptos para la guerra, sino las mujeres y los niños, tomaron bandera, con un sombrío carácter irrevocable. Los castigos y las venganzas, el saqueo de las villas provincianas realizado por las tropas de uno y otro bando, la admiración por un jefe militar determinado, y aun los mismos odios de familia, son *el combustible predilecto de nuestros partidos*, en la centuria anterior, en cuanto se desciende de la esfera en que pugnan por trazar un destino a la nación los intelectuales y filósofos, con la audaz trasplatación de experimentos políticos extranjeros. Vive aún la generación que alcanzó a sentir en su carne las heridas de esos combates y, desde luego, las siguientes nacieron y se educaron en un ambiente poblado de recuerdos bárbaros y heroicos. Los partidos se transforman posteriormente en la estructura superior, pero permanecen inmutables en la base, y desde allí se sigue luchando con la aspereza y el rigor de tiempos y circunstancias desaparecidos. La acción estimulante de los programas no llega hasta allí, sino envuelta en los antiguos sentimientos, que despiertan una emoción casi mística. Pero como la política busca la línea de la menor resistencia, va a golpear aún con el propósito de realizar programas nuevos, la vieja sensibilidad que todavía arrastra las masas hacia las urnas, como las condujo, sin mucho esfuerzo, a los campamentos. *Cambiar ciertos motivos electorales y ciertas banderas resulta para el político tan cruel ensayo como para cualquiera de nuestros mineros la propuesta exorbitante de abandonar un filón inextinguible*. Así, a medida que en la capa superior de las ideas desaparecen visiblemente las causas de diferencia y se borran los límites que señalaban la honda división doctrinaria de los tiempos

de Ediciones S.A., sin indicación de ciudad ni fecha, p. 163. A la obra de Alberto Lleras nos remitiremos con frecuencia para ilustrar algunas de nuestras afirmaciones.

anteriores, los dirigentes sienten temor y perplejidad ante la necesidad de trasladar sus cuarteles a sitios a donde no están seguros de ser acompañados por la misma tropa abnegada y valerosa que heredaron a los capitanes civiles y militares del siglo pasado". Luego agrega Lleras, a nuestro modo de ver más con la fuerza del deseo que con la apreciación realista de la situación, que "hay un gran drama nacional en la tremenda despedida que estamos ofreciendo a nuestros odios seculares, con estremecimientos de artificio que todavía mantienen pendiente la atención de los cándidos electores, aldeanos y campesinos, pero seguramente se acerca la escena final"⁴⁶.

Las agudas observaciones del presidente Lleras Camargo en este discurso del 11 de agosto de 1945 expresan sus temores acerca de una potencial revitalización de la tradición de sectarismo político luego del intento de golpe militar contra López Pumarejo en julio de 1944 y de la tensa atmósfera política que había conducido a la dimisión de López y a la asunción del poder por Lleras en calidad de designado el 7 de agosto de 1945.

El asesinato de Gaitán estimuló poderosamente el sectarismo partidista y la polarización ideológica de los colombianos. Catalina Reyes nos muestra cómo "el semanario católico *El Derecho*, fundado por monseñor Builes, en su edición de abril de 1949 (durante la campaña para las elecciones parlamentarias) contenía un titular con las siguientes palabras: "Conservadores de todo el país, a armarse" y cómo "documentos por el estilo eran producidos por los obispos de Tunja, Garzón, Pamplona, San Gil, condenando al liberalismo y prohibiendo a los católicos dar su voto por ese partido"⁴⁷.

Laureano Gómez, recibido en Medellín el 24 de junio de 1949 por una entusiasta multitud, moviliza las pasiones secta-

46. *Ibidem*, pp. 32-33. Sobre las continuidades en los rasgos de intolerancia y en los factores culturales de violencia que van del siglo XIX al XX, ver también p. 107. Los subrayados son nuestros.

47. REYES, Catalina. "El gobierno de Mariano Ospina Pérez: 1946-1950" en NHC Planeta, T. II. p. 26.

rias y ataca al liberalismo por comunista apelando a la imagen del basilisco. Decía así Laureano aludiendo al liberalismo: "El basilisco era un monstruo que reproducía la cabeza de una especie de animal, de otra la cara, de una distinta los brazos y los pies de otra cosa deforme para formar un ser amedrentador y terrible del cual se decía que mataba con la mirada. Nuestro basilisco camina con pies de confusión y de ingenuidad, con piernas de atropello y de violencia, y con un inmenso estómago oligárquico, con pecho de ira, con brazos masónicos y con una pequeña, diminuta cabeza comunista, pero que es la cabeza"⁴⁸. Gonzalo Sánchez ha descrito muy bien la situación histórica y social en que se ubica este discurso de Laureano: "En este contexto parecía como si las más tradicionales comunidades campesinas se resistieran a darle paso a los diferenciados conflictos de clase de una sociedad en proceso de modernización capitalista. Era el choque del campesinado conservador con la militancia social de la ciudad". Muestra luego cómo Laureano "enardece los ánimos de zonas rurales en donde a una cultivada mentalidad de sumisión secular se agrega el control social y político de la Iglesia". Evaluando la acción histórica de Laureano como personalidad política, Sánchez subraya cómo Gómez "ha puesto todo su talento político y, miradas retrospectivamente las cosas, con gran eficacia, al mantenimiento de los nuevos conflictos del país dentro de los viejos moldes de las divisiones verticales"⁴⁹.

Acerca de los efectos sobre el sistema político de la utilización de imágenes como la del basilisco y en general, de la concepción maniquea antiliberal de Laureano, Sánchez ha llamado la atención sobre cómo "llevada a la práctica, esta per-

48. *Ibidem*, pp. 28-29.

49. SÁNCHEZ, Gonzalo. "Violencia, Guerrillas y Estructuras Agrarias", en *NHC*, T. II, pp. 130-131. En este mismo sentido Daniel Pecaú ha anotado, refiriéndose a la concepción de Laureano, que "no existe ninguna expresión más fuerte del rechazo a la política moderna". Ver Pecaú, Daniel. *Orden y Violencia: Colombia 1930-1954*. Vol I, S. XXI, Bogotá, 1987, p. 283.

cepción analítica tendría efectos multiplicadores. Profundizaba la desorganización de las clases subalternas, ahogando la confrontación social en la sangre del enfrentamiento bipartidista, pero desorganizaba también a las clases dominantes, les hacía perder al menos su carácter de bloque político, lanzaba irremediabilmente a una franja importante de ellas a la oposición, a la “resistencia civil” como se la llamó entonces⁵⁰.

Hoy día nos resultan ridículas las acusaciones de “comunista” que en 1953 hacía el conservatismo contra Lleras Restrepo y las explicaciones a que este último tenía que recurrir para desvirtuarlas. “Yo sé que entre las mil comedias e historias que se están haciendo circular, y a veces por labios muy respetables —escribe entonces Lleras—, está la de que la Dirección Liberal ha traído un técnico ruso para que nos dé lecciones sobre la táctica revolucionaria. Entiendo que se me atribuye haber traído a un señor Llichet, a quien oigo nombrar por vez primera, para que dirija nuestra sección”⁵¹.

En el ambiente de impunidad, de atrofia del sistema de justicia, de intimidación, de parcialización partidista de las fuerzas de policía, de fragmentación del poder y de ausencia de las más elementales garantías, los prejuicios políticos y religiosos se convierten sin mayores obstáculos en normas de conducta y vienen a legitimar de alguna manera los abusos y los procederes delictivos. La intolerancia religiosa en la región central del Tolima (Ibagué, Rovira, Armero) condujo a que comunidades enteras de protestantes fueran diezmadas y sus templos destruidos⁵².

La Iglesia con sus sectores moderados y transaccionales maniatados o neutralizados por la situación de polarización

50. SANCHEZ, Gonzalo. *Op. cit.*, p. 138.

51. Citado en TIRADO MEJIA, Alvaro. “El gobierno de Laureano Gómez, de la Dictadura Civil a la Dictadura Militar”, en *NHC*, Planeta, T. II, p. 98.

52. SANCHEZ, Gonzalo. *Op. cit.*, p. 141.

“no sólo legitimaba sino que se había convertido en realizadora de los planes oficiales, como habría de demostrarlo a través del FANAL, —la filial campesina de la UTC—, la única en su género que pudo expandirse durante la Violencia que actuaba precisamente como instrumento de espionaje en áreas de malestar agrario”⁵³.

Alberto Lleras Camargo ha sido uno de los observadores más agudos de los factores culturales de la violencia en Colombia, de lo que él llamara a mediados de los 40 “nuestra mentalidad agresiva y dogmática”, “esta tremenda intolerancia, esta falta de fe en los sistemas democráticos, esta cotidiana sustitución de las leyes por la fuerza, por el grito, por el disparo, por el choque”⁵⁴.

Nos parecen importantes sus apreciaciones por estar imbuidas de un cierto espíritu autocrítico en relación con la cultura política de las clases dirigentes en Colombia, actitud no muy frecuente al interior de ellas.

Hay tres problemáticas centrales, a nuestro modo de ver, en los escritos de Lleras Camargo. La primera, quizá más insinuada que desarrollada, es la cuestión de la relación de la ciudad con el campo en cuanto a niveles de desarrollo de la cultura política y en cuanto a la génesis de los procedimientos violentos. Observa Lleras en 1946 que “la Nación no es homogénea ni igualmente vieja, y que los desniveles de nuestra cultura política y social sólo pueden medirse con unidades de tiempo. A pocos kilómetros de la capital de Colombia se vive, políticamente, en 1897, y en nuestros campos la Colonia está entera, supérstite”. En abril del 46, invitando a los colombianos a realizar un acto electoral desprovisto de fraude y violencia, Lleras observaba que “la violencia es desencadenada, se ordena, se estimula, fuera de todo riesgo, por control remoto. La

53. *Ibidem*, p. 139.

54. LLERAS CAMARGO, Alberto. *Op. cit.*, pp. 35, 67 respectivamente.

violencia más típica de nuestras luchas políticas es la que hace atrozmente víctimas humildes en las aldeas y en los campos, en las barriadas de las ciudades, como producto de choques que ilumina el alcohol con sus lívidas llamas de locura. *Pero el combustible ha sido expedido desde los escritorios urbanos, trabajado con frialdad, elaborado con astucia para que produzca sus frutos de sangre. O se ha planeado toda la maniobra que conduce al encuentro, en apariencia fortuito, con una monstruosa sagacidad, buscando resultados inconfesables, y ocultando la mano que ha preparado el crimen. De repente sobreviene el conflicto, y en la plaza del pueblo o en la venta rural queda tendido un colombiano humilde, destruida una familia, en la miseria un grupo de gentes que dependían de él para su sustento, y comienza a difundirse el pánico por los campos. A eso no puede llamársele morir por un partido, por una causa, por una idea. Porque estos sacrificios que la pasión insensata ofrece a los partidos y a las ideas son estériles, cuando no son vulgares crímenes en los cuales los elementos espirituales de la lucha política están totalmente proscritos*⁵⁵.

La segunda problemática que nos llama la atención en los escritos de Lleras es el reconocimiento de la íntima relación existente entre la fragmentación del poder, la apropiación privada del Estado, la ausencia de una racionalidad moderna en el manejo de los asuntos públicos y la cultura política de sectarismo e intolerancia. En su mensaje al Congreso del 20 de julio de 1946 se refiere a "las autoridades subalternas, que en la escala de la jerarquía van transformando, de arriba hacia abajo, la ardiente controversia sobre la mejor manera de conducir los negocios públicos, en abominables persecuciones y escandalosas reyertas"⁵⁶.

Los discursos de Lleras del 21 de abril de 1958 conocidos con el nombre de "El Frente Nacional", quizá bajo el espíritu

55. *Ibidem*, pp. 111-112, 68-69, respectivamente.

56. *Ibidem*, p. 107.

de arrepentimiento histórico de los partidos propio de aquellos tiempos, reconocen de manera más franca y descarnada las graves consecuencias de la privatización del poder y de la contradicción no resuelta entre los sectores políticos modernizantes y la lógica tradicional de los caciques regionales y locales.

En el discurso de la Plaza de Cisneros dice Lleras que “hay en la médula de nuestras relaciones políticas y sociales una tendencia al abuso que surge inmediatamente que alguien obtiene una posición o un instrumento para ejecutarlo. En el gobierno es donde más aparece tan abominable aspecto de nuestra condición, índice apenas de que no entendemos ni practicamos la solidaridad ni apreciamos sus inmensos beneficios para cada miembro de una sociedad forzosa como es la nación. Pero no sólo en el gobierno crece esa planta malsana. Los campos están llenos de gentes a quienes por falta de un mínimo amparo, iletradas como son en su inmensa mayoría, se les hurta su trabajo, se les roban sus tierras, se les obliga a rendir jornadas insoportables, se les desvían las aguas, se les compra a menos precio y con ardides y amenazas la cosecha arrancada milagrosamente a la tierra casi yerma. Los caciques de aldeas y pueblos no han desaparecido, sino aumentado su poder brutal y astuto sobre centenares de hombres y mujeres a quienes utilizan como votos, como trabajadores, como bandoleros, como peones de estribo de su feudo invulnerable. Hoy están más fuertes que nunca, porque en el sectarismo encontraron una justificación y un oficio y en la utilización de la violencia un negocio”.

Anota luego cómo estos caciques “cuando entran en íntima confraternidad con autoridades cómplices o débiles se convierten en un peligro y en un foco constante de agitaciones más extensas. Así, de pronto, el Estado que debería ser el natural defensor de los colombianos que no tienen nada (...) se transforma ante esas gentes humildes en su perseguidor, el juez en un látigo, el alcalde en un ejecutor del despojo, el poder entero en su enemigo (...) Allí están la violencia, el delito, el aprovechamiento de todo ese desamparo sin voz ni recurso y no podemos los demás colombianos seguir de espaldas a ese drama

colectivo de miseria e irredención, ni un día más sin que la República misma comience a disolverse. Esa inmensa parte del territorio colombiano donde el Estado no significa sino peligro, dolor y abuso, es la auténtica colonia de la otra República a que pertenecemos muy pocos compatriotas⁵⁷.

Lleras comprende, pues, que los factores culturales de la violencia no son fenómenos meramente “espirituales”, sino que se nutren de una serie de prácticas y deficiencias institucionales. Afirma entonces la necesidad de quitar todos los incentivos al sectarismo “que no vive solamente de tradiciones, recuerdos crueles y pasiones puras sino que se alimenta del indebido aprovechamiento de los dineros públicos, del reparto de empleos a los ineptos, de la premiación de servicios y el encubrimiento de la delincuencia. Las nobles banderas ideológicas, las frases de los discursos, los programas soberbios para buscar el predominio político, a medida que bajan de su alta esfera intelectual y doctrinaria se transforman en los negocios sucios de la aldea, en la explotación y persecución de los campesinos, en el palo del regidor de turno, en la protección a los parásitos de las más generosas causas. Y por eso la llamada ‘batalla por el poder’, las reconquistas, las conquistas, tienen ese atractivo feroz y en apariencia inexplicable para gentes que apenas leen, oyen o entienden, pero que astutamente intuyen que el sectarismo en tiempos normales es un negocio que paga y en tiempos como los presentes es simplemente estar del lado de los muertos o de los vivos, por cuenta de quienes siguen negociando en una mayor escala abominable⁵⁸”.

La tercera problemática que llama nuestra atención es el énfasis de Lleras en la ausencia de unos valores comunes fundamentales en la vida de los colombianos. Nos habla entonces de la necesidad de “una nueva mentalidad”, de un “proceso de educación democrática” y de cómo “los partidos tienen que

57. *Ibidem*, pp. 183-185.

58. *Ibidem*, pp. 193-194.

reeducarse". En su discurso del 12 de septiembre de 1957 en la Universidad de los Andes recibiendo el "Honoris Causa" en Filosofía y Letras, decía así: "¿No estamos todos, convencidos de que todas las demás estrategias, la violencia y la inseguridad, la ineptitud y la miseria, el mismo desprecio por la vida que nos aproxima en pocos años a las etapas más oscuras de la humanidad, tienen su origen en que somos un conjunto de seres amontonados sobre un territorio sin que la escuela esté tejiendo entre nosotros la urdimbre de una nación consciente?".

El 9 de mayo de 1958, en su intervención ante los jefes y oficiales de las Fuerzas Armadas, Lleras, insinuando una cierta pedagogía para la paz dirá que "hasta las palabras, no digo ya las acciones, deben ser en este tiempo cautelosas, tranquilas, pacíficas"⁵⁹.

Escuchando estas reflexiones de uno de los artífices del pacto del Frente Nacional tenemos necesariamente que preguntarnos por qué toda esta lucidez teórica no se tradujo en propuestas de reforma cultural, de generación de nuevos valores a través de la orientación del sistema educativo, de capacitación teórica de los miembros de los partidos, etc.

Mirando retrospectivamente los hechos, nos parece que del arrepentimiento histórico de los partidos luego de la tragedia colectiva de la violencia —arrepentimiento expresado con singular sinceridad en el texto del Pacto de Benidorm suscrito entre Laureano y Lleras Camargo—, debieron desprenderse lineamientos educativos que afirmaran el derecho a la vida, el respeto a la diferencia y la aceptación del conflicto como parte del juego social. Buena parte de la responsabilidad por esa socialización intolerante y pasional de la población recaía en los partidos tradicionales y sus formas de relacionarse con las masas. En esos partidos electorales y de notables, las adhesiones se configuraban alrededor de emociones, pasiones y dogmas heredados, sin que se desarrollara una verdadera educación política y se introdujeran mecanismos de participación

59. *Ibidem*, pp. 179, 193, 181, 168-169, 216, respectivamente.

autónoma de las masas para reducir el verticalismo predominante en dichas colectividades.

1.3 Rupturas y permanencias a partir del Frente Nacional

El sistema de alternación bipartidista en el poder, establecido con el Frente Nacional, contribuyó sin duda alguna a la disminución del sectarismo partidista, moderando al conservatismo y al liberalismo doctrinarios. Las contiendas político-religiosas se vieron atenuadas radicalmente gracias al desarrollo de los procesos de modernización y secularización parcial. El país agrario y culturalmente conservador, sufrirá radicales transformaciones vinculadas con un proceso de urbanización acelerada y con la apertura al universo.

A partir de los 60 toda la riqueza de influencias internacionales, latinoamericanas y universales, afectarán a la cultura colombiana, dejando su huella en el proceso de encuentro con nosotros mismos y con el universo. Las teorías de la CEPAL y las elaboraciones de los teóricos de la dependencia y del imperialismo, la revolución cubana y la derrota de la invasión mercenaria a Playa Girón, los ideales y la figura casi mítica de Ernesto "Che" Guevara atizando el idealismo moral de la juventud y la búsqueda de un país distinto, conducirán a un sector importante de nuestra población a cuestionar la relación de nuestras élites con el poder hegemónico norteamericano y a visualizar más claramente nuestros intereses nacionales. Al fenómeno Vaticano II y al valor simbólico de Camilo Torres Restrepo, con su cuestionamiento de la incondicionalidad de las jerarquías católicas con el *statu quo* oligárquico, se sumará la influencia de los Beatles, de mayo del 68, el hippismo, la rebeldía juvenil con su afición por la marihuana y el movimiento intelectual "nadaísta" de Gonzalo Arango y su grupo, para configurar una cierta tendencia contracultural que fustigará dura e irónicamente el autoritarismo, la hipocresía y los convencionalismos de una sociedad pacata y provinciana. El movimiento de liberación de los países africanos y asiáticos, el Pacto Andino y las dificultades de nuestras experiencias

integracionistas, la Alianza para el Progreso y las aventuras norteamericanas en Vietnam, fueron otros hechos de la época que influyeron sobre la mentalidad de los colombianos y estimularon redefiniciones, realinderamientos políticos y con más frecuencia quizás, sanos escepticismos en la mirada sobre la realidad.

La relativa democratización de la educación, la difusión del marxismo, la antropología, la sociología, el psicoanálisis y demás tendencias del pensamiento crítico, estimularon la reflexión sobre la realidad nacional y sus aspectos problemáticos: el problema agrario, la violencia, las brechas sociales, etc. Estos procesos empezaron a mostrarle a los colombianos que su sociedad no era tan homogénea como habían imaginado o como les habían hecho creer.

La salida masiva de la mujer del ámbito hogareño a la capacitación educativa y al mercado laboral alteró sustancialmente los roles sociales tradicionales al interior de la familia, le restó espacio al autoritarismo, al machismo y al verticalismo patriarcal subvirtiendo los modelos únicos de madre y esposa, de hombre y de "familia bien constituida". Lo mismo podríamos decir de la difusión del matrimonio civil y de la unión libre.

De otro lado, en las tres últimas décadas la expansión de la frontera agrícola y el poblamiento de vastas regiones de llanura modificó radicalmente nuestra percepción del territorio y de la interacción hombre-naturaleza al interior de nuestras fronteras nacionales. Colombia dejó de ser el tradicional país andino. El desarrollo de los medios de comunicación nos ayudó a descubrir ese otro país existente en las costas del Caribe, en la Costa Pacífica y en los paradójicamente denominados "Territorios Nacionales", con sus respectivas historias, con sus colores, acentos y perfiles culturales particulares.

Las minorías indígenas, ahogadas tradicionalmente por el filohispanismo⁶⁰ de la cultura oficial, comienzan a organizarse

60. Sobre el filohispanismo en la cultura colombiana ver LÓPEZ, Fabio. "Colombia o el camino tortuoso de la identidad", en revista *Análisis* 2, Documentos Oca-

y muchos de sus representantes se capacitan profesionalmente para poder contribuir a la afirmación y defensa de la identidad cultural de sus comunidades. La invisibilidad de las minorías étnicas empieza a disminuir y con ella la idea de Colombia como un país blanco y europeo, con un solo Dios y una sola lengua.

Las transformaciones socioculturales que acabamos de esbozar introducen sin lugar a dudas valiosos elementos de ruptura con la visión maniquea de la política, de la sociedad y de la cultura, la cual ha podido mantenerse con el apoyo de un cierto provincianismo y de un diálogo insuficiente con la modernidad. Así, la intolerancia perderá terreno en muchos sentidos. Sin embargo, varias de sus expresiones continuarán operando, en parte por la no solución de viejos problemas y deficiencias institucionales o por la simple inercia de las estructuras culturales, pero también por el surgimiento de nuevos actores y problemas en el escenario político y social, que se imbricarán con las viejas costumbres y con los viejos problemas institucionales no resueltos.

Veamos concretamente cómo habrían operado en el nuevo sistema del Frente Nacional esas expresiones de intolerancia.

Inicialmente, hay que anotar que si bien el Frente Nacional era un singular experimento político que contribuía a la erradicación de la intolerancia partidista, de otro lado, este sistema entrañaba, con su monopolización bipartidista del poder en un momento en que el país se abría al concierto mundial, nuevas formas de exclusión política.

sionales No. 53, CINEP, Bogotá, mayo de 1989. También el aparte Filohispanismo e Identidad en "Colombia: ¿La búsqueda infructuosa de la identidad?" Ponencia presentada por el autor al v Congreso Nacional de Antropología realizado en Villa de Leiva en octubre de 1989. Memorias del Simposio Identidad Étnica, Identidad Regional, Identidad Nacional, ICFES - ICAN, Bogotá, 1990, pp. 283-286.

La tradicional intolerancia antiizquierdista y anticomunista de inspiración "criolla" se verá reforzada por la recepción de la teoría de la seguridad nacional y del anticomunismo de inspiración gringa. El espíritu de cruzada como actitud ante la modernidad se atenuará paulatinamente, si bien algunos manuales escolares, como el de Eugenio León, continuarán achacándole todos los males del siglo XX a la laicización y al socialismo y afirmando que "el comunismo agresivo, encarnado en el régimen de los soviets de Moscú, es la última expresión de la rabia del infierno"⁶¹.

La influencia de la Revolución Cubana sobre el estudiantado, los intelectuales, sectores políticos progresistas y en general sobre la opinión pública llevará a la derecha y al establecimiento a movilizar sus recursos macartistas contra la imagen de la Revolución Cubana y contra la izquierda solidaria con ella. Ciertas cartillas de Doctrina Social Cristiana, publicadas en los 60 a la par con una orientación filosófica socialcristiana, hacían propaganda antisoviética y anticastrista apelando a las imágenes de los barbudos malos y del "comunismo de cuartel".

Hay que anotar también que la recepción acrítica del marxismo-leninismo por muchos militantes de izquierda que en ocasiones sólo tuvieron una formación manualesca y dogmática condujo a reemplazar sus anteriores creencias religiosas por unas adhesiones ideológicas cuasi-religiosas. El marxismo-leninismo se convirtió para muchos de ellos en la única doctrina verdadera y "correcta". El ambiente de macartismo anticomunista sumado a esta adhesión total al marxismo-leninismo, al maoísmo, al trotskysmo, estimuló los sectarismos de izquierda y la operación en la práctica política con base en la lógica de "estás conmigo o estás contra mí". Este tipo de actitud encontró un terreno abonado en las estructuras culturales heredadas de la Colombia anterior al Frente Nacional.

61. LEÓN, Eugenio. *Nociones de Historia Religiosa*, Medellín, Ed. Bedout, 1961, p. 202.

La intolerancia, como lo mostrábamos antes, no es un problema meramente cultural. Ella encuentra estímulos en una serie de problemas no resueltos, propios de las relaciones económicas, sociales e institucionales.

Una de las herencias graves que recibe el Frente Nacional de la época de la Violencia son los problemas de tierras no resueltos.

Alberto Lleras parecía tener clara conciencia del impacto de la Violencia sobre las relaciones interpersonales de los colombianos y sobre sus valoraciones de la sociedad y del país. En mayo del 58, siendo presidente electo, hacía referencia a cómo “las gentes pierden sus propiedades, sus cosechas, su seguridad, y sobre todo su esperanza. Nadie cree en nadie. Todos desconfían de todos”. Unos días antes había llamado a los partidos a hacer “actos de gobierno que le restituyan a todo aquel que haya sido despojado por la violencia no sólo su parcela y su casa, sino el concepto de patria que perdió con ellas”⁶².

Sin embargo, los Tribunales de Conciliación y Equidad, creados en 1960, bajo su gobierno, para dar solución a los problemas de tierras en zonas afectadas por la Violencia, nunca funcionaron pues carecían de capacidad coactiva para imponer soluciones.

Subrayando tal inoperancia, Gonzalo Sánchez se pregunta: “¿Con qué razones podría esperarse que grupos sociales (...) que habían hecho sus fortunas a la sombra de la violencia se presentarían voluntariamente a los tribunales para renunciar a ellas?”⁶³.

El Frente Nacional se construye entonces sobre la no dilucidación de los abusos y la usurpación. Los acuerdos bipartidis-

62. LLERAS CAMARGO, Alberto. *Op. cit.*, pp. 216 y 196, respectivamente.

63. SÁNCHEZ, Gonzalo. “La Violencia: De Rojas al Frente Nacional”, en *NHC*, T. II, p. 173.

tas “ni resucitaban a los muertos caídos en la lucha contra la represión, ni garantizaban sus derechos de colonos frente al terrateniente”⁶⁴.

Otro de los aspectos de la permanencia de las actitudes de intolerancia se relaciona con la continuidad de un buen sector de la vieja clase política en el poder. Varios conservadores siguieron compartiendo durante décadas y aún hasta nuestros días —con las obligadas transacciones derivadas de las nuevas realidades socioculturales— los postulados políticos y filosóficos del laureanismo. Gonzalo Sánchez ha observado cómo “muchos de los personajes que estimularon la violencia en los 40 y 50 habrán de ocupar curules en el Congreso, ministerios o embajadas, bajo el Frente Nacional”⁶⁵.

Silva Luján hace referencia también al “papel de incitadores de la violencia que jugaron algunos de los jefes políticos regionales y locales que, si bien compartían formalmente la ideología frentenacionalista, utilizaban su influencia sobre los grupos armados como un instrumento importante de control político sobre el electorado”⁶⁶.

Gonzalo Sánchez y otros estudiosos de la Violencia han hecho énfasis en la incidencia del terror de aquellos años sobre la psicología social y cómo “en [ese] ambiente, en [esa] subcultura de la Violencia, que estaba transformando las conductas sociales, el lenguaje y los esquemas de valoración de muchas regiones, estaba creciendo toda una generación en la cual se insinuaban los ‘Desquites’ y los ‘Sangrenegras’, y cuyas actitudes oscilaban entre el fatalismo, la sed de venganza y la rebelión reprimida”⁶⁷.

64. SILVA LUJÁN, Gabriel. “Lleras Camargo y Valencia: entre el Reformismo y la Represión”, en *NHC*, T. II, p. 216.

65. SÁNCHEZ, Gonzalo. “Violencia, Guerrillas y Estructuras Agrarias”, p. 141.

66. SILVA LUJÁN, Gabriel. *Op. cit.*, p. 216

67. SÁNCHEZ, Gonzalo. “Violencia, Guerrillas y Estructuras Agrarias”. *Op. cit.*, p. 142.

Refiriéndose al desarrollo de las “colonizaciones espontáneas” de fugitivos de la Violencia en el Magdalena Medio y el Catatumbo procedentes del Valle, Tolima y el viejo Caldas, Sánchez ha llamado la atención acerca de cómo “los colonos tendían a distribuirse en las diferentes regiones según su respectiva afiliación política, y ponían fronteras de muerte a sus asentamientos, con lo cual no hacían sino trasladar a las regiones a donde llegaban el conflicto del cual precisamente venían huyendo”⁶⁸.

Sánchez ha sugerido también ciertas continuidades culturales en la Violencia, operantes en la transición de la insurgencia liberal a la insurgencia revolucionaria: “Muchos de los combatientes de la violencia cambiaron de filas transformados en el proceso mismo de su lucha, y alentados por el soplo revolucionario que invadió América Latina en la época de la Revolución Cubana, se multiplicaron los frentes y las siglas que les daban nombre; penetraron nuevas capas sociales, sobre todo de la clase media urbana (empleados, profesionales y estudiantes); en todos ellos gravitaba de alguna forma el sectarismo de las guerras pasadas. Cargaban la herencia traumática de la Violencia, pero se habían inscrito definitivamente en otra historia, en una historia todavía inconclusa”⁶⁹.

Queremos finalmente llamar la atención sobre algunos aspectos globales del funcionamiento del sistema frentenacionalista que han dificultado la afirmación de una cultura democrática y la superación de las pautas maniqueas de comportamiento político.

En primer lugar, el problema de la modernización de las instituciones y de la sociedad. Los sectores modernizantes no han podido constituirse en un grupo hegemónico y han tenido que entrar en una lógica de concesiones a los sectores cliente-

68. SANCHEZ, Gonzalo. “La Violencia: De Rojas al Frente Nacional”, p. 160.

69. *Ibidem*, p. 178.

listas tradicionales. En la práctica hemos visto un proceso de modernización a medias, lento, con una lógica de avances y retrocesos que ha sido denominado por un investigador "la modernización tradicionalista"⁷⁰. El más claro intento en nuestra historia contemporánea de afirmar una racionalidad moderna en el manejo de las instituciones, de fortalecer la autonomía del Estado en la orientación del desarrollo, de adelantar la reforma agraria y la organización del campesinado hacia su exitosa realización, le granjeó al presidente Carlos Lleras Restrepo la oposición velada y abierta de los barones electorales tradicionales.

El mantenimiento de la irracionalidad administrativa y la precariedad del Estado han determinado la escasa o nula regulación institucional de los conflictos en diferentes regiones del país. Estos han sido dejados para su resolución en manos de la misma sociedad, derivando con frecuencia esta situación en el predominio del más fuerte ante la ausencia de árbitros o terceros en discordia.

La fragmentación al interior del Estado, la no superación de la apropiación privada de las instituciones estatales por los niveles particulares, locales o regionales del poder, se traduce en abusos e irregularidades de funcionarios subalternos y en excesos y extralimitaciones de parte de mandos medios y bajos de las instituciones militares y de policía, sobre todo en regiones periféricas con poca presencia del poder civil y precarios niveles de organización de la sociedad.

La inexistencia de una izquierda legal fuerte y con capacidad de interpelar a la sociedad, y la carencia de claros deslindes de la izquierda ante las opciones guerrilleras de transformación total de la sociedad, han sido un factor adicional de estímulo a la intolerancia antiizquierdista y anticomunista. La capaci-

70. La expresión es del constitucionalista Hernando Valencia Villa en su intervención en el Foro sobre Reforma Constitucional y Derechos Humanos en el Centro de Convenciones Gonzalo Jiménez de Quesada, viernes 3 de febrero de 1989.

dad de matizar entre “guerrillero” e “izquierdista”, “subversivo” y “comunista” (nos referimos a un miembro del Partido Comunista) frecuentemente desaparece.

Habría que anotar, además, que el debate político en nuestras condiciones no se caracteriza precisamente por una elaboración cuidadosa de las tesis, por un refinamiento en la presentación de los argumentos. Lo frecuente en nuestro medio es la hiperideologización —en el peor sentido de la palabra— de la contienda política, con su recurso a los estereotipos más pobres⁷¹.

Esto se expresaría —para citar ejemplos recientes— en cómo la referencia en el discurso político al “diálogo” o a la “paz” se vuelve sospechosa o en cómo una evaluación positiva de algún aspecto del gobierno de Belisario Betancur puede resultar impertinente e impolítica. Una expresión —quizás una de las más groseras— de esa hiperideologización la muestra el graffiti con que algunos sectores políticos han llenado innumerables paredes de nuestras ciudades: “Belisario entregó el país al comunismo”. Si esto fuera una expresión de grupos ultraderechistas minoritarios y no una idea compartida por buena parte de la clase media y aun de los sectores populares, dicho graffiti no merecería nuestra atención.

Para concluir este tema central de la intolerancia en nuestra cultura, diríamos que ella opera en gran medida por la inadecuación del sistema educativo a las nuevas realidades de la vida social, política y cultural colombiana.

Aunque los documentos oficiales del Ministerio de Educación, ante la ausencia de unas directrices educativas articuladas y de una propuesta cultural hegemónica, han cooptado numerosos postulados del discurso de FECODE y del Movi-

71. En este reconocimiento coincidíamos un grupo de investigadores del equipo de “Conflicto Social y Violencia en Colombia” del CINEP y el investigador francés Daniel Pecaat en diálogo sostenido el martes 18 de julio de 1989 en Bogotá.

miento Pedagógico ("currículum abierto y participativo", relación de la educación con la identidad y la cultura, etc.), la verdad es que nuestro sistema educativo continúa fuertemente fragmentado y no estimula una unidad nacional en la diferencia, ni la superación de las brechas socioculturales. Pero lo más grave, a nuestro modo de ver, es que no propicia una conciencia de que nuestro país es plural, heterogéneo, y que en él conviven gentes de distintas culturas y colores de piel, de distintas concepciones políticas y religiosas, creyentes, escepticos, izquierdistas, indiferentes, etc., todos con igual derecho a la vida y a un futuro colectivo mejor.

Con esto no queremos afirmar que nuestro país esté cerrado a la posibilidad de conformar una cultura democrática, pacífica y de convivencia en el respeto a la diferencia. Desde el Estado y desde la sociedad civil se insinúan ya actitudes de estímulo al reconocimiento de nuestra heterogeneidad y de distanciamiento de todo tipo de posiciones intransigentes y maniqueas.

2. DEMOCRACIA SIN PUEBLO, FRUSTRACION POPULISTA Y NACIONALISMO INFORME

En la cultura política de una comunidad, y como resultado de su trayectoria histórica específica, se configuran en el imaginario colectivo unas representaciones mentales, unas imágenes del pueblo y de la nación. Una es la imagen que los sectores populares como grupos subalternos se hacen de sí mismos. Otra es la que las élites dirigentes elaboran sobre el pueblo. Estos imaginarios se influyen mutuamente y pueden generar mitos fundadores únicos y un cierto consenso sobre los elementos fundamentales constitutivos del pueblo y la nación dados. Esos imaginarios pueden también rechazarse, no encontrar puntos de consenso sobre los elementos definitorios, generar mitos contrapuestos y traducirse en fragmentación cultural, en concepciones opuestas sobre lo nacional y lo popular.

Fabio Zambrano ha mostrado las implicaciones de estas imágenes para la legitimidad del poder político en una sociedad: "La idea de pertenencia a una nación, que implica compartir una misma cultura, y formar parte de un mismo pueblo, es un medio que permite crear congruencia entre la unidad cultural y la política, busca eliminar la distinción entre los detentadores del poder político y sus gobernados, entre dirigentes y dirigidos, convirtiéndose en un elemento fundamental para la legitimación del sistema político y el ejercicio de la autoridad del Estado. Esto se hace aún más necesario en sociedades donde la desigualdad es predominante y, por lo tanto, la idea de pertenencia a una nación se convierte en un medio de cubrir esas desigualdades"⁷².

Pero, además de esta función político-instrumental, las imágenes que se construyen sobre la "nación" y el "pueblo" expresan los grados de articulación geográfica y económica de las regiones al interior de un país, los niveles de interacción étnico-cultural de la sociedad y de autorreconocimiento nacional de ésta, la existencia objetiva de elementos de una cultura nacional.

Las imágenes de "nación" y de "pueblo" operan en la "realidad del imaginario" de la gente interrelacionadas, se apoyan la una en la otra como formas de intelección o de vivencia de la realidad de un país. No obstante, trataremos de mirar separadamente, en la medida de lo posible, algunos elementos propios de la lectura —representación mental— que del "pueblo" y la "nación" han hecho las clases dirigentes colombianas.

La concepción del pueblo propia de las élites políticas colombianas, ha tendido históricamente —y sobre todo en el siglo XX—, a ser peyorativa. Una visión marcadamente jerárquica de la sociedad les ha llevado a diferenciarse tajantemente de

72. ZAMBRANO, Fabio. La Invención de la Nación, en *Análisis 3, Documentos Ocasionales* No. 56, CINEP, Bogotá, noviembre de 1989.

lo popular, de las "clases inferiores"⁷³, sobre las cuales se sienten llamadas a ejercer una tutela espiritual. Las élites colombianas se han considerado a sí mismas como depositarias únicas de los valores de la tolerancia, de la mesura, de la razón, es decir, de la "civilización". Con el pueblo se asocian en esa visión el desborde de las pasiones, el caos, la anarquía y la incivilización.

Carlos Horacio Urán, citando a Germán Colmenares, anota cómo "el pueblo ha sido mirado como enemigo peligroso, salvaje, capaz solamente de producir una democracia bárbara en que el proletariado y la ignorancia ahoguen los gérmenes de felicidad y traigan la sociedad en confusión y desorden". Agrega luego Urán que "él es servil y suministra los obreros y la mano de obra barata pero nunca, excepto en los discursos demagógicos, ha sido tenido como legitimador directo del poder, monopolio que ha correspondido a las élites bipartidistas"⁷⁴.

La relación de tutela de las élites para con las masas la ilustra muy bien el discurso de Alberto Lleras el 12 de septiembre de 1957 en la Universidad de los Andes, en donde él expresa una de las grandes preocupaciones que le asaltaban en aquellos días preñados de novedades, entre ellas la del crecimiento del fenómeno de masas. "Cuando el país era poco menos que un desierto, las clases superiores y cultas ejercían sobre la masa analfabeta una influencia casi siempre directa, un patronato riguroso o amable, pero mantenían contacto y comunicación con ellas, en las haciendas, en las parroquias, en las ciudades, en los talleres. Pero dentro de la problemática de nuestro tiempo la más grave situación surge del crecimiento tremendo

73. La expresión la tomamos del título del folleto de Ricardo Tejada, *Ejercicios Prácticos de Análisis Castellano. Acomodados a las clases inferiores*. Colegio Nacional de San Bartolomé, Bogotá, 1911.

74. URAN, Carlos Horacio. *Rojas y la Manipulación del Poder*. Carlos Valencia Editores, Bogotá, 1983, p.137. La cita inicial es tomada de Colmenares, Germán. *Partidos Políticos y Clases Sociales*. Editorial Universidad de los Andes, Bogotá, 1968, p. 119.

de las masas y de la consecuente desaparición del contacto con las clases cultas⁷⁵.

En un aparte de otro discurso de Lleras, el 20 de mayo de 1957, días después de la caída de Rojas, se expresa muy bien el sentido paternal de la acción política de la élite, la lisonja al pueblo y la autoconciencia de grupo conductor de los destinos de la nación. "Con la ayuda de Dios, que nos tuvo de su mano cuando todo parecía contra nosotros, acabaremos esta tarea, dedicada por entero a las nuevas generaciones, que demostraron en estos días merecer nuestro mayor esfuerzo, nuestra abnegación y todos los trabajos que sirvan *para crearles una nación* a la medida de su inteligencia y de su alma heroica y purísima"⁷⁶.

Otro de los aspectos centrales que marca la relación de las jerarquías políticas con el pueblo es el elitismo europeizante cultivado largamente por una clase dirigente centralista que creía que la "visión de la Sabana de Bogotá podría ser entonces la esencia de Colombia". "Colombia, se piensa claramente y se dice a medias —escribe Jacques Gilard—, es un país europeo y sus hombres son de raza blanca —lo son los que importan—". Agrega el investigador francés, sobre el país oficial de los 40, que "Colombia desconocía la realidad de su propio mestizaje" y cita al intelectual y político liberal Armando Solano como buen ejemplo de esa "ceguera autosatisfecha": "Siendo ardientes, morenas, tropicales en suma, las dos terceras partes del territorio, Colombia, en el conjunto de la América situada en la zona tórrida muéstrase como la nación menos tropical de todas. Ofrece más bien los rasgos de un pueblo instalado en la zona media, templado por el gusto de la moderación, del silencio, del estudio y de la vocación para un arte de tipo intelectual"⁷⁷.

75. LLERAS, Alberto. *Ibidem*, p. 169.

76. *Ibidem*, p. 160. El subrayado es nuestro.

77. GILARD, Jacques. *Veinte y cuarenta años de algo peor que la soledad*. Librería y Editorial Nueva Epoca, Bogotá, 1988, p. 13.

El filohispanismo, el culto a los conquistadores y al idioma de Castilla, esa extraña forma de "patriotismo hispanizante", estimulado por los conservadores pero compartido también por muchos liberales, era otro de los componentes de la versión oficial de la cultura que dificultaba el autorreconocimiento étnico-cultural de los colombianos.

Esta ausencia de reconocimiento de la heterogeneidad étnico-cultural de la población colombiana, sumada al pesimismo racial de personalidades como Laureano Gómez o Luis López de Mesa, no contribuyeron a estimular un aprecio por el pueblo y por lo popular y una actitud de confianza en las posibilidades de nuestros connacionales.

El proyecto reformista de Alfonso López Pumarejo en los años 30 y 40 consagró constitucionalmente una serie de derechos tendientes a la obtención de la ciudadanía política y social por los trabajadores, confiriéndole al pueblo un cierto protagonismo a través de su alianza con la clase obrera organizada en la CTC.

En López tenemos que reconocer un hombre moderno dotado de un democratismo inusual en la cultura política de las élites colombianas, y de una disposición a reconocer a la clase obrera no sólo como protagonista social de los nuevos tiempos, sino como un nuevo actor en el plano de lo simbólico.

Sin embargo, el proyecto lopista se frustra y, con él, el papel de la clase obrera como aliado y sostén de su régimen.

El otro fenómeno que pudo haber constituido una ruptura y un paso firme y decidido hacia la afirmación del pueblo y del país mestizo, lo constituyó el gaitanismo, que en parte había surgido recogiendo el descontento resultante de la frustración del lopismo. El asesinato de Jorge Eliecer Gaitán y la desintegración posterior del movimiento en virtud de su carácter personalista y de su débil estructuración programática y organizativa, abortaron tal posibilidad. Como bien lo ha anotado Peacaut, el 9 de abril constituyó ciertamente una ruptura. "Pero

ésta —agrega el investigador francés— simboliza precisamente la imposibilidad de avanzar hacia un reencuentro del pueblo y la nación⁷⁸.

En efecto, la muerte de Gaitán significó el aplazamiento indefinido del reconocimiento del lugar del pueblo colombiano en el escenario político-social y simbólico nacional, una frustración colectiva más y el deslizamiento del país hacia la página sombría de la Violencia.

Los sucesos del 9 de abril son fundamentales en la construcción de la imagen sobre el pueblo por cuanto reforzaron la mirada de las élites sobre lo popular como lo bárbaro. Herbert Braun nos muestra cómo “en las semanas que siguieron al ‘Bogotazo’, liberales, conservadores e incluso gaitanistas condenaron al pueblo como una fuerza inhumana que se había precipitado contra las instituciones de la nación. Bien fuera por el antiguo temor al pueblo movilizado, o por el más reciente apremio de marcar su separación frente a él, los convivialistas crearon una leyenda negra. Caracterizaron al pueblo como la antítesis de la nación. El aire estaba lleno de metáforas zoológicas”. Braun subraya además cómo “la leyenda negra se convirtió en historia. El pueblo oía cómo lo condenaban en los discursos de los jefes y leía la denuncia de sus actos en los periódicos convivialistas. Sólo podemos especular acerca del impacto que tuvo este ataque sobre la conciencia colectiva de los seguidores de Gaitán y del pueblo todo. Eran pocos los que leían los tratados sociológicos y jurídicos donde sus acciones estaban consideradas con más simpatía. Se lanzaron iniciativas para construir monumentos a las víctimas, pero al final el tributo a los caídos se limitó a un poema del venezolano Miguel Otero Silva y a un ensayo de Dario Samper. La Iglesia legitimó e intensificó el rechazo al pueblo al decretar la excomunió de los que habían profanado las iglesias. Curas acompañaban a soldados a buscar mercancías en los humildes hoga-

78. PECAUT, Daniel. *Crónica de Dos Décadas de Política Colombiana: 1968-1988*, S. XXI, Bogotá, 1988, p.19.

res de sus parroquianos. El Ejército llegó hasta a cortarles las corbatas negras que llevaban los gaitanistas en señal de luto (...) los pobres de la ciudad eran llamados despectivamente 'nueve abrilenos', y la única bebida que podían adquirir fácilmente, la popular y barata chicha, fue prohibida dizque porque llevaba a la desmoralización y a la degeneración física y mental del pueblo"⁷⁹.

El populismo en su versión gaitanista se frustra. Vendrá la época de la Violencia con sus componentes de terror y sectarismo, resistencia armada y resquebrajamiento social. Está por estudiarse cómo afectaron estos procesos el imaginario colectivo acerca del "pueblo" y de "lo popular" y, naturalmente, las consideraciones de los colombianos sobre su "patria" y su "nación".

El retorno de las tentativas populistas se producirá un poco después de la llegada de Rojas Pinilla al poder mediante el "golpe de opinión" contra Laureano. Los intentos del general Rojas de conformar un movimiento nacional populista por encima de los partidos a través de la conformación del Movimiento de Acción Nacional (MAN) y de la Confederación Nacional de Trabajadores (CNT) van a encontrar una tenaz resistencia del bipartidismo, cuyas élites han sido históricamente poco propensas al populismo.

El populismo rojista, como construcción ideológica, constituía una mezcla abigarrada de elementos modernos y premodernos y reflejaba en gran medida los códigos culturales característicos de la vida colombiana de la primera mitad del siglo XX. "Las líneas ideológicas del gobierno militar —nos dice Carlos Horacio Urán— (...) consistían en un confuso mesianismo religioso dirigido hacia el pueblo y apoyado en la doctrina social de la Iglesia que lleva a Rojas a desear el "reconocimiento a los proletarios de la dignidad de hijos de Dios por medio de un

79. BRAUN, Herbert. *Mataron a Gaitán*. Universidad Nacional, Bogotá, 1987, pp. 362, 364-365, respectivamente.

nivel de vida más elevado” y “la introducción de normas dictadas por el soberano Pontífice”. Envueltos en un lenguaje moral y teológico, Cristo y Bolívar seguían situados como base de su pensamiento. Ellos son, decía un ministro, “los ideólogos del gobierno” (...). Así mismo, Rojas denunció el proselitismo protestante como contrario a la nación colombiana, denuncia que le mereció el aplauso de la Iglesia católica (...)⁸⁰.

Pero con toda su confusión ideológica, este populismo rojista con su reivindicación del “binomio pueblo-Fuerzas Armadas” “pretende hacer entrar como protagonistas, legitimadores directos y unificados, a estos dos actores hasta entonces olvidados por el sistema político colombiano o tenidos en cuenta exclusivamente como masa de maniobra, actores de segunda clase. Esto era demasiado. Tal proyecto daba mucho que pensar: numerosas instituciones nuevas podían llegar a desprenderse de allí, y sobre todo valores hasta ese momento relegados, los del pueblo especialmente, podían llegar a imponerse y, en fin, las reglas seculares del juego político establecidas por las castas podían llegar a cambiar; por ejemplo, las Fuerzas Armadas podían llegar a interesarse por el pueblo, ¿y entonces?”⁸¹.

Es muy interesante ver cómo a partir de esa reivindicación del pueblo hecha por Rojas, basada en “una especie de ‘humanismo cristiano’ que lo inclinaba sentimentalmente hacia los pobres”⁸² y probablemente también de un cierto criticismo propio de los militares en relación con el manejo político del país por los civiles de los dos partidos, se estimularán posteriormente una serie de desarrollos políticos de izquierda en el escenario nacional. Gonzalo Sánchez ha subrayado precisamente cómo “en el largo plazo, el rojismo hizo una contribución indudable al descongelamiento político del país. A través de la ANAPO creó por primera vez la posibilidad de desplazamien-

80. URÁN, Carlos Horacio. *Op. cit.*, pp. 85-86.

81. *Ibidem*, p. 138.

82. *Ibidem*, p. 134.

tos constantes de sectores conservadores hacia la izquierda. En las elecciones de 1978, distintas coaliciones de la izquierda tuvieron en sus listas a antiguos anapistas. Jaime Piedrahíta Cardona, uno de los fundadores de la ANAPO, fue candidato presidencial del Frente por la Unidad del Pueblo (FUP), y uno de sus jefes regionales, Julio César Pernía, fue el candidato presidencial de la Unión Nacional de Oposición (UNO). La historia de la ANAPO socialista y la del M-19 (Carlos Toledo Plata) servirían de ilustración de una tercera variante en los múltiples caminos seguidos por los militantes del rojismo⁸³.

La oposición del Frente Civil de los partidos creado a finales de 1955, así como de la Iglesia católica al proyecto tercerista de Rojas, no estaba determinada única y exclusivamente por sus prevenciones antipopulares. Era un problema de poder, de intereses políticos y económicos. *El Tiempo*, en nombre del partido Liberal, afirma, el 10. de noviembre de 1955, que se opone al MAN porque "nada es tan inaceptable para los liberales como los partidos políticos organizados artificialmente por el gobierno y para el uso privativo del gobierno".⁸⁴ La Iglesia, que junto al Partido Conservador orientaba la acción de la Unión de Trabajadores de Colombia (UTC), atacó a la CNT acusándola de oponerse a la doctrina social de la Iglesia y de ser enemiga de la intervención de ésta en el campo sindical.

La CNT es reconocida legalmente en diciembre de 1954. No obstante haberse declarado respetuosa del catolicismo, totalmente colombiana y nacionalista, es atacada violentamente por la Iglesia en una declaración de nueve puntos en donde la acusa de peronista y justicialista⁸⁵. Urán halla comprensible esta actitud puesto que "en la medida en que Perón persiguió

83. SANCHEZ, Gonzalo. *La Violencia: De Rojas al Frente Nacional*, pp. 165-166.

84. Citado por C.H. Urán, *Op. cit.*, p. 89.

85. URÁN, C.H., *Op. cit.*, p. 81.

a la Iglesia argentina, la colombiana, aún más conservadora, tenía una situación semejante⁸⁶.

Es indudable también que el estilo del general ("no conocía la manipulación propia del juego político, sólo sabía ordenar, y comenzó a dirigir el país como se dirige un batallón")⁸⁷, la masacre de los estudiantes en junio de 1954 y el recurso a la censura de prensa, pese a no corresponder el régimen de Rojas a una típica dictadura latinoamericana, erosionaron la legitimidad de su gobierno, brindándole argumentos ideológicos a la oposición "antidictatorial", y condujeron finalmente a su derrocamiento el 13 de junio de 1957.

Es conveniente reflexionar sobre la frustración histórica del nacional-populismo en Colombia y sobre sus posibles implicaciones para nuestra cultura política. Esta reflexión es importante no para añorar que nuestro desarrollo no hubiera sido idéntico al argentino o al brasileño, sino para comprender la especificidad de nuestra evolución, así como la problematicidad y las ventajas que ella tiene en comparación con otras experiencias de la región.

Los regímenes populistas que se configuran en las décadas de los 40 y 50 (el régimen peronista de 1946 a 1955 en Argentina, el gobierno de Getulio Vargas en el Brasil, sobre todo en su mandato de 1950 al 54, así como el régimen político resultante de la revolución del 9 de abril de 1952 en Bolivia, liderada por el Movimiento Nacionalista Revolucionario de Víctor Paz Estenssoro, para mencionar sólo tres de las más importantes experiencias populistas de aquellos años)⁸⁸ estimularon la mo-

86. *Ibidem*, p. 81.

87. *Ibidem*, p. 134.

88. Un resumen de las experiencias nacional-populistas en la América Latina de la segunda posguerra se encuentra en URAN, Carlos H. *Op. cit.*, pp. 57-64. El autor se refiere a la "Colombia enclaustrada" a la hora de las experiencias populistas en la región.

vilización de masas y el reconocimiento de su presencia en el escenario político y social. El pueblo, los sectores populares, pese a estar sujetos a tentativas instrumentalizadoras de su accionar, lograron un reconocimiento firme y duradero en el universo de lo simbólico. Daniel Pecaut ha anotado cómo el populismo, “valiéndose de la acusación dirigida contra la ‘oligarquía’ (...), por primera vez en América Latina, hace del igualitarismo un componente central de las representaciones de lo político”⁸⁹.

En Colombia la frustración histórica del populismo constituiría uno de los factores que han dificultado el reconocimiento del “pueblo” y de lo popular a nivel de la simbología política. El populismo sería quizás una de las formas principales a través de las cuales se podría haber configurado un consenso hacia ese reconocimiento.

La ausencia de un populismo desde el poder habría permitido también mantener las viejas reticencias hacia una eventual política de movilización de masas. Politólogos e historiadores se preguntaron con frecuencia por qué Carlos Lleras Restrepo (1966-1970) o Belisario Betancur (1982-1986), en momentos en que gozaron de una gran popularidad entre la opinión pública, no se decidieron a movilizar al pueblo como forma de presión para poder adelantar sus proyectos de transformación nacional. Creemos que en tal conducta incidieron sin duda alguna factores culturales como las amarras antipopulares y antipopulistas propias del discurso, de la simbología y de la concepción política con que operan las élites dirigentes en nuestro país.

Llamando la atención sobre la timidez del experimento “populista” de Belisario Betancur, Alfredo Vázquez Carrizosa ha aludido a las inconsecuencias de ese “populismo de élite” sustancialmente distinto del “populismo de barrio” de Gaitán⁹⁰.

89. PECAUT, Daniel. *Orden y Violencia: Colombia 1930-1953*, Vol. II, Siglo XXI, Bogotá, 1987, p. 369.

90. VAZQUEZ CARRIZOSA, Alfredo. *Betancur y la Crisis Nacional*, Ediciones Aurora, Bogotá, 1986.

Hay que anotar, sin embargo, que las causas fundamentales de la frustración populista quizá se encuentren en la fuerza y en las resistencias del sistema clientelista liberal-conservador. Francisco Leal ha observado recientemente cómo “para los gobiernos es muy difícil armar una organización popular fuera del sistema, además de que la clase política se apresura a desvirtuar cualquier sentido partidista y organizativo que tengan los amagos populistas gubernamentales” (...) y cómo, al mismo tiempo, “ningún gobierno ha tenido las agallas suficientes para aprovechar el debilitamiento de sus vínculos con el bipartidismo, y enfrentar al sistema con un liderazgo nacional de las múltiples expresiones organizativas que existen en la sociedad civil”⁹¹.

Volviendo a la comparación con los regímenes populistas latinoamericanos, hay que anotar que en éstos el énfasis en la categoría “nación”, opuesta al “imperialismo”, contribuyó a crear cierta conciencia acerca de los intereses nacionales y un sentido de justicia en la concepción de las relaciones internacionales. Esta actitud no fue solamente retórica sino que se tradujo en medidas de nacionalismo económico como la creación en 1953 de Petrobrás, la compañía estatal brasilera, que pasaba a tener el derecho exclusivo de la prospección y extracción del petróleo, o del Banco Nacional de Desarrollo Económico en 1952. En Bolivia, la revolución triunfante permitió la nacionalización de las minas y la reforma agraria. También en Guatemala, el gobierno de Arbenz logró encauzar una voluntad política hacia la realización de la Reforma Agraria. Queremos subrayar con esto la idea de que el populismo, en algunas de sus experiencias latinoamericanas, fortaleció el papel del Estado como promotor del desarrollo económico y social. En Colombia, quizá la ausencia de un nacional - populismo en el poder ha sido uno de los factores que posibilitaron la conformación de una tradición caracterizada por un nacionalismo pobre, una política exterior de subordinación a los intereses norteamer-

91. LEAL, Francisco. “El Sistema Político del Clientelismo” en *Análisis Político* No. 8, sept.-dic. 1989, Bogotá, p. 20.

ricanos (*Respice Polum* no obstante Panamá)⁹², el liberalismo económico y la precariedad histórica del Estado.

Desde otra perspectiva, el no haber transitado por un período nacional-populista pudo habernos conferido ciertas ventajas, como por ejemplo no haber sufrido los abusos de la demagogia nacionalista y populista, las campañas masivas de propaganda gobiernista o los intolerables niveles de intrusión del gobierno en la vida privada de las personas propios de algunos populismos. Así mismo, esa carencia de nacional-populismo en nuestra historia política quizás nos ha librado de mayores autoritarismos de los que hemos tenido, o de prácticas extremas de manipulación del sistema de justicia, del movimiento sindical y de los partidos.

Daniel Pecaút ha anotado algo muy pertinente para la valoración de nuestra experiencia contemporánea, al afirmar que “sería (...) inútil tratar de negar lo que del ‘populismo’ pasará al ‘autoritarismo’ en muchos regimenes latinoamericanos posteriores a 1960” y agrega cómo “sobre todo, el ‘autoritarismo’ toma del ‘populismo’ dos de sus principales rechazos: el del individualismo y el de la democracia liberal”⁹³.

Para concluir estas líneas de análisis sobre el populismo, es necesario decir que cuando hacemos referencia a su frustración histórica en Colombia no negamos las influencias que han tenido los movimientos populistas colombianos, la ANAPO fundamentalmente, sobre la cultura política de las clases dirigentes. El cuasi-triunfo electoral de la ANAPO con el general Gustavo Rojas Pinilla a la cabeza en las elecciones presidenciales

92. *Respice Polum* (Mirar al Polo) o la orientación hacia la “Estrella Polar”, expresiones acuñadas por el presidente Marco Fidel Suárez (1918-1922), han servido para caracterizar la tradición de política exterior colombiana de subordinación y obediencia en las relaciones con los EE.UU. de América. La pérdida de Panamá no parece haber estimulado una actitud o una tradición nacionalista en nuestra política exterior que en otras latitudes sí se gestaron ante las actitudes y agresiones imperiales de los EE.UU.

93. PECAUT, Daniel. *Orden y Violencia...*, V. II, p. 373.

de abril de 1970, constituyó para el bipartidismo una campaña de alerta. Alvaro Gómez, ante la eclosión del populismo, plantea en aquellos días cómo en adelante "será preciso registrar el fenómeno de la urbanización cuantitativa y cualitativa de la política que todo lo ha cambiado y que demanda una modernización inmediata de los sistemas de acción proselitista para poder estar a tono con una problemática que resulta ser desconcertantemente novedosa"⁹⁴. Alfonso Palacio Rudas, en esa hora de profunda preocupación para el establecimiento, dirá que "ante el empuje del movimiento populista se requiere una rápida solución a los más pungentes reclamos (es típico del populismo, *verbi gratia*, demandar una política de expansión monetaria)".

Llama también Palacio Rudas a cambiar el lenguaje de los partidos y de sus líderes: "Pensando en el país creo que el abstruso palabrerío tecnocrático, unctadiano, monetarista, no es el más apropiado. Es una equivocación de los 'desarrollistas' querer enseñar a las masas, más aún, imponerles los arquetipos de las estrategia global del desarrollo, en vez de compenetrarse de sus necesidades y actuar en nombre de aquellos intereses e ideales de los cuales el pueblo ha tomado conciencia"⁹⁵.

Regresando al tema de la no figuración de lo popular a nivel de lo simbólico, hay que precisar que las transformaciones estructurales de la vida colombiana en las últimas décadas han modificado sustancialmente la composición social del estamento profesional y han hecho de la educación un factor importante de promoción social de los sectores medios y bajos de la

94. GÓMEZ, Alvaro. "Conservatismo y Populismo" en Betancur, Belisario, Alvaro Gómez, Alfonso López Michelsen y Alfonso Palacio Rudas, *Populismo, Populibros* No. 33, Editorial Revista Colombiana Ltda., Bogotá, 1970, p. 32. Estos ensayos resultan muy pertinentes para mirar los cuestionamientos de nuestras élites dirigentes al populismo como demagogia social y como política económica. Al mismo tiempo, expresan matices y diferencias en la actitud ante lo popular como componente del fenómeno populista.

95. PALACIO RUDAS, Alfonso. "Populismo: Esencia y Apariencia" en Betancur, Belisario et al. *Op. cit.* p. 71.

población. El desarrollo de los medios de comunicación ha ayudado a hacer conciencia sobre la heterogeneidad étnico-cultural del pueblo colombiano, ha difundido nuevos acentos y nuevos perfiles culturales —festividades, bailes, simbologías regionales— propios de las nuevas regiones de colonización y del país colombiano no andino. Pensemos por ejemplo en el papel de Maturana, el técnico de nuestra selección nacional de fútbol, como símbolo de ese nuevo país mestizo que se abre paso espontáneamente en la cultura colombiana a través de los méritos de sus representantes más destacados. No se puede negar el democratismo racial que estimula esa imagen, esa figuración simbólica a través de los medios de comunicación⁹⁶.

Los movimientos sociales, los paros cívicos, las marchas campesinas han contribuido con su dinámica no sólo al logro de reivindicaciones económicas y sociales, sino también a precisar la necesidad de “ponerle pueblo” a la política. El trabajo de grupos y movimientos de izquierda en procesos de organización y participación comunitaria, el estímulo por ellos al descubrimiento de nuevas identidades socioculturales (los problemas de la mujer, del gamin, del vendedor ambulante, del marginal urbano, de los homosexuales, etc.) ha sido muy importante en la ampliación de la cobertura de la categoría “pueblo” y en el reconocimiento de la diversidad que ella encierra.

Todos estos procesos entrañan una “democratización espontánea”, cuya dinámica operaría más de abajo hacia arriba que de arriba hacia abajo. Ellos han incidido en la mirada de las élites y del país nacional sobre “lo popular” y en un cierto reconocimiento de la necesidad de renovar las representaciones

96. Es muy sugestiva en este sentido la representación del “Nuevo Escudo Nacional”, propuesta humorística de Guido Cáceres en la Sección de Humor de *El Espectador* del domingo 5 de noviembre de 1989, p. 4C. Ese “nuevo escudo nacional” entraña consciente o inconscientemente una crítica a una simbólica nacional obsoleta pues los cóndores están casi extinguidos, el istmo de Panamá ya no hace parte de nuestro territorio y el gorro frigio resulta anacrónico y exótico. Cáceres coloca en lugar de la cabeza del cóndor el rostro de Maturana, en la boca de los cornucopios de la abundancia los rostros de los miembros de la Selección Colombia y un balón de fútbol debajo del gorro frigio.

simbólicas del pueblo y de lo popular operantes en la cultura política colombiana, en las propuestas de los partidos tradicionales, pero también de los partidos de izquierda.

Pese a estos desarrollos, el “pueblo” y lo “popular” están lejos de figurar en la simbología nacional oficial. No existe, por ejemplo, una festividad nacional llamada a rendirle homenaje a Jorge Eliécer Gaitán a pesar de que en los aniversarios de su muerte la prensa bipartidista, “gaitaneando”⁹⁷, no deja de destacar su lugar en la historia de Colombia y los liberales su supuesta fidelidad a sus ideales. Herbert Braun ha llamado la atención acerca de que “en Bogotá no hay estatua ni monumento alguno que conmemore a los muertos del ‘Bogotazo’”⁹⁸. Igual podríamos anotar cómo no existe un monumento a las víctimas de la Violencia en Colombia. Quizá, como lo ha sugerido Gonzalo Sánchez, “la renuncia a la memoria de su sangriento pasado” haya obrado como “una necesidad en el proceso de recomposición política de la dominación oligárquica”.⁹⁹

Otro aspecto importante a considerar es el relacionado con la cuestión del nacionalismo en la cultura política colombiana durante el siglo xx.

Habría que decir inicialmente que las representaciones de la clase dirigente acerca de la “nación” y de lo “nacional” han tenido una fuerte influencia de los postulados del nacionalismo conservador. El proceso largo y difícil de construcción del Estado-Nación y las dificultades para configurar en nuestro país una identidad nacional quizá hayan incidido para que las representaciones de lo nacional durante mucho tiempo hubieran partido, no tanto de fundamentos concretos presentes en los

97. “Muerto Gaitán —nos dice Braun— los convivialistas llegaron a admirarlo, pero cuando lo alababan públicamente, el pueblo calificaba despectivamente su discurso como el gaitaneo. Ver Braun, Herbert. *Op. cit.*, p. 359.

98. *Ibidem*, p. 365.

99. SANCHEZ, Gonzalo. *La Violencia: De Rojas al Frente Nacional*, p. 174.

procesos reales de integración económico-social, política y cultural, sino de concepciones ideales de la sociedad, de visiones ideológicas en términos de lo que se quería que el país fuera.

Veamos, en palabras de Germán Colmenares hablando del patriotismo conservador de don Marco Fidel Suárez y de Miguel Abadía, con qué presupuestos operaba esta vertiente del nacionalismo colombiano durante los años 20, en plena hegemonía conservadora: "Para conservadores como don Marco Fidel Suárez o el presidente Abadía Méndez, para no hablar del rango intelectual mucho más bajo de caciques locales como Pompilio Gutiérrez o Sotero Peñuela, los elementos tradicionales de la cultura, y sobre todo la fe católica debían constituir un baluarte contra toda amenaza de cambio. Estos elementos hacían parte de la naturaleza inmutable del país, se confundían con la noción misma de la patria y definían el ser entrañable de los colombianos"¹⁰⁰.

De tal lectura de la realidad del país toman distancia sectores moderados del conservatismo, los sectores progresistas del liberalismo y sobre todo una élite intelectual liberal que por entonces experimenta una influencia notoria de los postulados del socialismo. Contra ese viejo país desfasado de la vida moderna se levantan las voces de Jorge Zalamea, José Mar, Felipe Lleras Camargo, Gabriel Turbay, Jorge Eliécer Gaitán, Luis Vidales, Germán Arciniegas, Luis Tejada y León de Greiff para citar sólo algunas de las más conocidas figuras de ese grupo conocido como la generación de "Los Nuevos". Bien ha anotado Gutiérrez Girardot que 'Los Nuevos' no lograron demoler esa sociedad", pero no obstante, "algunos de ellos la pusieron en tela de juicio: León de Greiff, Luis Tejada y Luis Vidales"¹⁰¹.

100. COLMENARES, Germán. "Ospina y Abadía: La Política en el Decenio de los Veinte", en *NHC*, Planeta, T. I, p. 246.

101. GUTIÉRREZ GIRARDOT, Rafael. "La Literatura Colombiana en el siglo XX", en *Manual de Historia de Colombia*, T. III, COLCULTURA, Bogotá, 1980, p. 489. Sobre "Los Nuevos", ver el Aparte VII "En tela de juicio", pp. 488-495.

Es importante el papel desempeñado por los intelectuales socialistas de los años veinte, junto a las figuras de la inteligencia liberal, en la apertura hacia los valores de la modernidad. Sin embargo, en un país rural y patriarcal que apenas empezaba un proceso de transición que se iba a prolongar durante muchas décadas y que dista aún de ser acabado, la incidencia de estos movimientos intelectuales era relativa. El "patriotismo conservador", con modificaciones y adaptaciones, continuará operando en la vida colombiana no obstante las transformaciones de la República Liberal (1930-1945) acerca de cuya profundidad y cobertura hablaremos más adelante.

La contrarreforma conservadora iniciada con Ospina (1946-1950) y profundizada por Laureano Gómez (1950-1953) establece un "puente cultural" con las actitudes y valores de la vieja República Conservadora (1886-1930).

Daniel Pecaú ha mostrado la permanencia, de Núñez a Laureano, del "nacionalismo doctrinario del Partido Conservador" con su "llamamiento en pro de los valores culturales y religiosos 'hispanicos'¹⁰². "La defensa de la 'civilización católica' y de sus jerarquías frente al "materialismo anglosajón" se mantiene presente de Núñez a Laureano Gómez y se manifiesta con recedido vigor a partir de 1936, bajo la forma de una solidaridad con el franquismo contra la República Española. Hasta en la burguesía conservadora antioqueña se multiplican en esta época las organizaciones de extrema derecha, corporativistas y autoritarias. Las posiciones adoptadas por ciertos conservadores como Laureano Gómez en contra de las compañías americanas —ataques violentos del propio Laureano Gómez en agosto de 1934 contra la Gulf Oil Company y contra la complacencia de Enrique Olaya Herrera, campaña en favor de una refinería colombiana— remiten a un acervo cultural del que se reclaman poseedores tanto la Iglesia como grandes

102. Las comillas que pone Pecaú a la palabra "hispanicos" resultan muy adecuadas: la lectura conservadora de lo hispánico era *su* lectura de lo hispánico.

sectores de los grandes propietarios de bienes raíces o de la burguesía antioqueña¹⁰³.

Este nacionalismo no sólo era doctrinario, al partir de esa supuesta "esencia" cultural hispánica sagrada e inmodificable propia de nuestra cultura, sino profundamente reaccionario, anclado en el pasado y además xenófobo. Cuando, meses antes de asumir Santos y durante su gobierno (1938-1942), comienzan a ser recibidos en distintas instituciones los republicanos españoles exiliados y otros demócratas europeos obligados a emigrar por el ascenso del fascismo y del nacionalsocialismo, muchos de los cuales harán contribuciones sustanciales a nuestro desarrollo científico¹⁰⁴, el patriotismo conservador asumirá la defensa de su "país imaginado". La víspera de la posesión de Santos, el Directorio Conservador le hace llegar una carta en que entre otras cosas le previene ante el hecho de que "en la educación pública se han importado elementos judíos y otros extranjeros sin nexo alguno con la patria, para que ejerzan sobre la niñez y la juventud una influencia corruptora, antinacional y disolvente. El Partido Conservador ha visto en esa influencia un atentado contra la nacionalidad colombiana"¹⁰⁵.

Alfonso López Pumarejo se distancia claramente de ese nacionalismo y afirma: "No entiendo por nacionalismo esa actitud sin médula humana que se ofrece envuelta en una retórica tradicionalista y reaccionaria —el nacionalismo de la tierra y de los muertos— ni tampoco la agresión xenófoba que querría

103. PECAUT, Daniel. *Orden y Violencia...*, Vol I, p. 194.

104. Sobre su aporte en el caso de la Escuela Normal Superior ver Herrera, Martha y Carlos Low. "La Escuela Normal Superior y la Enseñanza de las Ciencias Sociales en Colombia", en revista *Educación y Cultura*, No. 11, FECODE, Bogotá, abril de 1987, pp. 61-66. Acerca de otros exiliados como los médicos Triás y Barraquer, el etnólogo Paul Rivet y otros destacados profesionales, ver Arciniegas, Germán. "Eduardo Santos", *NHC*, Planeta, T. I, p. 363.

105. ARCINIEGAS, Germán. *Op. cit.*, pp. 353-354. Acerca del nacionalismo de la tierra y su carácter xenófobo, ver los apartes "Colombia: un encierro interiorizado" y "El nacionalismo literario", en el texto de Jacques Gilard antes citado, pp. 7-12 y 16-24, respectivamente.

convertir el territorio nacional en el sitio vedado al esfuerzo de quienes no nacieron dentro de nuestras fronteras. El nacionalismo que me apasiona podría sintetizarse en esta frase: 'Colombia primero para los colombianos'¹⁰⁶.

Pecaut ha señalado cómo "el nacionalismo lopista va a ser siempre prudente" y no va más allá de la defensa del intervencionismo y de la autonomía estatales y de la concesión de una ciudadanía nacional: "Nacionalismo de límites imprecisos, que es ante todo la reivindicación planteada por el Estado del derecho a representar el conjunto de la sociedad. Su contenido reside menos en un 'antiimperialismo' cualquiera, que en la afirmación simultánea de la supremacía del Estado frente a los intereses privados y de una ciudadanía nueva para el pueblo"¹⁰⁷.

López Pumarejo no logra forjar esa anhelada unión del pueblo y el Estado. La división de la población en dos subculturas políticas mutuamente excluyentes y hereditarias, la liberal y la conservadora, no ha sido, para él o para sus sucesores en el poder, un obstáculo despreciable hacia el logro del encuentro del pueblo y la nación¹⁰⁸. De otro lado, tampoco existe una nación articulada a través de vías carretables, circuitos comerciales y medios de comunicación. A los campos no llega el "aliento reformista del liberalismo"¹⁰⁹.

Refiriéndose a Antioquia, Pecaut nos dice que "las corrientes del cambio social sólo muy tenuemente llegan allí: el 'lopismo' sólo tuvo una modesta resonancia"¹¹⁰.

106. PECAUT, Daniel, *Orden y Violencia...*, Vol. I, pp. 194-195.

107. *Ibidem*, pp. 193-195, respectivamente.

108. En su libro *Orden y Violencia...*, Daniel Pecaut insiste reiteradamente en esta relación.

109. DIAZ, Antolin. *A la sombra de Fouche*. Pequeño Proceso de las Izquierdas en Colombia. Edit. ABC, Bogotá, 1937, p. 124.

110. PECAUT, Daniel. *Orden y Violencia...*, Vol. II, p. 432.

Las vacilaciones de la propia dirigencia lopista no son menos responsables de los mediocres resultados de la "Revolución en Marcha" en esos dos propósitos "nacionalistas" arriba mencionados. Para varios de los liberales socializantes el izquierdismo funciona como matricula, como "vitrina política" y no como compromiso social con implicaciones prácticas¹¹¹. Antolin Díaz, testigo de aquellos tiempos, se refiere a las propuestas de los izquierdistas verbalizantes, quienes "titubeantes en los pasillos de las cámaras, hablaban de la nacionalización de la enseñanza primaria, pero vacilaban y vacilaron en dar un solo paso hacia adelante"¹¹².

El nacionalismo gaitanista —quizá con excepción de sus discursos antiimperialistas luego de los sucesos de las bananeras— resulta bastante opaco: "las reservas formuladas por Gaitán con respecto a los excesos de poder de las empresas extranjeras no van más allá del sentido común de los políticos colombianos"¹¹³.

Comparando a Gaitán con Perón, Pecaú nos muestra cómo éste se aparta del caudillo argentino "por el carácter tímido de sus invocaciones a la nación". Llama la atención luego sobre la carga xenofóbica que lleva también el nacionalismo de Gaitán: "Es cierto que la campaña presidencial de 1946 está acompañada por un llamado incesante a la exaltación de la 'raza' y de la 'patria' colombianas. Pero este nacionalismo tiene un sabor de improvisación circunstancial. La figura del opresor extranjero no es ni la del colonizador español ni la del imperialismo. Es, muy prosaicamente, la del oponente liberal de Gaitán, Gabriel Turbay, cuya ascendencia libanesa —'turca' según la terminología colombiana— permite hacer de él un invasor. Que Gaitán, 'el candidato colombiano, de los colombianos, para los colombianos', por las venas del cual 'corre sangre colom-

111. DÍAZ, Antolin. *Op. cit.*, pp. 32-46.

112. *Ibidem*, *Op. cit.*, pp. 86-87.

113. PECAÚ, Daniel. *Orden y Violencia...*, V. II, p. 389.

biana pura' proclame 'el derecho de las madres colombianas a que sus hijos puedan acceder a las posiciones más elevadas de la democracia', invite a una 'cruzada de la patria, amenazada por una sangre extraña a las angustias, a los dolores y a las alegrías de los colombianos', alerte contra una inmigración que 'excluye a los nuestros de actividades que ellos mismos han emprendido con el precio de grandes esfuerzos', y deje finalmente a sus partidarios el cuidado de resumir sus aspiraciones en una fórmula que tiene el mérito de la simplicidad: '¡Turco no! ¡Gaitán sí!', *todo esto no representa verdaderamente un adelanto en la pedagogía nacionalista*".

Pecaut subraya la inconsistencia de las invocaciones nacionalistas de Gaitán: "Tal nacionalismo' no tiene nada de similar al que busca ofrecer un pasado a un pueblo, como el indoamericano de Haya de la Torre, el pasado precolonial de los mexicanos, ni incluye tampoco una toma de posición contra Estados Unidos"¹¹⁴.

Otro de los factores incidentes en la precariedad de la imagen de la unidad nacional en Colombia es la ausencia de un mito fundador. Si los mexicanos y los bolivianos cuentan con sus revoluciones de 1917 y de 1952 como sus mitos fundadores, si los chilenos con su tradición civilista y democrática como patrimonio colectivo, si los peruanos se remiten a su pasado incaico como factor de orgullo nacional, en nuestro caso hemos visto ya cómo se frustra la construcción de un mito fundador por la vía del desarrollo político con la quiebra del lopismo y el asesinato de Gaitán. Por el lado de la tradición política heredada del siglo XIX era muy difícil aspirar a construirlo: lo que en esa tradición había de "democrático" y "civilista" era supremamente ambiguo y precario como para pretender servir de sustento a una simbología nacional. Además, "los

114. *Ibidem*, pp. 388 y 389, respectivamente. Las frases xenofóbicas las toma Pecaut de los titulares de *Jornada* del 26 de julio de 1946, del discurso transcrito en *Jornada* del 16 de abril de 1946 y del discurso en la Plaza de Toros de Bogotá del 23 de septiembre de 1945. La xenofobia antiturbayista la manejaban también Alvaro Gómez, Eduardo Caballero Calderón y Guillermo León Valencia. Ver Vega, Renán. *Crisis y caída de la República Liberal*, Edit. Mohán, Ibagué, 1988, pp. 257-260.

intelectuales colombianos no tuvieron siquiera la oportunidad, como los intelectuales peruanos de los 30, de dibujar los contornos de una nación futura, creando mitos fundadores sobre la base de una exaltación del pasado prehistórico o del mantenimiento de las comunidades indígenas: los chibchas no son los incas y las escasas comunidades indígenas más o menos preservadas, se percibían como islotes arcaicos en el seno de una sociedad mestiza¹¹⁵.

La división de la nación en dos subculturas políticas mutuamente excluyentes generaba mitos conservadores y liberales contrapuestos, adhesiones a diferentes ídolos o personajes políticos, lecturas radicalmente opuestas de la historia del país. Tal división dificultaba la asunción crítica y ecuaníme de la tradición y de los valores colectivos y, obviamente, la formación de un cierto consenso sobre el devenir y el patrimonio común a compartir y potenciar. Cuando el liberal Indalecio Liévano Aguirre, en su obra *Rafael Núñez*, tomó distancia de la historiografía liberal tradicionalmente condenatoria de la obra del estadista cartagenero, no fueron pocas las voces que le llamaron "traidor" a su partido y le tildaron de "revisionista".

Esa misma división ha afectado la valoración por el país de la obra de Bolívar y Santander, de Núñez y López Pumarejo, de Gaitán y de otros hombres de valor y de progreso: un manual de historia de Colombia de 1955, de clara orientación conservadora —para citar sólo un ejemplo— despachará la obra reformista de López Pumarejo en veinte renglones, destacando que durante su mandato "se desconoció la obligación de respetar y proteger la religión católica (...) se sustituyó la tolerancia de cultos con la libertad de conciencia y se adoptó nuevamente el sufragio universal (los votos se cuentan pero no se pesan)"¹¹⁶.

115. PECAUT, Daniel. *Crónica de dos décadas de política colombiana 1968 - 1988*. S. XXI, Bogotá, 1988, p. 19.

116. Hermano Estanislao León. *Historia Patria Ilustrada*, Colección La Salle, Librería Stella, sin fecha, por el contenido más o menos hacia 1955, Bogotá, p. 273.

Esta oposición de dos lecturas antagónicas de la sociedad difícilmente podía generar una conciencia de unidad nacional. El laureanismo, al llegar su jefe al poder en 1950, pensó que podía lograr ese consenso por la vía de la imposición doctrinaria y que podía retrotraer la opinión nacional a la atmósfera de los días de la República Conservadora. La percepción sesgada de las realidades nacionales va a conducir a hechos que hoy día nos resultan inauditos como el que el padre Félix Restrepo, s.j., desde la Radio Nacional en 1951, resultara publicitando las ideas corporativistas y planteando “el ideal de una república utópica cristiana, Cristilandia, cuyos principios intentaban luego aplicar a Colombia en términos muy semejantes a los del proyecto constitucional de Gómez”¹¹⁷.

El retorno al hispanismo conservador y eclesiástico se frustra para bien del país con el golpe de opinión de Rojas y gracias a la oposición de los sectores moderados del conservatismo, del liberalismo y algunos sectores de la Iglesia que habían mirado con preocupación los excesos propios del temperamento dogmático de Laureano.

Sobre el nacionalismo de Rojas hemos visto ya cómo no iba más allá de Cristo y Bolívar y de la invocación a la concordia nacional a través de la fórmula “la patria por encima de los partidos”.

El Frente Nacional va a heredar dos problemas que van a tener incidencia en el imaginario de las élites y de los sectores populares sobre “la nación” y en la viabilidad de un proyecto nacionalista: el peso simbólico de la Violencia, de un lado y, de otro, la privatización del Estado.

La Violencia había generado más de 200.000 muertos y se había constituido en un lunar enorme de barbarie y de miedo, de inhumanidad y de injusticia en la historia de nuestras rela-

117. GONZÁLEZ, Fernán. “La Iglesia Católica y el Estado Colombiano (1930-1985)”, p. 383.

ciones colectivas. Ella partió en dos nuestra historia contemporánea y se convirtió en un factor de ubicación del país en las tipologías del desarrollo sociopolítico latinoamericano. Podríamos incluso afirmar que, de manera singular, entró a llenar el vacío de un mito fundador, que se enlazaba con la tradición de las guerras civiles del XIX. Al cesar la Violencia, en las décadas siguientes al inicio del Frente Nacional, hemos tenido que convivir con múltiples violencias que se imbrican y alimentan recordándonos permanentemente nuestra pertenencia al mundo de la destrucción y de la muerte. La proliferación de masacres desde comienzos de 1988 —que nos recuerdan los tiempos de la Violencia—, los asesinatos políticos y la impunidad generalizada, la sicosis de bomba y el peligro compartido en la confrontación actual del gobierno contra el narcotráfico, la peligrosidad de nuestras urbes y la facilidad con que se puede perder la vida en nuestro país, convierten en una cruda realidad algo que decía Gonzalo Sánchez en una entrevista: que “a los colombianos nos identifica algo que nos destruye: la violencia”.

En esa misma entrevista, Daniel Pecaú mostraba cómo “la misma violencia establece una interacción entre todos los estratos. En Colombia, nadie se escapa de la violencia, ni los hacendados ni los campesinos. Es un proceso que (...) exalta el reconocimiento de que la gente pertenece a un mismo mundo”¹¹⁸.

Dadas estas circunstancias, es evidente que ningún proyecto nacionalista podría en nuestro país operar al margen de una consideración seria del problema nacional de la violencia.

Acerca del problema de la privatización del Estado en Colombia y las implicaciones simbólicas de no ser el nuestro un Estado nacional, Daniel Pecaú ha planteado que la indefinición de la imagen de la unidad nacional se agudiza en nuestras

118. PECAÚ, Daniel y Gonzalo Sánchez. “Colombia, un país que se identifica por algo que lo destruye: Violencia”, en *El Espectador*, domingo 27 de noviembre de 1988, p. 6A.

condiciones “porque el Estado nunca se ha emancipado lo suficiente de las redes de poder de la sociedad civil como para promover la afirmación nacional”¹¹⁹. Comentando esta característica, Pecaút afirma que “hay un sistema de negociación sumamente sofisticado entre una cantidad de grupos que tienen una porción del poder” y por eso “los gobiernos nunca han podido lanzar grandes cambios a nombre del Estado, porque el poder está diluido en muchos sectores”. Tal sistema de negociación ha generado el gradualismo como característica de la evolución político-institucional colombiana: “La necesidad de una negociación generalizada como ocurre en Colombia produce cambios incrementalistas. Es decir, poquito a poco”¹²⁰. Creemos que este gradualismo incide sin lugar a dudas en la no renovación de la simbólica nacional, en la medida en que esa dinámica “gota a gota” de nuestra evolución político-institucional, esos pequeños cambios difícilmente presentables como rupturas, resultan enormemente desfasados en relación con los profundos y veloces cambios en la vida colombiana del Frente Nacional hasta nuestros días: la secularización relativa, la masificación de la educación, la baja sustancial de las tasas de crecimiento demográfico, la incorporación de la mujer al universo educativo, profesional y laboral, la urbanización acelerada, la revolución de las expectativas, etc.

Pecaút nos muestra cómo en el Brasil la revolución educativa es motivo de orgullo mientras que en Colombia no, aunque ella haya sido muy importante. Quizás ello se deba a que “no hay ningún sector del Estado que sea capaz de dar sentido a los cambios. Estos se producen sin que nadie los advierta”¹²¹.

Es probable que la presencia de estos dos factores que acabamos de presentar tenga mucho que ver con el hecho de que “la ‘colombianidad’ que se reivindica universalmente [en

119. PECAUT, Daniel. Crónica..., p. 18.

120. PECAUT, Daniel y Gonzalo Sánchez. Entrevista citada.

121. *Ibidem*.

nuestro país] no [supere] el siglo XIX y la exégesis de los conflictos entre Bolívar y Santander¹²².

Tenemos que señalar, sin embargo, que es a partir del Frente Nacional cuando comienzan a gestarse espontáneamente algunos elementos favorables a una mayor definición de lo nacional. Procesos a los cuales hemos ya aludido como la apertura al universo, la desandinización del país, el logro de una mayor integración de las regiones, la “desbogotanización” de la cultura nacional y el desarrollo de un interés por el país estimulado por los avances de las ciencias sociales en el estudio de nuestra realidad, han sido importantes para gestar elementos de nacionalidad.

Las clases dirigentes han venido deseuropeizándose y su elitismo aristocratizante ha venido perdiendo terreno por los procesos de rotación a su interior, por la inclusión de “sectores emergentes” y por la influencia sobre ellas y sobre sus valores y visiones del mundo de la revolución educativa que el país ha sufrido con sus innegables efectos democratizantes.

El nacionalismo pobre, o el nacionalismo conservador característico de nuestras élites, ha venido atenuándose, si bien el miedo al pueblo y la falta de fe en él siguen pesando en su comportamiento y su cosmovisión.

De otro lado, estamos viendo en el pueblo colombiano una cierta tendencia a la superación del pesimismo nacional y de la falta de aprecio por lo propio, a fortalecer una autoestima nacional libre de tentaciones chauvinistas, y una más clara vocación de encuentro con nuestra tradición y con nuestra compleja realidad presente.

Los medios de comunicación, la radio, con su desarrollo inusitado en nuestro país, y la televisión, han tenido un papel fundamental en la creación de un nuevo imaginario sobre “lo

122. PECAUT, Daniel. *Crónica...*, p. 44.

nacional", distante del oficial, aunque éste comience ya a cooptarlo.

En este nuevo imaginario forjado desde los medios de comunicación ocupan un lugar central los triunfos de nuestros ciclistas y del fútbol colombiano en el campo internacional. Estos fenómenos, aparentemente superficiales, y con base en tal creencia desdeñados por los analistas, han contribuido, más que las actitudes y directrices de los grupos en el poder que han carecido de un proyecto cultural hegemónico, a la gestación de un sano sentimiento nacionalista, a la afirmación de una indispensable confianza en nosotros mismos y a la interiorización de nuestras potencialidades colectivas.

Para mencionar un ejemplo, diremos que la coronación del Nacional de Medellín como campeón de la Copa Libertadores de América en 1989, derrotando a clubes de países de reconocida tradición futbolística en la región, desató un fervor nacionalista sin precedentes. En un país donde la población responde más a las culturas regionales que a una noción de cultura integrada y nacional, que es bastante etérea entre nosotros, el triunfo del equipo, totalmente compuesto por jugadores colombianos, fue recibido en todas partes del país como un triunfo ante todo de Colombia¹²³. La fiesta de celebración en Bogotá, ciudad otoñal y de cielo grisáceo, poco propensa a la expresión bulliciosa de sus emociones, constituyó aquella noche una eclosión sin igual de la euforia colectiva y del sentimiento colombiano.

Algo similar ha ocurrido con los triunfos de Lucho Herrera, Fabio Parra y demás ciclistas colombianos en los escenarios europeos y más recientemente con la clasificación de Colombia al mundial de fútbol Italia-90. Estos fenómenos han afirmado unas identidades deportivas en unos eventos donde se cotejan prestigios históricos y donde se producen desplazamientos y

123. Retomamos aquí ideas del artículo "Bogotá, ¡te pasastes, Bogotá!" de María Jimena Duzán sobre la noche del triunfo ante Olimpia del Paraguay, en *El Espectador*, Bogotá, junio 2 de 1989.

nuevos reconocimientos de los potenciales deportivos nacionales.

Con todo el sentido que puedan tener estos logros deportivos en la afirmación del sentimiento nacional, es obvio que la configuración de una nación es un proceso complejo que requiere de fundamentos mucho más sólidos.

Un proyecto nacionalista democrático que pretenda adelantar ese proceso tendrá que tomar conciencia de las profundas transformaciones que han afectado nuestra vida en los últimos treinta años, asumiendo críticamente una tradición compleja y contradictoria como ha sido la nuestra. Nuestro país parece estar a la espera de un proyecto capaz de precisar una serie de necesidades colectivas y de propósitos nacionales susceptibles de aglutinarnos. Quizás el más importante dentro de ellos podría ser la solución del problema de la violencia y su desplazamiento del lugar que ella ha ocupado en virtud de la ausencia de un mito-fundador. Sin embargo, el horizonte no es muy claro. Daniel Pecaú, comentando la adopción de Simón Bolívar como héroe epónimo por parte de la Coordinadora Guerrillera, provoca saludables dudas, no sólo al interior de las izquierdas con proyectos de transformación total del país, sino también a nivel de todos aquellos que de una u otra manera se crean comprometidos en la conformación de una nueva nación: "Esto es cómodo para probar que es preciso partir desde cero desde la Independencia, pero es singularmente incómodo para demostrar que puede considerarse con optimismo el nacimiento de una nación unificada y madura: el Libertador no tendía a creer en mañanas sonrientes"¹²⁴.

3. COLOMBIA: UN PAIS DECIMONONICO

En las dos primeras partes hemos podido ver la presencia en nuestra cultura política del siglo XX, de numerosos rasgos

124. PECAÚ, Daniel. *Crónica...*, p. 20.

característicos de la vida política latinoamericana del siglo XIX. Parecería innecesario dedicar esta tercera parte a tal cuestión luego de haber llamado ya la atención sobre aspectos como la no resolución del conflicto Iglesia-Estado durante el siglo XIX y su permanencia durante algo más de medio siglo XX, y sobre la presencia de una serie de elementos ideológicos premodernos en la política y en la vida cultural.

No obstante, pensamos que es necesario detenernos un poco en el análisis de esta característica de nuestra cultura política.

Germán Colmenares ha hablado de una "recepción tardía del siglo XX" en nuestro país¹²⁵. Esta afirmación concuerda con nuestras observaciones anteriores acerca de la tamización de la modernidad europeo-occidental y latinoamericana por la cultura de la "Regeneración", y se relaciona también con un relativo encierro y con la baja inmigración europea que experimentó nuestro país.

Si abordamos los partidos políticos colombianos, tenemos que decir que son colectividades que mantienen unas características heredadas de la estructura liberal-conservadora del siglo XIX. Siguen siendo en gran medida partidos "de notables"¹²⁶, de personalidades, y básicamente "electorales", pues no realizan un trabajo permanente de formación político-ideo-

125. COLMENARES, Germán. *Op. cit.*, p. 243.

126. Sin embargo, esta característica ha empezado a modificarse. Francisco Leal ha señalado cómo "la disminución del sectarismo durante el Frente Nacional como fenómeno que sostenía la regeneración de los jefes naturales, llevó a la desaparición de las posibilidades de surgimiento de nuevos jefes naturales y la práctica de su autoridad suprema. Únicamente permaneció el atavismo de los más caracterizados jefes naturales, como Mariano Ospina Pérez, Carlos Lleras Restrepo, Alfonso López Michelsen o el mismo Julio César Turbay Ayala". Anota también Leal que el agotamiento de la modalidad de la fila india para la nominación presidencial "ha provocado en el mundo de los políticos tradicionales una pesadilla, dada la competencia desatada entre los caciques regionales que se creen con igual derecho a asumir la Presidencia", en LEAL BUITRAGO, Francisco. *Op. cit.*, p. 16.

lógica de sus miembros. Son partidos que, gestados en el siglo XIX, se han “perpetuado en el siglo XX, [en] una época en que la sociedad patriarcal era sustituida por una sociedad de masas”. Vázquez Carrizosa ha señalado también, cómo sus candidatos presidenciales se escogen dentro del “cenáculo privilegiado del Frente Nacional”, sin necesidad de convenciones ni de consultas populares¹²⁷.

Los partidos tradicionales colombianos siguen operando con un criterio bipartidista liberal-conservador de la democracia y se muestran incapaces de adaptarse a las nuevas realidades políticas del país. En momentos difíciles del año 1989, uno de los más críticos en la década de los 80, se escuchó al expresidente Mijael Pastrana sugiriendo la participación del Partido Conservador en el gobierno de partido del liberal Barco, en nombre del “espíritu nacional”. En tal visión bipartidista de lo nacional, presente no sólo en Pastrana, no parece haber toda esa gama de sectores y grupos de la sociedad que no se sienten representados por el sistema bipartidista: los intelectuales y artistas independientes, las minorías étnicas, los izquierdistas y las minorías políticas, los escépticos, los “apolíticos” y los incrédulos, los campesinos sin tierras, los pobres y los marginales, los cristianos de izquierda y aun los “cínicos” o “realistas” que entregan su voto a cambio de un servicio, pero no creen en los partidos como representantes de la comunidad ni como alternativa a la crisis colombiana.

En las estructuras de propiedad y de funcionamiento de la prensa escrita encontraríamos también una serie de rasgos decimonónicos. Los grandes diarios de circulación nacional continúan en poder de familias y en su manejo periodístico ha tenido gran incidencia la concepción liberal-oligárquica de prensa del siglo XIX con su estilo “racional-iluminista” dirigido a públicos medianamente ilustrados. No han existido en nuestra tradición diarios populares de masas que le otorguen cierto protagonismo a los códigos culturales de los sectores populares

127. VÁSQUEZ CARRIZOSA, Alfredo. Op. cit., p. 19.

y que concebidos para operar sobre la matriz "simbólico-dramática" predominante en la cultura popular, no solamente la instrumentalicen con fines de lucro, sino que se constituyan en voceros de algunas necesidades fundamentales de estos sectores, llegando incluso a definirse claramente como tales¹²⁸.

Esta tradición de nuestra prensa escrita, en la cual no obstante estos rasgos encontramos una serie de méritos en la construcción en nuestro país de elementos de una cultura democrática que más adelante presentaremos, ha venido operando con un criterio bipartidista liberal-conservador de la democracia informativa¹²⁹, propio también del manejo de la radio y de la televisión. Este liberalismo informativo tutelado entraña una delimitación liberal-conservadora de "lo decible"¹³⁰, la presentación de "verdades a medias" y el uso de un determinado lenguaje que no debe transgredir ciertas normas no escritas de la cortesía.

De otro lado, la ausencia de una prensa nacional de masas de la izquierda, que todavía opera con una concepción periodística racional-iluminista en su versión marxista, y que no logra interpelar a los colombianos, ni vender a la opinión nacional una concepción alternativa del país, de su tradición, de sus personajes, de su presente y de su futuro, permite que la socia-

128. Para estas observaciones producto de un análisis comparativo con el caso chileno, nos basamos en el texto de Guillermo Sunkel. "Razón y Pasión en la Prensa Popular. Un estudio sobre cultura popular, cultura de masas y cultura política". ILET, Santiago de Chile, 1985. Para Sunkel "diarios populares de masas" son aquellos diarios que surgen paralelamente con el fenómeno de la "presencia de masas" en la escena pública, de la aparición de los medios de comunicación de masas y de la "cultura de masas", a partir de los años 30 pero sobre todo en los 40 y 50. Todos estos diarios (*Clarín, La Tercera, Última Hora, El Siglo*) desafían la concepción liberal-oligárquica de prensa que fue dominante durante todo el siglo XIX y tienen en común que justifican su existencia en términos de un determinado tipo de representación de lo popular.

129. Acerca de esto ver el aparte dedicado a medios de comunicación en el informe de SANCHEZ, Gonzalo (Coord.), "Colombia: Violencia y democracia", Universidad Nacional, Bogotá, 1987.

130. El término lo tomamos de MARTÍN - BARBERO, Jesús, *Comunicación Masiva, Discurso y Poder*, Ciespal, Quito, 1978, p. 109.

lización político-informativa de la población esté presidida fundamentalmente por los grandes diarios liberal-conservadores.

Las implicaciones para la vida cultural colombiana de tal orden informativo las expresa muy bien esta frase de Jacques Gilard: "Para ser leído o cuando menos visto (siempre el ser y el parecer), el intelectual colombiano tiene que acudir a las páginas que le abre la clase dirigente. Y ello, tanto para los intelectuales vóceros de esta clase como para los intelectuales de izquierdas, supone un mínimo de coincidencias ideológicas. Un mínimo que bien podría ser un máximo"¹³¹.

También desde el punto de vista de su estructuración, de los bajos niveles de racionalización del aparato burocrático-administrativo, el Estado colombiano muestra unas características decimonónicas. Daniel Pecaú lo expresa claramente: "Volvamos por un instante al Frente Nacional y al pos-Frente Nacional. ¿'Democracia restringida'? Aceptémoslo. Pero una en la cual la sociedad no está colocada bajo la tutela de un Estado que trataría de formarla a su gusto. Por el contrario, la sociedad se enfrenta a un Estado que conserva muchos rasgos del siglo XIX. Basta comparar los medios del Ministerio de Gobierno con los de los Ministerios del Interior contemporáneos, observar la mediocre tecnificación de muchas instituciones, advertir que su radio de acción no cubre sino una parte reducida del territorio, comprobar las interferencias incesantes entre el personal político y el administrativo, observar las formas de intervención de los gremios. Estos elementos no manifiestan simplemente la precariedad del aparato estatal. Dejan ver la fragilidad crónica de la imagen de la unidad nacional y de los mecanismos de institucionalización de la esfera política y de las relaciones sociales"¹³².

Estas características de la relación del Estado con nuestra sociedad —precariedad, no cobertura del territorio nacional,

131. GILARD, Jacques. *Op. Cit.*, p. 10.

132. PECAÚ, Daniel. *Crónica...*, p. 18.

no regulación de las relaciones sociales, carencia de autonomía y apropiación del mismo por intereses particulares, ausencia de meritocracia en la provisión de los cargos públicos— tienen indudablemente una gran incidencia en la determinación de los comportamientos políticos, de la psicología social y de las costumbres de nuestra población.

Este conjunto de factores hace que la actitud ante la ley, por parte de los distintos actores, sea supremamente laxa, cuando no una actitud meramente instrumental al servicio de intereses individuales. Resulta entonces que “la sociedad civil está en gran parte abandonada a sí misma. De allí que las tensiones desemboquen en confrontaciones directas: los propietarios rurales tienen sus propios hombres armados, los campesinos saben que no pueden tener esperanza sino en las vías de hecho, los huelguistas nunca saben qué puede suceder. (...) Lo propio de Colombia es que los actores sociales se constituyen siempre, en alguna medida, en un horizonte de pruebas de fuerza. Se encuentran aquí, en la sociedad civil, las mezclas de los legalismos y los ilegalismos, y no se ha perdido la memoria histórica de los procedimientos que acompañaron la formación de la propiedad rural y las transferencias de propiedad durante la Violencia”¹³³. Las formas de intervención de los gremios no contribuyen precisamente a que el Estado sea percibido como un organismo asociado al bienestar colectivo ni a que el mantenimiento del “orden democrático” entrañe compromisos sociales. Pecaut ha mostrado numerosos ejemplos no sólo de las reticencias, sino de la oposición de los gremios a cualquier tipo de intervencionismo estatal que no vaya dirigido a favorecer sus intereses: la actitud contraria del sector privado a participar en la creación del Fondo Nacional de Ahorro en 1968; el escepticismo y el desestímulo por parte de la Asociación Nacional de Industriales, ANDI, a las iniciativas del Instituto de Fomento Industrial, IFI, por esa misma época; el rechazo en 1969 de las conclusiones de la Comisión Musgrave que mostraba la desigualdad de ingresos existente, superior a la media de América Latina, la alta evasión de impuestos por agriculto-

133. *Ibidem*, p. 23.

res y ganaderos y recomendaba aumentar la tributación que comparativamente resultaba ser en ese entonces una de las más débiles de América Latina; las declaraciones de doña Bertha de Ospina de que "la reforma agraria es comunista"; las acusaciones al gobierno Lleras Restrepo de socialista obligando al presidente a responder que "no vamos a hacer socialismo. Vamos a hacer un capitalismo con criterio social..."¹³⁴

En 1989 vimos la reacción de la entidad que agrupa a los rectores de las universidades privadas rechazando una serie de normas adoptadas por el ICFES con miras a garantizar la calidad de la educación y a supervisar el funcionamiento adecuado de estas instituciones que se han convertido, en un gran porcentaje, en lucrativos negocios. El dirigente conservador Alvaro Gómez Hurtado, en declaraciones a la televisión, se solidarizó con la posición de estos sectores argumentando que el problema de la calidad de la educación lo determinaba la ley de la oferta y la demanda y que las mejores universidades serían preferidas y las de mala calidad simplemente serían desechadas. No tuvo en cuenta Gómez que no todos los colombianos tienen el mismo nivel de ingresos a la hora de escoger universidad y que muchos de ellos, deseando estudiar en las universidades de élite, muy seguramente tengan que resignarse a hacerlo en una del montón en virtud de los altos costos de la educación en dichas universidades.

Aludiendo a estas actitudes de los dirigentes del sector privado, Pecaut nos dice que "el aire de queja de las asociaciones patronales no es un fenómeno excepcional. Todos los gobiernos, o casi todos, lo han conocido: forma de negociación con el poder político, incluso afirmación de cierto derecho al cogobierno, es una parte integrante del proceso de decisión política colombiano"¹³⁵.

Es muy probable que las prácticas de apropiación privada de los organismos gubernamentales por parte de los gremios

134. *Ibidem*, pp. 59-60, 60, 78-79, 90, 60, respectivamente.

135. *Ibidem*, p. 336.

y de los grupos en el poder estén afectando los niveles de legitimidad del sistema político y estimulen la capacidad de reto y de desacato al Estado y a la legalidad, latente en otros actores políticos y sociales de la vida colombiana.

La adhesión al modelo liberal de desarrollo en su versión colombiana, quizás es uno de los factores que promueven el hecho de que nuestra cotidianidad y nuestras relaciones interpersonales operen de acuerdo con un *laissez faire* cultural donde no están muy claras las reglas del juego entre los actores. Nos referimos a un fenómeno que creemos está afectando nuestra consolidación cultural nacional y la imagen que los colombianos tenemos de nosotros mismos y que tiene que ver con la ausencia en nuestras relaciones de aquello que los ingleses denominan el *fair play* (juego limpio), y con el predominio de un cierto individualismo indómito frente a la sociedad y el Estado. Para nosotros es más bien característico el juego sucio, la ausencia de unas reglas del juego que regulen las interacciones personales. Estas están fuertemente marcadas por la insolidaridad y el acendrado individualismo. La difusión de la actitud de “sálvese quien pueda”, de la ley del monte con su moral de “yo me llevo al que se me atravesase”, del espíritu “tumbador” y la mirada sobre los demás como “tumbables”, la ética del “avión” y la “avionada”, están signando los comportamientos actuales del hombre colombiano con sus semejantes.

Habría que precisar que este espíritu “tumbador” se agudiza especialmente en los grandes centros urbanos donde el anonimato, el desarraigo de los inmigrantes y la heterogeneidad cultural facilitan en mayor grado el “juego sucio” con su abuso del otro.

Es interesante constatar cómo nuestra identidad tiende a definirse más por sus aspectos negativos que por los positivos¹³⁶. Cuando en un auditorio universitario o en una charla

136. En talleres sobre identidad nacional colombiana realizados por el autor en 1988 y 1989 con grupos de estudiantes universitarios y de secundaria, las conclusiones a que llegan los grupos de reflexión en torno a la pregunta de

entre amigos nos preguntamos qué supone ser colombianos, es frecuente escuchar respuestas en términos de “ser irresponsables”, “ser despelotados”, o la referencia jocosa y cómplice a Colombia como “el país del Sagrado Corazón”, “Locombia” o “Macondo”, donde todo es posible y donde nada asombra.

Tal vez no nos equivoquemos si afirmamos que los colombianos carecemos de un aprecio por nosotros mismos como colectividad, no nos estimamos suficientemente como pueblo¹³⁷, y a esto contribuye la ausencia de un *fair play* con su natural estímulo al recelo y la desconfianza en nuestros semejantes.

Estos aspectos problemáticos de nuestro actual comportamiento colectivo no son por supuesto gratuitos. Ellos parecen expresar la ausencia de un consenso sobre reglas comunes del juego y el proceso inacabado de transición de valores en una sociedad y un Estado-Nación en construcción. Tales actitudes serían explicables en virtud de una historia secular de arbitrariedades, de interpretaciones acomodaticias de la ley, ocultas bajo el manto del leguleyismo retórico, y se verían reforzadas por fenómenos relacionados tanto con la precariedad del Estado como con la ausencia de una ética “pública”, la inoperancia del sistema de justicia y la impunidad generalizada en el país de los juristas. Otros problemas actuales de la sociedad colombiana, como la crisis de valores, la falta de cohesión social, el enriquecimiento ilícito y la pérdida del sentido del “buen trabajo”, agudizados especialmente por los dineros del narcotrá-

qué supone para ellos ser colombianos tienden a privilegiar los aspectos negativos (“tumbadores”, “vivos”, “desorganizados”, “conformistas”, “egoistas”). En cuanto a rasgos positivos aparecen siempre como constantes los de ser “rumberos” y “rebuscadores” (recursivos) e “imaginativos”.

137. Aquí aludimos a una autoestima como “colectividad”, como “nacionales” de un país y no a la autoestima individual o de grupo primario. Esta afirmación no riñe con lo expresado anteriormente sobre los triunfos en el fútbol y el ciclismo y su estímulo a la afirmación de una confianza en las potencialidades de los colombianos. Sin embargo, para relativizar esta última idea, resulta pertinente la lectura del sugestivo artículo de Gloria Moanack a propósito de la celebración en Bogotá de la clasificación colombiana a Italia-90 y los problemas de la identidad urbana: “¿Por qué el vandalismo?”, *El Tiempo*, Bogotá, domingo 5 de noviembre de 1989, p. 2B.

fico, estarían incidiendo también en estas actitudes de rechazo a las “reglas de juego”¹³⁸.

Un último problema relacionado con nuestro “perfil decimonónico”, y que expresa también nuestros precarios niveles de consenso y de consolidación nacional, es el de la pobreza de nuestro simbolismo nacional, pobreza que contrasta con la riqueza y exuberancia de las expresiones culturales y de los simbolismos de nuestras regiones.

La gran mayoría de las festividades nacionales como la Ascensión, la Asunción, el Día de Todos los Santos, etc., heredados de la Colombia tradicionalista y patriarcal, muy poco le dicen al colombiano de nuestros días, muy poco funcionan como instancias de identificación y de auténtico regocijo colectivo. Las festividades “patrias” no religiosas, 20 de Julio, 7 de Agosto, Independencia de Cartagena, Día de la Raza (¿de cuál?), etc., aunque importantes en el mantenimiento de la memoria colectiva, están muy ancladas en el siglo XIX y desfasadas de las realidades y realizaciones contemporáneas de los colombianos.

Que una gran mayoría de estas festividades nacionales haya resultado trasladable a los lunes, en virtud de la Ley Emiliani, desdice mucho de ellas y confirma la inoperancia de varias de estas fiestas como expresión simbólica de lo nacional: si fueran celebraciones colectivamente sentidas, su traslado se percibiría sin duda alguna como un irrespeto. Es como si a una persona le trasladaran para otra fecha el día de su cumpleaños.

Muchas de las campañas institucionales emprendidas en los años recientes por el establecimiento buscando la solidaridad ciudadana en momentos críticos de la vida política (“Colombia

138. Recogemos, para la explicación de este fenómeno de la ausencia de un *fair play* en nuestras relaciones interpersonales, los comentarios y sugerencias que amablemente hiciera Fernán González a ensayos anteriores del autor sobre identidad nacional colombiana.

entera una sola bandera 1", "Colombia entera una sola bandera 2", "Colombia entera una sola bandera 3", etc.) llevan la huella del "patriotismo de primero de primaria", que es muy probable, por aquello de la inercia de las estructuras culturales, que todavía se esté reeditando en la práctica educativa de las escuelas colombianas.

4. AMBIGÜIDADES DE NUESTRA TRADICION CIVILISTA

Partimos del reconocimiento de que en la cultura política de las clases dirigentes, y en general en la cultura política colombiana, existe una tradición civilista¹³⁹ que con todas sus ambigüedades hace parte del patrimonio democrático de los colombianos y de una historia de la cual no se puede hacer tabla rasa a la hora de pensar modelos políticos alternativos. Esta tradición se ha conformado no sólo por oposición al poder militar, sino también por oposición a la institución eclesiástica, en un país donde el siglo XX tiene que resolver tareas históricas del XIX.

Parte sustancial de esa herencia civilista son las libertades ciudadanas y los derechos políticos que los colombianos hemos podido ejercer a pesar de las restricciones históricas y de los obstáculos para su ejercicio. Tenemos una tradición de libertad de prensa que, sin ser la ideal, ha permitido la conformación de una opinión con cierta capacidad de discernir y de tomar distancia crítica en relación con el Estado, la Iglesia, los partidos, la cultura oficial, etc. Ella ha contribuido a la superación de momentos históricos en que el autoritarismo ha pretendido imponer las reglas del juego, menoscabando los principios del Estado de Derecho. Podemos decir —para citar sólo un ejemplo— que un Osuna como conciencia crítica y democrática desde la caricatura, pertenece a una estirpe donde antes de

139. El diccionario Larousse define "civilismo" como el "gobierno confiado a civiles" y "civilista" como el "enemigo de la influencia religiosa o militar en política".

él, hombres como Ricardo Rendón y otros destacados caricaturistas tejieron una tradición de irreverencia, de distanciamiento del poder y de estímulo a la autonomía mental de los lectores.

Las libertades de opinión, de reunión, de asociación sindical, de cátedra, la autonomía universitaria —aunque menguada por la política de privatización de la universidad—, han brindado valiosos espacios para la gestación de elementos de cultura democrática.

En relación con el papel de los militares en la vida política colombiana, es reconocida “la debilidad de la institución militar como ‘factor de poder autónomo’ en la historia nacional” determinada por haber sido los partidos tradicionales “los ejes centrales en la configuración (...) de la nación colombiana”¹⁴⁰.

Daniel Pecaute nos recuerda el caso del Brasil, cuyo panorama es muy distinto al nuestro ya que en ese país “de 1910 a 1930, hubo élites intelectuales que se empeñaron en trazar los contornos de un Estado autoritario que lograra forjar una nación y un pueblo. La ‘ideología de Estado’ que elaboraron no sirvió sólo para justificar más o menos la construcción getulista y en especial al Estado Novo, sino que impregnó durante largo tiempo la visión de los militares y la de la izquierda”. Más adelante, comparando a la *intelligentsia* liberal colombiana de los años 20 y 30 con el tenientismo brasileño, nos muestra cómo en nuestro caso el “campo cultural (...) no está cruzado de ninguna manera por el reformismo autoritario y centralizador que anima por la misma época a otras élites conquistadoras, como la de los tenientes en el Brasil. Se trata, por el contrario, de romper con el autoritarismo centralizador que ha hecho prevalecer la Constitución conservadora de 1886 (...) y de sustituir el tradicionalismo católico por los mecanismos flexibles de la democracia parlamentaria. Un campo cultural (...) resueltamente orientado por la búsqueda de la modernidad

140. PIZARRO, Eduardo. “La profesionalización militar en Colombia (1907 - 1944)” en *Análisis Político*, No. 1, Mayo-Agosto 1987, Bogotá, p. 20.

[y que] se nutre preferentemente de una reflexión sobre la democracia inglesa y sobre las reformas de Roosevelt; es así deliberadamente 'occidental'¹⁴¹.

Pero este civilismo y este "occidentalismo" de nuestras élites resultan supremamente ambiguos en cuanto coexisten con la "utilización indebida que desde 1930 cada élite en el poder [hace] de las Fuerzas Armadas contra el partido de oposición y contra el pueblo"¹⁴² y con el uso "de los instrumentos coactivos del poder para anular al adversario, [lo que hacía que] las garantías a la oposición [resultaran] simplemente nominales y la consulta electoral la expresión de una farsa"¹⁴³.

El fenómeno de la Violencia con sus exigencias de represión militar y de estímulo a una mayor participación de las Fuerzas Armadas en el manejo del orden público, la participación del batallón Colombia en Corea y los gobiernos cívico-militares de 1953 a 1958, van a incidir en un mayor protagonismo de la institución militar¹⁴⁴ en comparación con la primera mitad del siglo XX. Sin embargo, las Fuerzas Armadas seguirán ocupando un lugar secundario en el sistema político colombiano. Sabemos además que Colombia nunca ha experimentado una dictadura militar y que el régimen del general Rojas toma el poder con el apoyo del bipartidismo y de la Iglesia a través de un "golpe de opinión". El gobierno del general "se insertó dentro del sistema de legalidad y legitimidad existente", "no creó nuevos organismos de represión armada" y en este sentido constituyó "una dictadura militar atípica puesto que su soporte no [fue] tanto militar cuanto de canalización de la opinión pública"¹⁴⁵.

141. PECAUT, Daniel. *Orden y Violencia...* V. I., pp. 10, 131, respectivamente.

142. URAN, Carlos Horacio. *Op. cit.*, 137.

143. VÁZQUEZ CARRIZOSA, Alfredo. *Op. cit.*, p. 15.

144. Sobre esto ver PIZARRO, Eduardo. "La profesionalización militar en Colombia (II): El período de la Violencia", en *Análisis Político*, No. 2, Sep.-Dic. 1987, Bogotá, p. 7.

145. URAN, Carlos Horacio. *Op. cit.*, pp. 136, 133 respectivamente.

En cuanto al civilismo colombiano después del Frente Nacional hasta nuestros días, compartimos plenamente la visión de Daniel Pecaut, su intención comparativa —muy necesaria para la valoración ecuaníme de nuestro sistema político—, y su toma de distancia de las valoraciones del régimen político colombiano como una supuesta “dictadura hipócrita”: “En cuanto a la idea según la cual desde 1958 sería evidente la tendencia a la militarización del poder, me parece provenir de una simplificación *a posteriori*. No se trata de desconocer aquí los ataques a las reglas de derecho o la represión a reivindicaciones sociales legítimas, pero conviene dirigir la mirada hacia Brasil o Argentina para tener un punto de comparación de lo que puede ser la interferencia crónica de los militares en el juego político. En contraposición, el Frente Nacional es tan civilista que logra, después del derrocamiento del general Rojas Pinilla, convencer a la opinión e incluso a muchos militares de la ineptitud radical de las Fuerzas Armadas para ejercer el poder. Es cierto que después de 1977 éstas toman más y más en sus manos la gestión del “orden público” y que, desde 1985, aparecen frecuentemente mezcladas a la “guerra sucia”. Pero aún así, la tradición civilista no está abolida por completo. Un presidente pudo apoyarse en la opinión para poner en acción, a pesar de las reticencias militares, un “proceso de paz” y tuvo los recursos para desembarazarse de un ministro de Defensa rebelde. Las operaciones de guerra no han estado acompañadas por la formulación, de parte de los generales, de uno de esos “planes de reorganización económica y política de las bases de la sociedad” a la que son tan aficionados sus colegas “golpistas” de los otros países. La “guerra sucia” no es menos atroz por ello. El civilismo colombiano ha aprendido hace mucho tiempo a convivir con una violencia extrema, pero sigue siendo cierto que la noción de régimen militar es inadecuada”¹⁴⁶.

Esta convivencia de nuestro civilismo con una tradición de violencia entraña determinados niveles de atrofia del Estado

146. PECAUT, Daniel. *Crónica...*, pp. 14-15.

de Derecho. No le hace mucho honor a nuestro civilismo la constante apelación por las clases dirigentes al recurso del Estado de Sitio. Este recurso, que parece ratificar jurídicamente la permanencia de una cultura de la violencia, ha llevado a que los colombianos nos acostumbremos "a tratar el país con base en situaciones de excepción y jurisdicciones excepcionales y no con base en unas normas pensadas para unas condiciones normales y de paz"¹⁴⁷.

"El Estado de Sitio, medida transitoria y excepcional según la Constitución, se volvió permanente hasta el punto que, a partir de 1949, la excepción fue su ausencia y (...) si antes se habló en Colombia de la "generación del Estado de Sitio", hoy este apelativo [puede] aplicarse en plural, pues no son ya una sino por lo menos dos, las generaciones de colombianos llegados a la vida cívica bajo el dominio de esa figura de excepción"¹⁴⁸.

Esta permanencia de la vida política bajo el régimen del estado de sitio dificulta la configuración de una legalidad estable, estimula el desequilibrio entre los tres poderes y con frecuencia conlleva la limitación de las libertades a la "seguridad nacional"¹⁴⁹. No contribuye por lo tanto la perpetuación de esta figura al desarrollo de una cultura democrática.

La tradición civilista, ambigua y frágil como es, no ha estado exenta de las tentaciones militaristas estimuladas en ocasiones por sectores de la gran prensa, de los gremios y los partidos. Ha tenido además enormes dificultades para aclimatar el principio del tratamiento negociado de los conflictos.

147. GALLÓN, Gustavo. Intervención en el Foro sobre Reforma Constitucional y Derechos Humanos en el Centro de Convenciones Gonzalo Jiménez de Quesada de Bogotá, viernes 3 de febrero de 1989.

148. TIRADO MEJÍA, Alvaro. "El gobierno de Laureano Gómez, de la dictadura civil a la dictadura militar", en *NHC*, Planeta, T. II, p.82.

149. Sobre este último aspecto llama la atención Gustavo Gallón en la intervención citada.

El término "civilismo" no es sinónimo de "democracia", si bien la existencia de esta última requiere como premisa del primero. El civilismo colombiano ha distado de ser un "civilismo democrático", sin que al decir esto neguemos la existencia en él de algunos elementos democráticos. Este civilismo, con sus omisiones y su tolerancia tácita, permitió el asesinato de cientos de campesinos y de dirigentes políticos y sindicales de la izquierdista Unión Patriótica a manos de sicarios y escuadrones de la muerte financiados por la narcoderecha. Por lo menos hasta los sucesos de La Rochela del 18 de enero de 1989, cuando el asesinato de doce funcionarios judiciales le mostró al gobierno que los grupos paramilitares podían ya no solamente asesinar partidarios y líderes de la izquierda y masacrar anónimos campesinos sino además poner seriamente en peligro la propia institucionalidad, el gobierno del liberal Virgilio Barco asumió una conducta pasiva limitándose a "lamentar profundamente" lo sucedido y a ordenar "investigaciones exhaustivas". *El Tiempo* y otros diarios liberales y conservadores que se habían limitado a constatar y reseñar la cadena de asesinatos de miembros de la U.P., e incluso a apoyar soterradamente con sus medias verdades, sus silencios o su descarado confucionismo a los grupos paramilitares, solamente hasta esos mismos sucesos habrán de modificar su actitud, viéndose presionados a escribir acerca de las conexiones de tales grupos con miembros del Ejército y de la Policía.

La burocratización y la mezquindad clientelista, conducentes al centrismo ideológico y a la desaparición de las grandes ideas de las plataformas de los partidos tradicionales, han llevado al "olvido" de uno de los principios fundamentales de la idea liberal, cual es la defensa de los derechos humanos. Esta omisión es parte del desfase del liberalismo y el conservatismo con las necesidades del país colombiano actual.

Paradójicamente, han sido sectores de la izquierda quienes han tenido que asumir en la última década la defensa decidida de los principios del Estado de Derecho, entre ellos la defensa de la vida y la seguridad y otros derechos elementales del ciudadano. Periodistas independientes, juristas demócratas,

caricaturistas a título individual, han asumido valerosamente la bandera de los derechos humanos. A su defensa se han vinculado también algunas personalidades del bipartidismo sensibles a las necesidades e inquietudes de las grandes mayorías. Piénsese en el conservador Alfredo Vázquez Carrizosa o en el liberal Darío Echandía, a quien el primero llamara “maestro de la dialéctica y de la democracia” y en quien resaltara el valor civil al referirse —en un reportaje— al gobierno de Turbay Ayala diciendo que “el dictador de este país es el general Luis Carlos Camacho Leyva”¹⁵⁰.

Hay que anotar, sin embargo, que el entonces presidente Virgilio Barco, en un intento de conferirle un perfil liberal a su gobierno y recogiendo la preocupación de algunos sectores de la opinión pública, creara en noviembre de 1987 la Consejería Presidencial para la Defensa, Protección y Promoción de los Derechos Humanos, nombrando a Alvaro Tirado Mejía, historiador liberal de izquierda, al frente de tal institución. De esta manera la administración Barco cooptaba también una bandera que venía apareciendo en los últimos años como una reivindicación de las izquierdas.

Las ambigüedades de nuestra tradición civilista saldrán a flote durante la gestión del consejero Tirado Mejía. Sectores derechistas de la clase política y de las Fuerzas Militares mirarán con prevención la labor de la Consejería, mientras que algunos sectores de izquierda signados por una visión instrumental del Estado verán en la gestión de Tirado sólo una estrategia para maquillar la verdadera cara del régimen.

Es probable que en su intervención del 2 de febrero de 1989, inaugurando el Foro sobre Reforma Constitucional y Derechos Humanos, Tirado Mejía hubiese intentado responder a unos y otros. Después de haber hecho referencia a la “feudalización del Estado” previno acerca de que la “perspectiva de soluciones totalitarias no está muy lejana” y llamó por ello a

150. VÁZQUEZ CARRIZOSA, Alfredo. Op. cit., p. 45.

“fortalecer el Estado de Derecho”. Insistió luego, probablemente refiriéndose a sus críticos de izquierda, en que “hay que acabar con el odio hacia el Estado”¹⁵¹.

Las ambigüedades que hemos anotado en la tradición civilista de las clases dirigentes, sumadas a las prácticas excluyentes del sistema de la paridad institucionalizado por el Frente Nacional, a las desigualdades abismales entre estamentos sociales altos y bajos y entre las regiones del país, y a la concentración industrial y financiera y de la propiedad agraria, hacen que lo positivo de ella no sea suficientemente percibido y valorado por muchos actores políticos y sociales de la vida colombiana.

Creemos, sin embargo, que un proyecto democrático alternativo de sociedad no puede prescindir de los elementos de civilización política que, en medio de la ambigüedad y de la complejidad de nuestra experiencia política y de nuestra crisis actual, hemos podido los colombianos salvaguardar.

5. LOS MERITOS HISTORICOS DE LA CULTURA POLITICA DE LAS ELITES

Puede parecer paradójico e inoportuno que, finalizando la década de los 80 en condiciones de profunda crisis política y moral y de ausencia de dirección de la sociedad por parte de nuestras clases dirigentes, alguien pueda escribir sobre los méritos históricos de estas últimas. Pensamos, sin embargo, que no se puede extrapolar la pobreza de ideas y de propuestas que las caracteriza en este momento a toda la historia del bipartidismo y al papel histórico de éste en la construcción de la nación.

151. TIRADO MEJÍA, Alvaro. Intervención en la inauguración del Foro sobre Reforma Constitucional y Derechos Humanos en el Centro de Convenciones Gonzalo Jiménez de Quesada de Bogotá, jueves 2 de febrero de 1989.

Por el contrario, hay que tratar de entender el arraigo del bipartidismo, su larga experiencia y su astucia política en la solución de las distintas crisis experimentadas por el sistema a lo largo de nuestra historia contemporánea, así como los recursos a través de los cuales, incluso en condiciones de crisis, logra mantener sus niveles de legitimidad. Creemos que, antes de decretar ingenuamente partida de defunción al sistema bipartidista, tenemos que inquirir con criterio realista por las razones de su vigencia histórica. Este ejercicio puede incluso servir para visualizar muchas de las carencias y de las omisiones de los sectores de izquierda y de aquellos que han pretendido, o lo intentan actualmente, constituirse en alternativa al sistema bipartidista.

No estamos sugiriendo, naturalmente, que la izquierda tenga que dedicarse al clientelismo. Simplemente queremos llamar la atención sobre cómo la crisis actual de propuestas no es sólo una crisis del bipartidismo: lo es también de las izquierdas y de las potenciales oposiciones al sistema. Este se mantiene, además de los factores arriba anotados, precisamente por una razón que es fundamental tener también en cuenta: la incapacidad de los sectores opositores de construir un proyecto contra-hegemónico.

Otro de los aspectos relacionados con el mantenimiento de la legitimidad del sistema tiene que ver con las "complicidades" de los sectores populares y de las capas medias con las astucias y las "seducciones" del sistema¹⁵².

Francisco Leal ha mostrado el lado "incluyente" del sistema y su función en el mantenimiento de la legitimidad de éste: "No cabe duda de que el sistema político del clientelismo, a pesar de sus lastres y de las contradicciones con la lógica de la eficiencia capitalista, ha sido altamente funcional para los sectores dominantes de la sociedad civil. Ha permitido una prolongada estabilidad institucional y una alta integración de

152. Las expresiones entre comillas son de Jesús Martín-Barbero.

la población dentro del Estado, como medios de amortiguación de conflictos. "Adicional a la legitimidad que ostenta en el amplio radio de acción de la burocracia bipartidista y en los grupos populares que pueda satisfacer, el sistema fundamenta también su legitimidad en los sectores privilegiados de la sociedad que se extienden hasta vastos estratos de las clases medias"¹⁵³.

Habiendo hecho estas necesarias precisiones, abordaremos enseguida la cuestión que en esta parte nos ocupa.

Nos referiremos inicialmente a la significación del hecho de haber conformado nuestras élites unas pautas transaccionales indispensables para el ejercicio político moderno. Ya en la parte precedente hacíamos alusión al proceso de conformación de una vertiente civilista al interior de las élites. Es importante subrayar el papel desempeñado en la década del 10 por el republicanismo en la toma de distancia en relación con los códigos maniqueos de percepción del antagonista político, propios de las contiendas entre los partidos en el siglo XIX. En el republicanismo confluyen los sectores más civilistas y transaccionales de los partidos. De un lado, la tendencia de los "conservadores históricos" o "conservadores republicanos" al interior del conservatismo, que se muestra reacia a las prácticas de exclusión y de represión contra los liberales, y de otro, sectores del radicalismo liberal y personalidades como el viejo civilista radical Nicolás Esguerra, que tratan de alejarse de un pasado signado por el recurso a la guerra como instrumento de la política.

No obstante haber sido el republicanismo un fenómeno marginal, "muy ajeno al espíritu general de los militantes políticos, educados en un ambiente de enfrentamiento radical"¹⁵⁴,

153. LEAL BUITRAGO, Francisco. *Op. cit.*, p. 31.

154. MELO, Jorge Orlando. "De Carlos E. Restrepo a Marco Fidel Suárez. Republicanismo y gobiernos conservadores", en *NHC*, Planeta, T. I, p. 226.

su espíritu será recogido en los años 20 por hombres como Eduardo Santos, Luis E. Nieto Caballero, Luis Cano y Enrique Olaya Herrera, quienes tratarán de afirmar dentro del liberalismo el principio del "distanciamiento del prestigio y de la autoridad que se atribuía dentro del partido al hecho de haber participado en la guerra de los Mil Días"¹⁵⁵.

Si bien la ruptura con los viejos métodos nunca fue total, como lo hemos visto en las páginas anteriores, estos hombres y estos sectores de los partidos afirmaron esa vertiente civilista a la cual iban a adherir posteriormente nuevas generaciones de políticos liberales y conservadores.

Otro de los méritos de las élites políticas colombianas es haber logrado aclimatar en nuestro medio una serie de tradiciones democráticas universales: la idea y la práctica del Estado de Derecho, las libertades y derechos civiles propios de la tradición de Occidente, la solidaridad con los republicanos de la guerra civil española y con los perseguidos por el fascismo y el nacionalsocialismo.

Hemos visto ya cómo esa relación con la modernidad ha sido compleja y en muchos de sus sectores signada por las traslaciones acriticas y las visiones doctrinarias de la realidad. Y sin embargo, vemos cómo ese difícil diálogo con la modernidad democrática occidental fue estimulado por la Universidad Republicana y el Externado de Derecho, por la Universidad Libre y el Gimnasio Moderno, por la Escuela Normal Superior y el Instituto Etnológico, y muy probablemente por otras instituciones que, sin tener el perfil definidamente liberal de las nombradas, no se ubicaron tampoco en los presupuestos filosóficos y políticos de la "Regeneración". Desde estos centros, y recogiendo una tradición de reflexión acerca de nuestra realidad proveniente del siglo XIX, se entabló un cierto diálogo con la tradición jurídica, filosófico-política y pedagógica occidental

155. COLMENARES, Germán. *Op. cit.*, pp. 251-252.

que sembró elementos de librepensamiento y de democratismo en el país.

Quizás uno de los aspectos más relevantes, hablando de la cultura política de las élites colombianas, es su tradición intelectual y periodística y su tradición de estadistas. En la primera parte de este trabajo hemos tenido oportunidad de ver las cualidades de Alberto Lleras Camargo como agudo observador de nuestra realidad, hábil político, excelente escritor, conferencista y orador. En Lleras Camargo, y lo mismo podríamos decir de Carlos Lleras Restrepo u otros representantes de esa verdadera aristocracia política y de las ideas, *hay una concepción del país y de su historia* producto de una indagación sostenida y profunda, hay unos ideales políticos de cuya coherencia no podemos dudar, así nosotros como analistas o como simples ciudadanos no los compartamos.

Su vocación periodística, aunada a sus calidades intelectuales, les ha conferido además la posibilidad de hacerse a una audiencia y de publicitar sus concepciones del pasado, del presente y del futuro del país.

Con razón se ha referido Pecaú a las implicaciones para el hoy, del paso a un segundo plano en el transcurso de la última década, de esa pléyade de dirigentes que en un tiempo marcaron la pauta en la conducción de los destinos nacionales: "En 1958 podía hablarse de una especie de aristocracia política, proveniente de familias ilustres aunque no siempre prosperas, y rica en talentos que no siempre se encuentran en las clases dirigentes de los países latinoamericanos: que se piense en los dos Lleras o incluso en Darío Echandía o Mariano Ospina Pérez. Algunos han desaparecido, otros han pasado a un segundo plano. A partir de 1978 ocupan con frecuencia los primeros rangos recién llegados que no siempre vienen de familias tan prestigiosas ni están tan convencidos de las obligaciones del oficio político"¹⁵⁶.

156. PECAUT, Daniel. *Crónica...*, p. 15.

Pensamos que esta tradición intelectual y periodística y de experiencia en la conducción del Estado ha tenido cierto papel en la legitimación del régimen y no sólo a los ojos de los sectores medios o intelectuales de la sociedad. Gabriel Silva Luján ha mostrado cómo cuando en su discurso del 29 de noviembre de 1966 Lleras Restrepo, en una franca actitud nacionalista, se niega a aceptar las condiciones del FMI, defiende la justeza de su política y la idoneidad de su equipo económico y anuncia una serie de medidas de emergencia, "ese sentimiento trascendió los cerrados círculos gremiales y llegó a las gentes de la calle que calificaban a Lleras Restrepo de hombre corajudo y 'con pantalones'"¹⁵⁷.

Finalmente, a pesar de la crisis actual del país, es reconocido el hecho de que la conducción de la política económica, no obstante la ausencia de una estrategia hacia un crecimiento económico sostenido y hacia un desarrollo social y humano integral, ha sido más o menos responsable en comparación con el de algunas economías latinoamericanas. Como bien lo reconoce Francisco Leal, refiriéndose al sistema del clientelismo, "la estabilidad económica colombiana, y no sólo la institucional, ha sido factor de primer orden en la cobertura de su legitimidad"¹⁵⁸.

6. LA DIFICULTAD PARA LA AUTOCRÍTICA Y PARA EL ABORDAJE SINCERO DE NUESTRA HISTORIA CONTEMPORANEA

Nuestras clases dirigentes han tenido una tendencia a cubrir con un manto de olvido o de indiferencia los sucesos pro-

157. SILVA LUJÁN, Gabriel. "Carlos Lleras y Misael Pastrana: reforma del Estado y crisis del Frente Nacional", *NHC*, Planeta, T. II, p. 242. En la última intervención pública de Carlos Lleras Restrepo en una manifestación política en la Plaza de Bolívar acompañando al candidato a la Alcaldía de Bogotá, Juan Martín Caicedo Ferrer, el autor tuvo oportunidad de observar y de escuchar actitudes y expresiones de admiración de las gentes sencillas allí reunidas hacia el expresidente.

158. LEAL BUITRAGO, Francisco. *Op. cit.*, p. 31.

blemáticos de nuestra historia contemporánea, eludiendo la discusión abierta sobre sus omisiones, su responsabilidad en los sucesos de la Violencia, en la no solución del problema agrario o en la crisis actual del país.

Esa tendencia ha incidido naturalmente en la enseñanza de la historia a los colombianos. Si bien en ella no se ha expresado la existencia de una cultura oficial homogénea y hegemónica (la división en dos subculturas políticas lo dificulta grandemente), creemos que sí ha existido una cultura oficial, más espontánea e inercial que elaborada, que ha dejado su impronta en la visión de su historia por los colombianos y en la actitud de nuestras gentes hacia ella como forma de conocimiento y como factor de identidad.

La enseñanza de la historia ha sido hasta fecha muy reciente un aprendizaje lineal de fechas y de nombres de virreyes y presidentes, en sucesión monótona y aniquiladora de la riqueza interpretativa y de las posibilidades analíticas y comparativas del conocimiento histórico. Esto se ha traducido en indiferencia o desinterés hacia la historia, y en últimas, en desconocimiento de su pasado por parte de la población.

En ningún otro campo ha pesado tanto ese nacionalismo conservador y xenófobo al cual hemos antes aludido. La enseñanza de la historia operó durante medio siglo XX, y tal vez hasta la década de los 70, con una serie de mitos y de "lugares de orgullo" de una pobreza y simplicidad únicas. Constituyó ella, además, en muchos sentidos, la institucionalización de la autocomplacencia, del ocultamiento deliberado de sucesos, cuando no de la mentira.

Difícilmente podían ayudar a entender y a mejorar el país unos manuales que describían el 9 de abril como una "fecha luctuosa (...) para la patria", cuando "un grupo de extranjeros desalmados, unidos a varios hijos ingratos de Colombia, provocaron una revuelta a sangre y fuego con el fin de adueñarse del poder". El mismo autor anota luego cómo "la habilidad y el patriotismo del doctor Ospina Pérez, unidos a la lealtad del

Ejército colombiano, salvaron la nación de caer en manos del comunismo”.

Este es un buen ejemplo de cómo ante la incapacidad crítica se imponen la comodidad intelectual y el facilismo ideológico: la teoría del complot o de la “conjura internacional” ha sido un recurso no sólo en la explicación de la historia contemporánea de Colombia, sino además, un instrumento macartista muy difundido en la cultura política colombiana.

Impresiona hoy día ver cómo sobre el período de Laureano nos dice este mismo manual que “su gobierno significa la justicia, la concordia y el progreso puestos al servicio de la patria” y que este autor, en 1954, apenas saliendo de la gran Violencia y a punto de reiniciarse la contienda armada pueda escribir para sus lectores que “los colombianos se han distinguido siempre por su religiosidad y por su respeto a las enseñanzas de la Iglesia católica. A ello se deben, sin duda, la tranquilidad y el adelanto de nuestro pueblo”¹⁵⁹.

Este mismo manual nada nos dice acerca de la Violencia y los sucesos desencadenados a partir del 9 de abril. Es una historia mítica, que no incita a la reflexión sino que está llamada a producir actitudes de veneración ante ciertos fenómenos y de adhesión a un conjunto de valores tradicionales.

Esta carencia de espacios para la actitud autocrítica en la difusión de la historia del país, muy notable en la escuela y el bachillerato, se expresó también durante mucho tiempo a nivel de la historiografía.

Alvaro Tirado Mejía ha tratado de explicar sus autocensuras y sus silencios: “De la historiografía colombiana podría decirse que a pesar de sus notorios avances ha tenido temor a lo contemporáneo. Tal vez el trauma violento de los últimos

159. LEÓN, Estanislao. *Historia Patria Ilustrada*, Colección La Salle, pp. 286, 287, 275, respectivamente.

decenios haya influido para que en aras de la convivencia se hiciera silencio sobre hechos importantes de la vida nacional o, tal vez, la permanencia de los principales actores de la vida política durante el último medio siglo influyó para que el estudio de nuestra sociedad fuera percibido inmediatamente con tintes de politización. Así lo que en otras latitudes se abrió para el análisis desprevenido del investigador, entre nosotros siguió cubierto por el velo del silencio temeroso, no obstante que nuestra sociedad en muchos aspectos es abierta y que no se trataba de una censura oficial sino de una especie de compromiso privado para crear una amnesia colectiva¹⁶⁰.

Lo cierto es que hoy día, a pesar de que la historiografía colombiana permite un conocimiento en profundidad de los aspectos problemáticos de nuestra evolución política y social contemporánea, la enseñanza de la historia está enormemente desfasada de estos desarrollos académicos. Los viejos métodos memorísticos se siguen reproduciendo por inercia en la enseñanza escolar y media y el conocimiento histórico no hace parte de una política cultural estatal (que por lo demás apenas parece empezar a configurarse en nuestro medio). El resultado lógico de este conjunto de situaciones es el desconocimiento, el conocimiento sesgado y simplista, o el conocimiento fragmentario y superficial, en el mejor de los casos, de nuestro pasado por parte de la población.

Esta amnesia colectiva de los colombianos nos hace muy vulnerables a incurrir en viejos errores, a no considerar a tiempo situaciones que serían previsibles a la luz del conocimiento del pasado.

La amnesia colectiva resulta también muy funcional para el "reencauche" de muchas figuras políticas y para el encubrimiento de las ambigüedades y de los proceder es equivocados de los grupos en el poder. Laureano Gómez puede por ello

160. TIRADO MEJÍA, Alvaro. "Introducción", en *NHC*, Planeta, T. I, Bogotá, 1989, p. XI.

transformarse de uno de los agentes principales de la intolerancia en "funcionario de la convivencia" y firmante de los pactos de Benidorm y de Sitges; la responsabilidad del bipartidismo por los sucesos de la Violencia ocultarse tras la imagen inflada del "dictador" Rojas; el Julio César Turbay del "binomio Turbay-Camacho Leyva" y del tristemente célebre "Estatutó de Seguridad" transfigurarse en el garante de los Pactos de Paz con el M-19 y el Barco de la "vista gorda" ante las masacres de izquierdistas por la narcoderecha convertirse en héroe de la lucha contra el narcotráfico y contra los grupos de sicarios.

No pretendemos, afirmando lo anterior, negar a los hombres públicos la posibilidad de evolución personal, de rectificación y la alternativa de "poder ser otros". Tampoco abogamos por la instrumentalización política del conocimiento histórico. Reivindicamos sí el derecho a conformar una opinión pública informada, deliberante y responsable, capaz de meter el dedo en la llaga y de evitar que graves episodios ya vividos, tengan que volver a repetirse.

La enseñanza de la historia debe tener como función primordial ayudar a comprender la evolución de un país y posibilitar vías de solución de los problemas del presente.

La superación de la intolerancia y la construcción de una "cultura de la discusión"¹⁶¹ —para citar una de nuestras más

161. Tirado Mejía ha mostrado algunos aspectos problemáticos del funcionamiento en nuestro medio del debate y de la discusión: "Con excepción de algunos círculos científicos, humanísticos y académicos, es difícil encontrar hoy un debate serio de ideas, una polémica política e ideológica en la cual el pensamiento del adversario sea respetado y criticado por medio de un riguroso examen lógico y de una detallada confrontación con la realidad que trata de interpretar. En lugar de esto, lo que encontramos con más frecuencia es el intento de descalificar al contrincante por medio de acusaciones personales, políticas y morales, sin refutar y sin siquiera considerar sus ideas propiamente dichas. Se escarba en el pasado de quien se atreve a sostener una posición, o bien se le hace un juicio de intenciones: ¿Qué se propone en el fondo cuando pretende pensar lo que dice? ¿Qué oscuros designios persigue? O bien se le hace un juicio de representación: ¿A nombre de qué habla, de qué intereses inconfesables, de qué fuerzas ocultas? Lo cual confiere a los debates públicos un aire grotesco de rigorismo moral y de erizado legalismo que combina muy mal generalmente con la conducta de quienes lo practican y que no procede

sentidas necesidades actuales— será imposible si no generamos cierta dosis de autocritica y de intención rectificadora a nivel del Estado, de la Iglesia, de los partidos tradicionales, de los militares, de la izquierda, de los grupos guerrilleros, etc.

Solamente una relectura crítica de nuestro desarrollo institucional y de nuestros comportamientos históricos colectivos, que tome distancia de la división maniquea de la sociedad en “buenos” y “malos”, puede ayudarnos a comprender el país real colombiano y a tomar distancia de las Colombias soñadas o imaginadas con que operan hoy en día distintos actores políticos en nuestro país.

El buen conocimiento de la historia por parte de la población puede enriquecer las formas actuales de la sociabilidad política, proveerlas de argumentos y de valores simbólicos afirmativos de la vida y del trabajo. Los colombianos desconocemos nuestra historia y nuestra tradición, lo que a ella debemos y lo que ella puede darnos hacia la afirmación de nuestras potencialidades colectivas.

De ahí la importancia de una historia que nos muestre junto a los vicios y los desaciertos, nuestras virtudes y valores y nuestras realizaciones colectivas e individuales. Los colombianos experimentamos actualmente una gran necesidad de autorreconocimiento nacional y la enseñanza de la historia puede desempeñar un papel central en la configuración en nuestras gentes de un indispensable sentido de pertenencia.

ciertamente de una ética demasiado estricta y de una conciencia demasiado recelosa, sino de la voluntad de cambiar la confrontación de la tesis por el ataque a las personas. Entre tanto se minimiza o se evade por completo la discusión de los programas políticos, sociales y económicos, de los proyectos de ley y de las diversas concepciones sobre nuestra perspectiva histórica”. En *Los Derechos humanos: Alternativa...*, pp. 34-35.

CONCLUSION

Hemos tratado de mirar algunos aspectos de la cultura política de las clases dirigentes en Colombia en el marco de la historia política y social y de las mentalidades.

El énfasis principal de esta indagación en los aspectos problemáticos de nuestra cultura política no nos conduce a perder de vista los fenómenos afirmativos, las expresiones positivas de ella. Somos conscientes de la necesidad de ver también en nuestra experiencia cultural los elementos de aprecio por la vida y las realizaciones del hombre, las actitudes de tolerancia, de diálogo respetuoso y atento, de flexibilidad mental y auto-crítica.

Necesitamos crear un espíritu de aprecio por los aspectos positivos de nuestra herencia colectiva y una intención de rescatarlos en medio de la maraña de nuestro convulsionado presente.

En este sentido queremos llamar la atención sobre una frase de José Carlos Mariátegui, muy pertinente en este tiempo de relecturas y de búsqueda de alternativas:

“La autocracia y el comunismo son incompatibles en nuestra época (...). Hoy un orden nuevo no puede renunciar a ninguno de los progresos morales de la sociedad moderna. El socialismo contemporáneo (...) es la antítesis del liberalismo; pero nace de su entraña y se nutre de su experiencia. No desdena ninguna de sus conquistas intelectuales. No escarnece y vilipendia sino sus limitaciones. Aprecia y comprende todo lo que en la idea liberal hay de positivo; condena y ataca sólo lo que en esta idea hay de negativo y temporal”¹⁶².

162. MARIÁTEGUI, José Carlos. *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*, Editorial Crítica, Grijalbo, Barcelona, 1976, p. 66.

Hallamos indispensable profundizar en el estudio de las culturas populares, tradicionalmente desdeñadas en nuestro medio. Estos estudios tienen que conceder simultáneamente atención a los procesos de circulación cultural y de intermediación entre la "alta cultura" y la cultura popular y viceversa.

Otro de los aspectos de nuestra cultura política que necesita ser estudiado por los juristas y los sociólogos del derecho es nuestra peculiar tradición de leguleyismo y de sacralización de la retórica juridicista. El paso de un universo jurídico-cultural signado por la adhesión a una "Constitución semántica" o "nominal"¹⁶³, a una cultura de la legalidad democrática y operante, es quizás una de nuestras tareas más apremiantes.

En relación con las necesidades de ampliación de las libertades y de conformación de una opinión pública capaz de incidir y presionar a favor de unas determinadas orientaciones del desarrollo, creemos que requerimos de esfuerzos con miras a lograr una ampliación de los espacios de "lo decible" en nuestra sociedad. Necesitamos escuchar *otras* voces, *otras* lecturas de la realidad y de nuestro pasado, desmonopolizar y multiplicar las instancias de producción de información y de reflexión sobre los problemas nacionales e internacionales. Ya Rafael Uribe Uribe en 1910 ponía de presente que "con una opinión pública apática, que nos encuentra unas veces tristes y resignados y otras rebeldes y convulsos, y con una acción cívica discontinua, espasmódica y mal orientada, que no sabe colocar por sobre todo los intereses vitales del país; no puede haber buen gobierno ni puede haber libertad"¹⁶⁴.

Creemos que en esta época de quiebra de utopías seculares por la cual estamos atravesando, a pesar del vacío y de la

163. Las expresiones son de Alvaro Tirado Mejía en la intervención inaugural del Foro sobre Reforma Constitucional y Derechos Humanos, en Bogotá, el 2 de febrero de 1989.

164. URIBE URIBE, Rafael. *El Pensamiento Político de Rafael Uribe Uribe*, Biblioteca, Colombiana de Cultura, Colección Popular, Bogotá, 1974, p. 91.

incertidumbre que necesariamente se apoderan de las gentes ante la ruptura de los modelos, se abren horizontes nuevos para pensar más desprejuiciadamente nuestra realidad y derivar del conocimiento concreto y la reflexión sobre ella proyectos viables de transformación democrática del país.

Finalmente, queremos decir que cualquier proyecto realmente alternativo de sociedad no podrá serlo sin una concepción del país, sin un pensamiento acerca del país.

Colombia está urgida de un proyecto nacional capaz de recoger ideas significativas para las grandes mayorías y susceptibles de articular unos propósitos colectivos. Queremos creer que el país ya no resiste tanta fragmentación e individualismo, tanto cortoplacismo y, sobre todo, tanta ausencia de futuro y tantas frustraciones históricas a sus espaldas.